APIANO

HISTORIA ROMANA

I

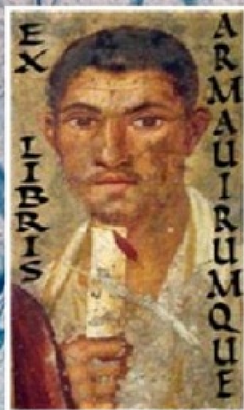
INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

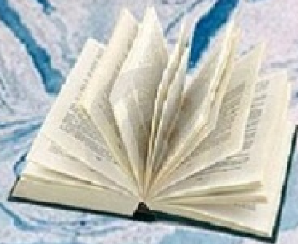
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo [1]. A esta guerra

[1] «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida[2]. La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano[3]. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procūrator Augusti o Augus-*

---

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

2 Cf. P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, 2.ª ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: Viereck, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. Miller, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. Müller, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr.* 607 A, lo editó M. Treu en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

3 H. G. Pflaum, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, 2.ª ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

torum que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le posibilitase el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo [4].

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

[4] Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de Naber: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de Haines, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. Viereck, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos [5]. Para Millar [6], ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

---

5 F. Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

6 Véase *ob. cit.*, pág. 8.

Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.[7]. Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»[8].

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

---

7 E. Champlin, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

8 «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.ª ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. Gabba, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes[9]. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

---

[9] Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. Griffith, *The Greek Historians,* en *Fifty Years of Classical Scholarship,* 2.ª ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix,* pág. 239.

Éstos son Polibio [10], Paulo Clodio [11], Jerónimo de Cardia [12], César [13], Augusto [14] y Asinio Polión [15].

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo [16], aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón [17] y Casio Hémina [18].

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípatro, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

---

10 *África* 132.
11 *Galia* I 3.
12 *Mitrídates* 8.
13 *Galia* XVIII; *Guerras Civiles* II 79.
14 *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.
15 *Guerras Civiles* II 82.
16 *Guerras Civiles* IV 47.
17 *Galia* VI.
18 *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia [19]. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría [20]. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

---

[19] Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtíbero-lusitanas, H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

[20] Sobre Timágenes, cf. R. LAQUEUR, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio [21].

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

---

[21] Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello[22]. El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.[23]. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

---

22 Cf. E. Gabba, *Appiano e la storia delle guerre civili,* Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

23 *Ob. cit.,* pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. Hering, *Lateinisches bei Appian,* tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus,* a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.

en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitrídates*, muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia*. Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*[24].

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

---

[24] Cf. J. Dobiáš, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Études sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokeî* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokeî moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas [25]. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

[25] Cf. Gabba, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba[26], no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

---

[26] *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonroso y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthḗs, próphasis tò phanerón* y *arkhḗ*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al *unísono* con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redunda en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante

de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano[27].

---

[27] Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

A) La tradición manuscrita de la «Historia Romana» de Apiano.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia, La guerra de*

---

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

Aníbal, Sobre Africa, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates y los cinco libros de *Las Guerras Civiles.* Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia».*

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales [28]. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr.* 141 (V), de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr.* 387 (B), que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr.* 134 (V, J en Dilts), del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr.* 37 (D), del siglo XV; el *Laurentianus* 70.5 (1), del siglo XV; el *Parisinus gr.* 1672 (F), de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr.* 1642 (E), del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr.* 141, que contiene el *Prólogo,* el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia,* el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre Africa* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus* LXX.26, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya [29]. Respecto al *Prólogo,* Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

---

[28] Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's Historia Romana», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

[29] Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal,* Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr.* 141 sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél[30]. En cambio, P. Maas[31] en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon[32] y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis gr.* 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles.* Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) desciende del primario *Marcianus gr.* 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus gr.* 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escurialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)[33], en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)[34]. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con l, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

---

30 Véase *Prefacio*, pág. XIII.

31 En *Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles.*

32 «Questiones Appianeae», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

33 Cf. *Prefacio*, pág. XV.

34 Cf. *art. cit.*, págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis* (*O*)»[35] los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis* (*i*)»[36].

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)[37]. Según Dilts[38], las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450[39].

---

35 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

36 *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

37 Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

38 *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

39 Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus* (*Romanorum* y *gentium*), *De uirtutis et uitiis*, y *De sententiis*[40]. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana.*

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escurialensis* destruido en un incendio en 1671[41].

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus gr.* 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza, Sobre Italia, El libro samnita, Sobre la Galia, Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

---

40 Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. Boissevain, C. de Boor, Th. Büttner-Wobst y A. G. Roos, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta,* vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

41 Cf. Viereck, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de Boissevain en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre África* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado[42]. Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal, Sobre Iberia* y *Sobre África*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

42 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

cerpta, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda*, pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad [43]. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia*, ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza*, acerca de Rómulo y Remo [44]. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis*, vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia*,

---

43 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIX-XX. Para el *Suda*, véase la edición de ADA ADLER, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de ADLER.

44 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XX.

cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*[45].

B) Ediciones de la «Historia Romana» de Apiano.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre África*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitrídates*, y los cinco libros de las *Guerras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnoldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deteriores. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis gr.* 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

---

[45] Para más detalles, Viereck, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg.* A y B, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr.* 141 (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacencis gr.* 374 (A), *Marcianus gr.* 387 (B), *Vaticanus gr.* 134 (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr.* 1642 (E, *Reg.* C en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map,* en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana,* vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles.* El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana,* vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History,* con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Clasical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la Bibliote. di Studi Super., Florencia, 1958 (2.ª ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus,* con comentario y traducción en la Bibliote. di Studi Super., Florencia, 1970.

b) *Ediciones de los «Excerpta Constantiniana».*

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta,* que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia.* Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiis,* a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980 [46].

Los *Excerpta de sententiis*, tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Ángel Mai [47], y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones [48].

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos [49].

c) *Traducciones.*

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo*, los libros *Sobre África, Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates*; el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles*, el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia»*.

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

46 Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae,* París, 1634.

47 El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis,* edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

48 En 1830, J. Lucht publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

49 Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V [50].

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

---

50 Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship*, 2.ª ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique*.

G. Bruno Sunseri, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni*, Roma, 1976, págs. 91-101.

P. Desideri, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.

H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.

I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.

—, «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.

H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.

P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.

A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano, *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.

A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs* I: *Die Quellen von Appians Iberica* 1-43), Munich, 1927.

—, «Viriatus» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.

—, *Geschichte von Numantia* = *Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.

W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

XII

SOBRE MITRÍDATES

SINOPSIS

1. Orígenes de los bitinios.
2. Prusias rey de Bitinia.
3. Prusias y Átalo.
4. Nicomedes, hijo de Prusias.
5. Sedición de Nicomedes.
6. Átalo invade Bitinia. Queja de Prusias en Roma y grotesca embajada de los romanos.
7. Muerte de Prusias en Nicomedia.
8. Capadocia, antes y después de la muerte de Alejandro.
9. El primer Mitrídates se hace con el control de Capadocia.
10. Mitrídates Eupátor sucede a Mitrídates Evérgetes.
11. Mitrídates se enfrenta por vez primera a Roma. Nicomedes invade el territorio del Ponto.
12. Pelópidas, embajador de Mitrídates, habla ante los generales romanos.
13. Respuesta de los embajadores de Nicomedes.
14. Nueva intervención de Pelópidas y respuesta de los romanos.

15-16. Mitrídates se apodera de Capadocia. Pelópidas pronuncia otro discurso ante los generales romanos.

17. Preparativos romanos y número de tropas de Mitrídates ante la primera guerra mitridática.

18. Nicomedes resulta derrotado en la batalla.
19. Manio es vencido cerca de Protopaquio.
20. Los laodicenses entregan al general romano Opio a Mitrídates.
21. Manio Acilio es capturado. Mitrídates toma por esposa a Mónima.
22. Mitrídates ordena una masacre de todos los residentes italianos en Asia.
23. Escenas de terror en diversas ciudades de Asia.
24. Mitrídates ataca y pone cerco a Rodas.
25. Combate naval desfavorable a Mitrídates.
26. Vanos intentos de Mitrídates contra Rodas.
27. Mitrídates levanta el cerco y envía a Arquelao a Grecia.
28. Aristión, el filósofo tirano de Atenas.
29. Diversas ciudades griegas se ponen del lado de Arquelao.
30. Sila en Grecia. Asedio de Atenas y del Pireo.
31-37. Asedio y ataque contra Atenas y el Pireo.
38. Atenas es capturada. Gran matanza en la ciudad.
39. Captura y muerte de Aristión en la Acrópolis.
40. Sila redobla sus ataques contra el Pireo.
41. Huida de Arquelao e incendio del Pireo.
42-44. Batalla de Queronea.
45. Arquelao, derrotado, huye y Sila obtiene un gran botín.
46. Crueldad de Mitrídates.
47. Castigo y deportación de los de Quíos.
48. Defección y castigo de algunas ciudades. Conspiración contra Mitrídates.
49. Batalla de Orcómenos.
50. Arquelao es derrotado y capturado su campamento.
51. Sila es declarado enemigo público. Flaco y Fimbria.
52. Fimbria mata a Flaco.
53. Fimbria arrasa hasta los cimientos la ciudad de Ilión.
54-55. Mitrídates ordena a Arquelao que negocie la paz. Respuesta de Sila imponiendo las condiciones.
56. Sila y Mitrídates. Discurso de Mitrídates.
57-58. Discurso de Sila. Mitrídates acepta las condiciones y termina la guerra.
59. Sila exige a Fimbria que se rinda y entregue su ejército.

89. Mitrídates derrota a Fabio y a Triario.
90. Lúculo es abandonado por su ejército.
91. Pompeyo se hace cargo del mando del ejército.
92. Orígenes de la piratería en el Mediterráneo. Su expansión y potencia.
93. Roma sufre en especial por causa de la piratería. Desazón ante la naturaleza atípica de la guerra contra los piratas.
94. Pompeyo, investido de poderes extraordinarios, es enviado contra los piratas.
95. Pompeyo asigna a los pretores diferentes zonas de mando. Los piratas emprenden la huida.
96. Pompeyo marcha contra Cilicia. Los piratas se entregan.
97. Pompeyo, elegido general de la guerra contra Mitrídates con poderes ilimitados, se dirige al encuentro de éste.
98. La caballería de Mitrídates sufre una derrota.
99. Pompeyo acosa a Mitrídates que se retira y es copado en un lugar escarpado.
100. Pompeyo destruye el ejército de Mitrídates.
101. Huida de Mitrídates a la Cólquide, donde concibe ambiciosos proyectos.
102. Mitrídates lleva a cabo su quimérico plan de circundar el Ponto. Concibe el proyecto de invadir Italia. Su hijo Macares se suicida.
103. Pompeyo explora las regiones del Cáucaso y obtiene una gran victoria sobre Oreces y Artozes.
104. Pompeyo invade Armenia. Tigranes se entrega.
105. Pompeyo arregla los asuntos en Armenia.
106. Otras guerras de Pompeyo. Trae a Siria bajo la sumisión de Roma.
107. Mitrídates da muerte a su hijo Jifares.
108. Muchas plazas fuertes se sublevan contra Mitrídates siguiendo el ejemplo de Fanagoria.
109. Mitrídates se resuelve a llevar a cabo la invasión de Italia.
110. Sedición de su hijo Farnaces.
111. Muerte de Mitrídates.
112. Semblanza y hechos de Mitrídates.

1 Los griegos creen que los tracios que participaron con Reso[1] en la expedición contra Troya, al ser muerto Reso durante la noche por Diomedes en la forma en que Homero describe en sus poemas[2], huyeron hacia la boca del Ponto, por donde es más estrecho el paso a Tracia. Algunos dicen que, como no encontraron barcos, se quedaron allí y se adueñaron del territorio llamado Bebricia. Otros, en cambio, opinan que atravesaron más allá de Bizancio hasta el país de los tracios llamados bitinios y que se establecieron a lo largo del río Bitias, pero que, forzados por el hambre, regresaron de nuevo a Bebricia y la llamaron Bitinia, en vez de Bebricia, en recuerdo del río junto al que habían habitado, o bien que, con el tiempo, habían cambiado el nombre insensiblemente, por no existir mucha diferencia entre Bitinia y Bebricia. Así piensan algunos, y otros, en cambio, dicen que su primer rey fue Bitis,

---

[1] Reso es un héroe tracio que luchó al lado de los troyanos durante la guerra de Troya. Era famoso por sus caballos rápidos como el viento y blancos como la nieve. Ulises y Diomedes lo mataron y se apoderaron de ellos.

[2] *Il.* X 470 y sigs.

hijo de Júpiter y de Trace[3], los que llegaron a ser epónimos de cada uno de los dos países.

2 Baste lo dicho como prólogo sobre Bitinia. De entre sus reyes anteriores a la dominación romana, que fueron cuarenta y nueve sucesivamente, debo destacar, sobre todo, puesto que estoy escribiendo una historia de Roma, a Prusias el Cazador[4], a quien Perseo, el rey de los macedonios, casó con su hermana. Cuando, poco tiempo después, Perseo y los romanos entablaron la guerra entre sí, Prusias no combatió al lado de ninguno de los dos[5]. Tras la captura de Perseo, salió al encuentro de los generales romanos llevando un vestido romano de la clase que llaman *tebenno*, con calzado itálico, la cabeza rapada y recubierta con un gorro de lana (*pileo*) a la manera en que lo usan algunos de los que obtienen la libertad en los testamentos. Era, por lo demás, feo y de pequeña estatura. Cuando se encontró con ellos, dijo en lengua latina: «Soy un *libertus* de los romanos», lo que precisamente quiere decir un liberto. Se rieron de él y fue enviado a Roma, donde pareció igualmente ridículo y halló el perdón.

3 Algún tiempo después, enojado Prusias con Átalo, el rey de la zona de Asia que está en torno a Pérgamo, devastó su territorio. Y, cuando se enteró el senado romano, envió a Prusias la orden de que no luchara contra Átalo, pues era amigo y aliado de Roma. Como quiera que se mostraba remiso en obedecer, los embajadores, con tono amenazador, le conminaron a que obedeciera las órdenes del senado y que fuera con mil jinetes a un lugar fronterizo para negociar un tratado,

---

[3] Heroína epónima de Tracia. Era hija de Océano y Parténope y hermana de Europa (epónima del continente). Pasaba por ser una hechicera notable, como las mujeres de su país.

[4] Éste fue Prusias II, hijo de Prusias I (cf. *Sir.* 11 y 23).

[5] Es inexacto, pues había enviado navíos auxiliares a la flota romana. Cf. DE SANCTIS, IV 1, pág. 352, n. 325.

lugar en el que también dijeron que Átalo permanecía con igual número de tropas. Pero Prusias, menospreciando las fuerzas que estaban con Átalo, por considerarlas poco numerosas, y con la esperanza de tenderles una emboscada, envió por delante a los embajadores, como si él les siguiera con los mil jinetes, pero en realidad puso en movimiento a todo su ejército y lo condujo dispuesto como para el combate. Cuando Átalo y los embajadores se enteraron de su maniobra, huyeron cada uno por donde pudo, y Prusias se apoderó de las bestias de carga de los romanos que habían quedado abandonadas con la impedimenta y, tras apresar la plaza fuerte de Niceforio, la arrasó hasta sus cimientos, prendió fuego a los templos y sitió a Átalo que había huido a Pérgamo. Finalmente, al enterarse también de esto, los romanos enviaron otros embajadores para que ordenasen a Prusias que compensara a Átalo por los daños ocasionados, y entonces, éste obedeció aterrado y se retiró. Cuando los embajadores estipularon que, como compensación, entregara a Átalo veinticuatro naves acorazadas de inmediato y quinientos talentos de plata en un plazo de tiempo, entregó las naves y llevó el dinero dentro del plazo fijado.

4 En tanto que Prusias era odiado por sus súbditos a causa de su extrema crueldad, su hijo Nicomedes gozaba de todo el favor de los bitinios. Y aquél, mirando con recelo esta situación, lo trasladó a vivir a Roma, y al enterarse de que también allí gozaba de buena estima, le ordenó que solicitara del senado la condonación de la deuda pendiente aún con Átalo y envió a Menas como compañero de embajada. Este último tenía el encargo de que, si obtenía la supresión del pago, perdonara la vida a Nicomedes, pero que, si fracasaba, le diera muerte en Roma. Para este fin, le hizo acompañar de un cierto número de barcos ligeros y de dos mil soldados. Como la multa no le fue levantada a Prusias

—pues Andronico, que había sido enviado por Átalo para argumentar en contra, demostró que el castigo era inferior en cuantía al saqueo—, y Menas veía que Nicomedes era un joven que merecía la pena y su atención, no sabía qué hacer, pero no soportaba la idea de matarlo ni la de regresar él a Bitinia, por miedo. Sin embargo, el joven, comprendiendo su tardanza, tuvo una conversación con él, cosa que éste también deseaba. Convinieron en promover un complot contra Prusias y sumaron a la empresa a Andronico, el emisario de Átalo, para que convenciera a este último de que hiciera regresar a Nicomedes a Bitinia. Y, tras esperarse mutuamente en Bernice, una pequeña ciudad del Epiro, subiendo a bordo de un barco durante la noche, acordaron lo que había que hacer y se separaron todavía de noche.

Por la mañana, Nicomedes desembarcó revestido 5
de la púrpura real y ceñido con la diadema y, entonces, Andronico saliendo a su encuentro lo saludó como a un rey y lo escoltó con los quinientos soldados que tenía. Menas, fingiendo que acababa de enterarse de que Nicomedes estaba presente, corrió hacia sus dos mil soldados y les habló con impaciencia. Y, tras proseguir con su alocución, dijo: «Puesto que de nuestros dos reyes, el uno está dentro del país y el otro se dirige contra él, debemos establecer bien nuestros intereses y hacernos una buena idea del futuro, pues de esto va a depender la seguridad de nuestra salvación, si sabemos prever bien cuál de ellos detentará el poder. Uno es, ciertamente, viejo, el otro, en cambio, joven; los bitinios detestan a uno y quieren al otro; los romanos influyentes están contentos con el joven, y Andronico, al haberle proporcionado ya una guardia, pone de manifiesto su alianza con Átalo, que posee un gran reino y es vecino de los bitinios y, desde hace mucho tiempo, enemigo de Prusias.» Al tiempo que decía estas cosas,

les mostró en toda su desnudez la crueldad de Prusias y cuántas vilezas había cometido contra todos y, además, el odio común de los bitinios hacia él. Así que vio que los soldados también abominaban de la perversidad de Prusias, los condujo al punto ante Nicomedes y, tras saludarlo como rey, como antes había hecho Andronico, le formó la guardia con sus dos mil hombres[6].

6 Átalo dio un cálido recibimiento al joven y ordenó a Prusias que le entregara a su hijo algunas ciudades para que habitara en ellas y un territorio que le suministrara recursos. Éste contestó que le entregaría, al punto, todo el reino de Átalo, por cuya posesión, precisamente para Nicomedes, había invadido antes Asia. Después de dar esta respuesta, envió a Roma a unos delegados para que acusaran a Nicomedes y a Átalo y los citaran a juicio. Mientras tanto, las tropas de Átalo avanzaron hacia el interior de Bitinia y, gradualmente, sus habitantes se iban poniendo al lado de las fuerzas invasoras. Prusias, a su vez, desconfiando de todos y con la esperanza de que los romanos lo librarían de la conjura, pidió y obtuvo de su cuñado Diégilis el tracio quinientos soldados tracios y, tras confiar a ellos solos su defensa, se refugió en la ciudadela de Nicea. El pretor urbano de Roma no introdujo, al momento, a los enviados de Prusias ante el senado, por favorecer a Átalo y, cuando lo hubo hecho, el senado decretó que el propio pretor eligiera y enviara a unos embajadores para que pusieran fin a la guerra. Él eligió a tres hombres, de los que uno, a causa de una pedrada en la cabeza, tenía unas cicatrices deformes, otro estaba en-

[6] Según E. Will, II, pág. 324, el carácter patético de este conflicto entre padre e hijo debió de seducir a los historiadores antiguos, pues la crisis de Bitinia está muy bien documentada. De hecho, Apiano le dedica, en proporción, bastante espacio.

fermo de gota y el tercero era tenido por un necio integral, de manera que Catón, burlándose de la embajada, dijo que no tenía sentido ni pies ni cabeza.

Los embajadores llegaron a Bitinia y dieron la orden 7
de que pusieran fin a la guerra. Y, aunque Nicomedes y Átalo fingieron estar de acuerdo en ello, los bitinios, que habían sido aleccionados, manifestaron que eran incapaces de soportar por más tiempo la crueldad de Prusias, sobre todo una vez que había quedado patente su descontento hacia él. Los embajadores, pues, con el pretexto de que los romanos no estaban informados aún de estas quejas, regresaron sin haber logrado nada. Y Prusias, después que perdió la esperanza de una ayuda por parte de Roma, y dado que, por confiar del todo en ella, se había despreocupado por completo de su defensa, se retiró a Nicomedia con idea de fortificar la ciudad y combatir a los que le atacaran. Sin embargo, sus habitantes lo traicionaron, abrieron las puertas y Nicomedes penetró con su ejército. A Prusias que se había refugiado en el templo de Júpiter lo mataron atravesándolo con sus lanzas algunos soldados enviados por Nicomedes [7]. De esta forma, Nicomedes sucedió a Prusias en el trono de Bitinia y a él, cuando murió al cabo de un tiempo, le sucedió su hijo Nicomedes, que llevó el sobrenombre de Filopátor [8], y los romanos le confirmaron por decreto el reino como herencia paterna. Así estaban las cosas en Bitinia. Y, si alguno siente el acicate de conocer el desenlace por anticipado, diré que un nieto de éste [9], otro Nicomedes [10], dejó en su testamento el reino a los romanos.

No puedo decir con exactitud quiénes gobernaron 8
en Capadocia antes de los macedonios, si tuvo un go-

7 Nicomedes II Epífanes.

8 Nicomedes III Evérgetes, no Filópator.

9 De Nicomedes Epífanes.

10 Éste se llamó Filópator.

bierno propio o si era súbdita de Darío. Sin embargo, me parece que Alejandro dejó a sus propios gobernantes, a condición de que pagaran un tributo, puesto que tenía prisa en marchar contra Darío. Pues está claro que incluso a Amisos, ciudad del Ponto de origen ático, le devolvió la democracia por ser éste su sistema de gobierno tradicional. Sin embargo, Jerónimo[11] afirma que ni siquiera entró en contacto con ellos en absoluto, sino que marchó contra Darío por otra ruta a lo largo de la costa de Panfilia y de Cilicia. Perdicas, que gobernó el reino de Macedonia después de Alejandro, hizo prisionero y crucificó a Ariárates, el gobernador de Capadocia, ya sea porque este último se había rebelado o porque aquél quería poner su reino en manos de los macedonios, y colocó al frente de estos pueblos a Éumenes de Cardia. Pero, después de la muerte de Éumenes, cuando los macedonios pensaron que era su enemigo, Antípatro, que fue después de Perdicas el gobernador del imperio de Alejandro, envió a Nicanor como sátrapa de Capadocia.

9 No mucho después, cuando los macedonios se enzarzaron entre sí en guerras civiles, Antígono se hizo con el gobierno de Siria, tras expulsar a Laomedonte[12], y tenía a su lado a Mitrídates[13], un hombre de la casa real persa. A Antígono le pareció en sueños que había sembrado un campo de oro y que Mitrídates recolectaba el oro y se lo llevaba al Ponto. Por este motivo, lo cogió prisionero y decidió matarlo, pero Mitrídates escapó con seis jinetes y se hizo fuerte en un cierto lugar de Capadocia. Fueron muchos los que se le unieron aprovechando las dificultades por las que atrave-

---

[11] Jerónimo de Cardia, historiador griego.

[12] No fue Antígono quien lo expulsó, sino Tolomeo el sátrapa de Egipto (así en Apiano, *Sir.* 52).

[13] Mitrídates Ctistés («el Fundador»).

saba Macedonia y, como consecuencia de ello, se hizo con el control de Capadocia y de los pueblos limítrofes en torno al Ponto y, tras agrandar mucho sus dominios, los dejó en herencia a sus hijos. Éstos gobernaron sucesivamente hasta llegar a Mitrídates, el sexto desde su fundador y el que combatió contra los romanos. Dado que los reyes de Capadocia y del Ponto pertenecían a este linaje, me parece que en algunas ocasiones dividieron el reino y unos gobernaron la zona del Ponto y otros, Capadocia.

Lo cierto es que un rey del Ponto, Mitrídates Evér- 10
getes, que fue el primer amigo de los romanos y les proporcionó algunas naves y una pequeña ayuda militar contra los cartagineses, invadió Capadocia como si se tratara de un país extranjero. A él le sucedió su hijo Mitrídates, que tuvo los sobrenombres de Dioniso y también de Eupátor[14]. Los romanos le ordenaron ceder Capadocia a Ariobarzanes, que se había refugiado junto a ellos y parecía tener más derecho sucesorio que Mitrídates al trono de Capadocia, o tal vez, porque los romanos miraban con recelo la gran extensión del reino de Mitrídates y trataban de dividirlo, de forma soterrada, en varias partes. Éste les obedeció, pero envió contra Nicomedes[15], el hijo de Nicomedes, hijo de Prusias, que había sido designado por los romanos para reinar en Bitinia por tratarse de una propiedad familiar, a Sócrates Cresto, hermano del mismo Nicomedes, con

---

14 Sobre Mitrídates Eupátor, resulta fundamental, aunque anticuada en muchos puntos, la obra de Th. Reinach, *Mithridate Eupator, roi de Pont*, París, 1890. Véanse, en general, las valiosas aportaciones de Rostovtzeff, II, págs. 1051 y sigs., en el capítulo dedicado a Mitrídates, y E. Will, II, págs. 392-419, que ofrece una panorámica bastante clara y con bibliografía reciente sobre las cuestiones más debatidas.

15 Nicomedes Epífanes, que era nieto, no hijo de Nicomedes el hijo de Prusias.

un ejército. Y Sócrates obtuvo para sí el reino de Bitinia. Al mismo tiempo, Mitraas y Bagoas, después de expulsar a Ariobarzanes, el que había sido entronizado en Capadocia por los romanos, colocaron en su lugar a Ariárates.

11 Los romanos trataron de reintegrar, a la vez, a Nicomedes y a Ariobarzanes, cada uno a su propio reino y enviaron con este fin una embajada, a cuyo frente iba Manio Aquilio, y dieron órdenes a Lucio Casio, que estaba a cargo del Asia que está en torno a Pérgamo y tenía un pequeño ejército, de que le ayudara en la empresa, y lo mismo hicieron con el mencionado Mitrídates Eupátor. Pero éste, dado que estaba quejoso de los romanos por causa de la misma Capadocia y que recientemente había sido despojado de Frigia por ellos, como está expuesto en mi historia de Grecia, no cooperó. Sin embargo, Casio y Manio, con el ejército de aquél y otro muy numeroso que reunieron de gálatas y frigios, restauraron a Nicomedes en el trono de Bitinia y a Ariobarzanes en el de Capadocia. Y, de inmediato, intentaron convencer a ambos, pues eran vecinos de Mitrídates, de que hicieran incursiones en el territorio de éste y lo incitaran a combatir, en la seguridad de que los romanos les ayudarían en la guerra. Éstos, no obstante, dudaban de empezar una guerra de tanta magnitud y en sus fronteras, por temor a la fuerza de Mitrídates. Pero, como los embajadores insistiesen, Nicomedes, que había acordado entregar una gran cantidad de dinero que aún debía a los generales y embajadores por la ayuda recibida y que, además, había tomado a préstamo otra gran suma de los romanos que le acompañaban y que era acuciado por sus acreedores, invadió contra su voluntad el territorio de Mitrídates y lo saqueó hasta la ciudad de Amastris sin que nadie se lo impidiera ni le saliera al encuentro. Pues, aunque Mitrídates tenía ciertamente dispuestas sus tropas, sin

embargo, se retiró, dando ocasión a que hubiese muchos y justos motivos de acusación para la guerra.

Cuando Nicomedes se retiraba con un gran botín, 12
Mitrídates envió a Pelópidas ante los generales y embajadores romanos. Él no desconocía que ellos deseaban hacerle la guerra y que habían sido los culpables de esta invasión, pero lo fingió buscando procurarse, a un mismo tiempo, más y más claros motivos para la guerra futura, y les recordó su amistad y la alianza suya y de su padre. A cambio de las cuales, dijo Pelópidas que él había sido despojado de Frigia y Capadocia: de la primera, aunque siempre había pertenecido a sus antepasados y había sido recuperada por su padre, y de la segunda, a pesar de que se la había concedido el general romano como recompensa por su victoria sobre Aristonico y, no obstante, comprada al mismo general a cambio de mucho dinero. «Y ahora —dijo— habéis consentido que Nicomedes cerrara la boca del Ponto Euxino y que haga una incursión hasta Amastris y se lleve cuanto botín sabéis con exactitud, pese a que mi rey no era débil ni le faltaba preparación para defenderse, sino que esperó con objeto de que vosotros fuerais testigos presenciales de lo ocurrido. Y ya que lo fuisteis y conocéis el hecho, Mitrídates os exhorta, por ser vuestro amigo y aliado, a vosotros, que sois sus amigos y aliados —pues así lo dice el tratado—, a que nos defendáis de los agravios que nos causó Nicomedes o a que le impidáis que los siga cometiendo».

Tales fueron las palabras de Pelópidas, y los emba- 13
jadores de Nicomedes, presentes allí para responderle, dijeron: «Hace ya bastante tiempo que Mitrídates, tramando un complot contra Nicomedes, indujo a ocupar el trono con un ejército a Sócrates, que estaba tranquilo y consideraba justo que fuera rey su hermano mayor. Éste fue el comportamiento de Mitrídates respecto a Nicomedes, al que vosotros, romanos, habíais

colocado como rey de los bitinios. Y está claro que no éramos nosotros solos sino más bien vosotros el blanco de su acción. Y por el mismo razonamiento, cuando prohibisteis a los reyes de Asia poner un pie en Europa, se apoderó de la mayor parte del Quersoneso. Sirvan estos hechos como ejemplo de su arrogancia, hostilidad y desobediencia hacia vosotros. Y observad cuán grande es su preparativo, y todo él dispuesto como para una guerra grande y decidida ya, tanto de su propio ejército como de sus aliados tracios y escitas, y cuán grandes son los otros pueblos vecinos. Ha contraído, además, una alianza matrimonial con Armenia y ha enviado embajadores a Egipto y Siria para congraciarse a sus reyes. Cuenta también con trescientos navíos acorazados y construye otros más, y ha mandado buscar segundos de a bordo[16] y pilotos en Fenicia y Egipto. Las medidas que Mitrídates toma son de tal calibre, no precisamente por causa de Nicomedes, romanos, sino por vuestra causa. Pues está irritado con vosotros desde que le ordenasteis devolver Frigia, que había comprado con malas artes y después de sobornar a uno de vuestros generales, porque condenasteis su injusta adquisición. Y está enojado por causa de Capadocia, que había sido entregada por vosotros a Ariobarzanes. Además, temeroso de vuestro creciente poder, se prepara, con

---

16 El *prōireús* (también llamado *prōirátēs*) era un suboficial copiloto. Era el brazo derecho del piloto. Aristóteles le llama el «instrumento animado» del *kybernḗtēs*, en tanto que la caña del timón es el «instrumento inanimado» (*Polít.* 1, 4, 1253 b; 3, 2, 1276 b). En las trirremes era el segundo oficial de a bordo tras el *kybernḗtēs*, pero en los barcos sin acorazar (*áphrakta*), que eran más pequeños, era el primer suboficial. En el siglo II a. C. el orden era el siguiente: *kybernḗtēs*, *prōirátēs*, *keleustḗs*, *pentecóntarchos* y *naupagós*. La misión principal del *prōirátēs* era servir como vigía durante la travesía. Dada la importancia de su cometido, requería ser relevado a intervalos (véanse más detalles en J. Borimir, *The Athenian Navy...*, págs. 143-145).

el pretexto de que es contra nosotros, para atacaros a vosotros si tiene posibilidad de ello. Es, pues, de hombres sensatos no esperar a que reconozca que está en guerra con vosotros, sino prestar atención a sus hechos más que a sus palabras, y no entregar a los amigos verdaderos y seguros a un hombre que finge el engañoso nombre de amistad, ni consentir que quede anulada vuestra decisión acerca de nuestro reino por un hombre que es igual enemigo nuestro que vuestro.»

Así respondieron los representantes de Nicomedes. 14
Y Pelópidas, compareciendo de nuevo ante el consejo romano, dijo que, sobre cualquier queja de Nicomedes sobre hechos ocurridos ya hacía tiempo, aceptaba el dictamen de los romanos, pero que con relación a los actuales, a saber, la devastación del territorio de Mitrídates, el bloqueo del mar y la gran expoliación sufrida, dado que todos estos sucesos habían ocurrido en la presencia de ellos, no había necesidad de discusiones ni de juicio, «sino que de nuevo os exhortamos o a impedir tales ultrajes o a prestar ayuda a Mitrídates que es el agraviado o, por último, romanos, a no impedir que él se defienda y manteneros vosotros al margen del conflicto entre ambos». Mientras Pelópidas exponía nuevamente sus demandas, los generales romanos tenían decidido desde mucho antes ayudar a Nicomedes, pero, con todo, escucharon a aquél para fingir la aceptación de la réplica de la parte contraria. Sin embargo, avergonzados de lo dicho por Pelópidas y de la alianza con Mitrídates, que aún estaba en vigor, no supieron qué respuesta darle durante mucho rato y, finalmente, tras una pausa, le respondieron con artificio del siguiente modo: «No quisiéramos que Mitrídates sufriera ninguna cosa desagradable de manos de Nicomedes, pero tampoco toleraremos que se haga la guerra contra éste, pues creemos que en nada beneficiaría a los romanos que Nicomedes sufriera daño.» Y después de dar esta res-

puesta, cuando Pelópidas quiso probar lo insatisfactorio de la misma lo hicieron salir del consejo.

15 Así pues, Mitrídates, una vez que fue objeto ya de una clara injusticia por parte de los romanos, envió a su hijo Ariárates con gran número de tropas a reinar en Capadocia y éste asumió, de inmediato, el mando en ella tras expulsar a Ariobarzanes. Y Pelópidas, yendo de nuevo ante los generales romanos, les dijo lo siguiente: «Los agravios que de vosotros, romanos, soportó pacientemente el rey Mitrídates al ser despojado no hace mucho de Frigia y Capadocia, los habéis escuchado; también tolerasteis los daños que le causó Nicomedes ante vuestros ojos y, cuando apelamos a vuestra amistad y alianza, nos respondisteis, no como a acusadores sino como a acusados, que juzgabais que no era provechoso para los intereses romanos que Nicomedes sufriera daño, como si, en verdad, fuera él el agraviado. Sois, por tanto, vosotros los responsables de lo ocurrido en Capadocia contra la república romana, pues Mitrídates actuó como lo ha hecho por vuestro menosprecio hacia nosotros y por el tono de artificio de vuestra respuesta. Además, piensa enviar una embajada ante el senado para querellarse contra vosotros y os demanda que estéis allí presentes para defenderos y no os apresuréis a hacer nada ni a emprender una guerra tan grande sin la autorización de la república romana. Pues debéis considerar que Mitrídates reina en los dominios de su padre, que tienen una longitud de veinte mil estadios, y que se ha anexionado muchos otros pueblos vecinos, entre ellos los colcos, un pueblo sumamente belicoso, los griegos que habitan a orillas del Ponto y los bárbaros que están más allá. Y cuenta con amigos dispuestos a cumplir todo lo que se les mande, como los escitas, tauros, bastarnas, tracios, sármatas y todos los pueblos que habitan en la región del Don, del Danubio y del

mar de Azov[17]. Tigranes el armenio es su yerno y Arsaces de Partia, su aliado; posee una gran cantidad de naves, una parte dispuesta ya y otra en plazo breve, y material de guerra digno de mención en todos los aspectos.

»Y no os mintieron tampoco recientemente los bitinios acerca de los reyes de Egipto y Siria, los cuales no sólo es lógico que se pongan de nuestra parte, si llega a estallar la guerra, sino también los territorios de Asia que habéis adquirido hace poco, Grecia, África y muchos lugares de la propia Italia que, por no soportar vuestra ambición, llevan a cabo una guerra implacable contra vosotros. Y, aunque no sois capaces de controlarla, atacáis a Mitrídates, enviando contra él a Nicomedes y a Ariobarzanes por turnos. Afirmáis que sois sus amigos y aliados y fingís serlo, pero lo tratáis como a un enemigo. Pues bien, incluso ahora, si estáis dispuestos a cambiar de opinión a la vista de lo ocurrido, impedid que Nicomedes atente contra vuestros amigos —y si así lo hacéis, os prometo que el rey Mitrídates combatirá como aliado vuestro contra los italianos—, o desenmascarad vuestra aparente amistad hacia nosotros, o vayamos a Roma para un juicio.» 16

Así habló Pelópidas, y ellos, considerando que se había expresado en un tono demasiado insolente, ordenaron a Mitrídates que dejara en paz a Nicomedes y a Capadocia, pues iban a restaurar de nuevo en ella a Ariobarzanes, y a Pelópidas lo mandaron salir del campamento y que no volviera como embajador ante ellos, a no ser que el rey se atuviera a lo ordenado.

---

17 He traducido con la equivalencia geográfica moderna por tratarse de lugares importantes, facilitando con ello su identificación. En el original: «...la región del Tanais, del Istro y de la laguna Meótide».

Después de darle esta respuesta, le hicieron escoltar por una guardia en su viaje de regreso, para que no pudiera soliviantar a nadie por el camino.

17 Cuando acabaron de hablar, sin esperar a que el senado o el pueblo decidiera acerca de una guerra de tanta magnitud, reunieron un ejército procedente de Bitinia, Capadocia, Paflagonia y los gálatas asiáticos. Y, tan pronto como estuvo preparado el ejército que tenía Lucio Casio, el gobernador de Asia, y todas las fuerzas aliadas estuvieron reunidas, acamparon, dividiendo el conjunto total de las tropas. Casio lo hizo en la línea fronteriza de Bitinia y Galacia; Manio, en donde debía pasar Mitrídates hacia Bitinia, y Opio, otro general, en las montañas de Capadocia. Cada uno de ellos tenía alrededor de ⟨cuatro mil jinetes⟩[18] y de cuarenta mil soldados de infantería. También disponían de una flota, al frente de la cual estaban Minucio Rufo y Gayo Popilio, en las proximidades de Bizancio, custodiando la boca del Ponto. Les acompañaba, además, Nicomedes, que mandaba otros cincuenta mil infantes y seis mil jinetes. Tan grande era el ejército que en total se logró reunir. Mitrídates, a su vez, tenía en su ejército doscientos cincuenta mil soldados de infantería y cuarenta mil jinetes, trescientos navíos acorazados y cien con dos bancos de remos, y el resto del equipo en proporción a estas fuerzas. Eran sus generales Neoptólemo y Arquelao, hermanos ambos, y el rey en persona asumió el mando de la mayor parte de las tropas. De las fuer-

[18] Añadió Schweighäuser. El texto sin esta adición puede leerse así: «cada uno de ellos tenía alrededor de cuarenta mil hombres, entre soldados de infantería y caballería». El hecho de que en los demás casos especifique por separado el número de soldados de infantería y de caballería, así como la estructura de la frase en comparación con el contexto, hacen pensar que, en efecto, se debe suplir una cifra. Para más detalles sobre estos sucesos, cifras exageradas, etc., cf. E. Will, II, pág. 401.

zas aliadas Arcatias, el hijo de Mitrídates conducía a diez mil jinetes procedentes de Armenia Menor, Dorilao ⟨mandaba⟩ a la falange y Crátero tenía a su cargo ciento treinta carros de guerra. Tan grandes eran los preparativos de una y otra parte cuando, por primera vez, los romanos y Mitrídates entraron en guerra mutuamente, alrededor de la ciento setenta y tres olimpíada.

Una vez que Nicomedes y los generales de Mitrída- 18
tes estuvieron a la vista unos de otros en una ancha llanura junto al río Amneo, desplegaron sus tropas para la batalla. Nicomedes lo hizo con todo su ejército, pero Neoptólemo y Arquelao formaron sólo a la infantería ligera, a los jinetes que tenía Arcatias y a algunos de los carros, pues la falange todavía estaba de camino. Estos últimos enviaron a un destacamento para que se anticipara a tomar una colina rocosa de la llanura, a fin de no ser rodeados por los bitinios, que eran muy superiores en número. Pero, tan pronto como vieron que ellos eran rechazados de la colina, Neoptólemo, por temor a ser rodeado, corrió en su auxilio con rapidez, llamando a la vez a Arcatias. Nicomedes, al ver su acción, respondió con un movimiento similar y tuvo lugar allí un gran combate con bajas numerosas. Al fin se impuso Nicomedes y los soldados de Mitrídates emprendieron la huida, hasta que Arquelao, dirigiéndose hacia allí desde el flanco derecho, atacó a los perseguidores. Éstos se volvieron para hacerle frente, pero él se retiró poco a poco, a fin de que pudieran regresar de su huida los soldados de Neoptólemo, y tan pronto como conjeturó que esto se había realizado suficientemente, atacó de nuevo. Al mismo tiempo, los carros falcados, lanzándose con ímpetu contra los bitinios, rompieron la formación y, de inmediato, partieron a algunos en dos y a otros los trocearon en muchos pedazos. Lo ocurrido dejó aterrado al ejército de Nicomedes, cuando vieron a los hombres partidos por la

mitad y todavía vivos o fragmentados en múltiples trozos o colgados de las hoces, y más por la repugnancia del espectáculo que por la derrota en el combate, rompieron el orden de la línea de batalla a causa del temor. Cuando estaban desordenados, los atacó de frente Arquelao y por la espalda, Neoptólemo y Arcatias, que retornaban de su huida. No obstante, se defendieron durante mucho tiempo, haciendo frente a cada uno de los atacantes; pero, cuando la mayoría había caído en la lucha, Nicomedes huyó con el resto a Paflagonia sin que tuviera que intervenir la falange de Mitrídates. Fue apresado el campamento de Nicomedes con gran cantidad de dinero y se capturó multitud de prisioneros. A todos éstos, Mitrídates los trató con benevolencia y, después de darles provisiones, los dejó que partieran en libertad hacia sus hogares, con lo que obtuvo fama de clemente entre sus enemigos.

19 Ésta fue la primera acción de la guerra de Mitrídates, y los generales romanos quedaron sobrecogidos de temor, porque habían emprendido una guerra de tanta magnitud de forma precipitada, sin reflexión y sin un decreto público. Unas pocas tropas, en efecto, habían vencido a un número muy superior a ellas, y no porque les favoreciera una mejor posición estratégica ni por un fallo del enemigo, sino por la inteligencia de sus generales y por el valor del ejército. Nicomedes, ahora, acampó junto a Manio y Mitrídates subió al monte Escóroba que es el límite entre los bitinios y la tierra del Ponto. Un cuerpo de tropas de vanguardia de este último, integrado por cien jinetes sármatas, se topó casualmente con ochocientos jinetes de Nicomedes e hizo prisioneros a algunos de ellos, y de nuevo, Mitrídates permitió a éstos retornar con provisiones a sus lugares de origen. Neoptólemo y Nemanes se encontraron con Manio, cuando huía, en los alrededores de la fortaleza de Protopaquio hacia la hora séptima, una vez que Ni-

comedes se había marchado ya al lado de Casio, y lo obligaron a luchar. Tenía cuatro mil jinetes y diez veces este número de soldados de infantería. Ellos mataron a unos diez mil de sus hombres y cogieron trescientos prisioneros, a los que, de manera similar, Mitrídates, cuando los llevaron a su presencia, dejó ir libres, ganándose así el favor popular entre sus enemigos. Fue capturado también el campamento de Manio y éste, huyendo hasta el río Sangario, lo atravesó al llegar la noche y se puso a salvo en Pérgamo. Casio, Nicomedes y los demás embajadores romanos que estaban presentes trasladaron el campamento a la Cabeza del León, que es una plaza fuerte de Frigia perfectamente protegida. En este lugar se dedicaron a entrenar a la muchedumbre recién reclutada de artesanos, campesinos y particulares, y reclutaron nuevas gentes entre los frigios. Pero, como unos y otros se mostraban reacios para la milicia, desistieron de conducir al combate a unos hombres ineptos para la guerra y, tras licenciarlos, se retiraron: Casio con su ejército a Apamea, Nicomedes a Pérgamo y Mancino hacia Rodas. Cuando los que ocupaban la boca del Ponto se enteraron de estos sucesos, se dispersaron y entregaron a Mitrídates los estrechos pónticos y todas las naves que tenían.

Este último, después de haberse apoderado, de un 20
solo golpe, de todo el reino de Nicomedes, lo recorrió y arregló los asuntos de las ciudades. Luego, invadió Frigia y se hospedó en un albergue de Alejandro, por considerar que era un buen augurio hospedarse donde lo había hecho Alejandro. Recorrió también en triunfo el resto de Frigia, Misia y aquellas partes de Asia que habían sido ganadas recientemente por los romanos y, enviando embajadas a los países vecinos, sometió Licia, Panfilia y los demás territorios hasta Jonia. A los laodicenses, que habitaban junto al río Lico y que aún se resistían —pues el general romano Quinto Opio había

penetrado en la ciudad con jinetes y la defendía—, les dijo por boca de un heraldo, ante sus murallas, que el rey Mitrídates les prometía la inmunidad si le entregaban a Opio. Y ellos, después de escuchar su proclama, dejaron marchar indemnes a los mercenarios de Opio, pero condujeron a éste ante Mitrídates, precedido de sus lictores, en son de burla. Mitrídates no le causó daño alguno, sino que lo llevó por todas partes sin ponerle ataduras, mostrando a un general romano como su prisionero.

21 No mucho tiempo después, cogió prisionero a Manio Aquilio, máximo responsable de la embajada y de esta guerra, y lo llevó atado sobre un asno, proclamando, ante todos los que lo veían, que se trataba de Manio, y finalmente, en Pérgamo vertió oro fundido sobre su boca para censurar a los romanos su venalidad. Tras designar sátrapas para varios pueblos, prosiguió su avance hacia Magnesia, Éfeso y Mitilene, siendo recibido con alegría por todos. Los efesios incluso destruyeron las estatuas romanas que había entre ellos, por lo que no mucho después sufrieron un castigo. A su regreso de Jonia, se apoderó de Estratonicea, le impuso una multa e introdujo una guarnición en la ciudad. En ella vio a una joven de gran belleza y la añadió a su lista de esposas. Su nombre, si alguien tiene curiosidad por conocerlo, era Mónima, la hija de Filopemen. A aquellos de los magnesios, paflagonios y licios que se oponían todavía, los combatió por medio de sus generales.

22 Así estaban los asuntos de Mitrídates. En cuanto a los romanos, tan pronto como se enteraron de su primer ataque y de la invasión de Asia, decretaron hacerle la guerra, aunque estaban ocupados con inacabables revueltas en la ciudad y con una difícil guerra interna, al haberse rebelado Italia casi entera de manera gradual. Cuando los cónsules echaron las suertes, le tocó a Cornelio Sila el gobierno de Asia y combatir contra Mitrí-

dates; pero, como no podían asignarle cantidad alguna de dinero, decretaron que fueran vendidos todos los objetos valiosos que el rey Numa Pompilio había consagrado para los ritos solemnes de los dioses. Tan grande era entonces la penuria en toda clase de recursos y su ambición por todo. Algunos de estos tesoros fueron vendidos de inmediato y arrojaron un peso de nueve mil libras de oro, las únicas que entregaron para una guerra tan importante.

Las guerras civiles retuvieron a Sila durante mucho tiempo, según consta en mi historia de las Guerras Civiles. Entretanto, Mitrídates construyó más naves para atacar a los rodios y escribió en secreto a todos los sátrapas y gobernadores de las ciudades, para que, al cabo de treinta días, atacaran todos a la vez a los romanos e italianos que hubiera entre ellos, así como a sus esposas, hijos y libertos de origen itálico, y tras darles muerte, los arrojaran insepultos y se repartieran sus bienes con el rey Mitrídates. Hizo saber también que impondría un castigo a los que enterraran a los muertos u ocultaran a los vivos y que habría recompensas para los delatores de algunos de estos hechos o para quienes dieran muerte a los que estuvieran ocultos. A los esclavos les prometió la libertad, si mataban o traicionaban a sus amos, y a los deudores, la condonación de la mitad de su deuda, si hacían lo mismo con sus acreedores. Estas órdenes secretas las envió Mitrídates a todas las ciudades a la vez, y cuando llegó el día fijado, toda suerte de calamidades tuvieron lugar a lo largo y ancho de Asia, de las que algunas fueron como sigue.

Los efesios dieron muerte, arrastrándolos al exte- 23
rior, a los que se habían refugiado en el templo de Diana y estaban abrazados a las estatuas. Los de Pérgamo, a los que habían tomado refugio en el templo de Esculapio, como no querían salir, los asaetearon

abrazados a las imágenes. Los de Adramitio penetraron en el mar en pos de los que intentaban escapar a nado, los mataron y ahogaron a sus hijos. Los caunios, que habían quedado tributarios de los rodios después de la guerra contra Antíoco y habían sido liberados por los romanos no hacía mucho, arrastraron, desde el altar de la estatua de Vesta, a los italianos que se habían refugiado en el templo dedicado a esta diosa junto a la casa senatorial y mataron, en primer lugar, a sus hijos ante los ojos de sus madres, y después, a éstas y a sus esposos. Los tralianos, para evitar ser responsables directos del crimen, contrataron para este trabajo a un hombre atroz, Teófilo el paflagonio; éste los reunió en el templo de la Concordia y llevó a cabo la carnicería e, incluso, cortó las manos de algunos de ellos que estaban abrazados a las estatuas. Tal fue la suerte que corrieron, a un tiempo, los italianos y romanos de Asia, hombres, niños, mujeres, libertos y esclavos, todos cuantos eran de raza itálica. Por lo cual quedó claro, sobre todo, que Asia cometió tales atrocidades contra ellos no tanto por miedo a Mitrídates, como por el odio que sentían hacia los romanos [19].

Pero ellos pagaron doblemente su castigo, pues Mitrídates, poco tiempo después, los ultrajó con perfidia y, tras él, Cornelio Sila. Mitrídates navegó hacia Cos y sus habitantes le tributaron una alegre bienvenida, y allí recibió y educó de manera principesca al hijo de Alejandro, el rey de Egipto, que había sido dejado en la isla por su abuela Cleopatra con una gran cantidad de riquezas. De los tesoros de Cleopatra envió al Ponto una buena parte, piezas de arte, piedras preciosas, adornos femeninos y gran cantidad de dinero.

---

[19] Sobre la masacre de ciudadanos romanos y de origen itálico llevada a cabo por orden de Mitrídates, cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1057.

Entretanto, los rodios[20] fortificaron sus murallas y 24 sus puertos y colocaron máquinas de guerra por todas partes, les ayudaban algunos telmiseos y licios. Todos los italianos que habían escapado de Asia se reunieron en Rodas y, con ellos, Lucio Casio, el procónsul de Asia. Cuando Mitrídates navegó contra ellos, destruyeron los arrabales de la ciudad, para que no fueran de utilidad al enemigo y se hicieron a la mar para librar un combate naval con unos barcos dispuestos para atacar de frente y otros, de costado. Pero el rey, que navegaba alrededor de los suyos con una quinquerreme, ordenó a sus barcos que se desplegaran por las alas hacia alta mar y que, forzando la remadura, envolvieran a los enemigos, pues eran inferiores en número. Por último, los rodios, ante el temor de verse rodeados, se replegaron poco a poco, y después, haciendo virar sus barcos, se refugiaron en el puerto, lo cerraron con barreras y combatieron a Mitrídates desde las murallas. Éste trasladó su campamento cerca de la ciudad, intentando continuamente forzar los puertos; pero, como fracasó en dicho propósito, aguardó a que estuviera presente la infantería procedente de Asia. Mientras tanto, tenían lugar cortas y continuas escaramuzas con los que estaban apostados sobre las murallas; al llevar en ellas los rodios la mejor parte, recobraron poco a poco su confianza y prepararon las naves para atacar a los enemigos, si se les presentaba la ocasión.

Cuando una nave de carga de la flota real pasó nave- 25 gando a vela junto a ellos, avanzó contra ella una nave rodia de dos bancos de remos. Al acudir con presteza en auxilio de éstas otras naves de ambos bandos, tuvo

[20] Fueron los únicos que permanecieron insensibles al requerimiento de Mitrídates, conocedores, tal vez, del rencor y largueza, a un tiempo, de Roma y confiados en la solidez de sus defensas y en la pericia de su flota.

lugar un fuerte combate naval en el que Mitrídates agobiaba al enemigo por su ímpetu y el número de barcos, pero los rodios rodearon y embistieron a sus naves con tal habilidad, que regresaron a puerto llevando a remolque una trirreme con su tripulación y muchos mascarones de proa y despojos del enemigo. En otra ocasión, al ser apresada por los enemigos una quinquerreme, los rodios, desconociendo este hecho, mandaron a buscarla a seis de sus barcos más rápidos bajo el mando de Damágoras. Mitrídates envió contra él a veinticinco naves y Damágoras se mantuvo en retirada hasta la puesta de sol. Pero, cuando, al oscurecer, las naves del rey dieron la vuelta para emprender el regreso, las atacó, hundió a dos, a otras dos las persiguió hasta Licia y regresó a puerto después de pasar la noche en el mar. Éste fue el resultado del combate naval entre los rodios y Mitrídates, desenlace inesperado para los rodios, a causa de su escaso número de barcos y, para Mitrídates, por el gran número de los suyos. En esta acción, cuando el rey navegaba en torno a sus barcos y apremiaba a los hombres, una nave de Quíos, debido a la confusión, chocó contra el barco de aquél con un fuerte impacto. El rey entonces fingió no darse por enterado, pero después castigó al piloto y al segundo de a bordo y, desde aquel momento, siempre mantuvo su odio hacia los de Quíos.

26 Por aquellos mismos días, un fuerte viento de Cauno[21] se abatió contra las naves de carga y trirremes que transportaban las tropas de infantería de Mitrídates y las desvió hacia Rodas. Los rodios se hicieron a la mar rápidamente y, atacándolas cuando todavía estaban perturbadas por la tempestad y diseminadas, apresaron a algunas, perforaron otras con los espolones, a otras las quemaron y cogieron cuatrocientos prisioneros. Por este

[21] Viento que sopla desde Cauno hacia Rodas.

motivo, Mitrídates se preparó para otro combate naval y para un asedio al mismo tiempo. Construyó una *sambuca*, enorme máquina de guerra que transportó sobre dos naves. Algunos desertores le indicaron una colina fácil de escalar, donde estaba situado el templo de Júpiter Atabirio, rodeado de un muro bajo. Embarcó, por consiguiente, a su ejército en las naves durante la noche y dio escalas a otros, ordenándoles que avanzaran cada uno en silencio, hasta que algunos les hicieran una señal con fuego desde el monte Atabirio, y que, entonces, todos juntos, con el máximo ruido que pudieran, atacaran unos los puertos y otros trataran de forzar las murallas. Así pues, ellos se aproximaron en un silencio profundo, pero los centinelas rodios, dándose cuenta de lo que ocurría, hicieron una señal con fuego y el ejército de Mitrídates, pensando que esa era la señal del monte Atabirio, rasgó al unísono el silencio sepulcral con un clamor enorme, tanto los que llevaban las escalas como los de las naves. Pero los rodios no se arredraron ante ellos, sino que prorrumpieron, a su vez, en otro clamor igual y corrieron en tropel hacia las murallas. Las fuerzas reales no llevaron a cabo ningún intento esa noche y, al día siguiente, fueron rechazadas.

Lo que más temor causaba a los rodios era la *sambuca* que había sido arrimada junto a las murallas, por donde estaba el templo de Isis, y disparaba, a la vez, muchos proyectiles, arietes y dardos. Además, soldados, en numerosos barcos pequeños, navegaban a su alrededor con escalas para trepar a las murallas por ella. Pero los rodios también resistieron con firmeza este ataque, hasta que la máquina empezó a vencerse a causa del peso y pareció que una aparición de Isis lanzaba una gran cantidad de fuego contra ella. Y Mitrídates, habiendo perdido también la esperanza de este intento, se retiró de Rodas. Posteriormente, mientras asediaba 27

Patara, comenzó a talar el bosque consagrado a Latona para procurarse madera con la que construir máquinas de guerra, hasta que, como consecuencia de un sueño amenazador, respetó el bosque y, tras encargar a Pelópidas que prosiguiera la guerra contra los licios, envió a Arquelao a Grecia para que tratara de captarse, de forma amigable o por la fuerza, cuantos lugares de ella pudiera. Y él, desde este momento, dejó la mayor parte de sus asuntos en manos de sus generales y se dedicó al enrolamiento de tropas, a la fabricación de armas y a divertirse con su esposa de Estratonicea. Presidía también los juicios de los acusados de conspirar contra su persona o de intentar promover revoluciones o favorecer, de cualquier modo, la causa romana.

28 Mientras él estaba ocupado en estos menesteres, en Grecia tenían lugar los siguientes acontecimientos. Arquelao, navegando con abundancia de provisiones y una gran flota, sometió por la violencia y la fuerza a Delos, que se había sublevado contra los atenienses, y a otras plazas fuertes. En ellas mató a veinte mil hombres, de los que la mayor parte eran italianos, y puso en manos de los atenienses las plazas fuertes. Gracias a este hecho y a que hablaba con jactancia de Mitrídates y lo ensalzaba hasta la exageración, logró atraérselos en alianza. Les envió el tesoro sagrado desde Delos por medio de Aristión[22], un ateniense, proporcionándole una escolta de dos mil soldados para custodiar el tesoro. Aristión utilizó a estos hombres para convertirse en tirano de su patria y mató, de inmediato, a una parte de los atenienses, bajo la acusación de favorecer a los

---

[22] Posidonio lo llama Atenión. La crítica está dividida en torno a la problemática surgida sobre este hombre. Para algunos, Aristión-Atenión se trata de una misma persona, otros, en cambio, piensan que son dos (cf. ROSTOVTZEFF, II, págs. 1057-58, y en especial, pág. 1135, n. 4).

romanos, y a otros los envió a Mitrídates[23], e hizo todo esto a pesar de que practicaba la filosofía epicúrea. Pero no fue sólo éste entre los atenienses, ni siquiera Critias antes que él ni los discípulos de este último, los que ejercieron la tiranía, sino que también, en Italia, algunos de los pitagóricos y, en el resto de Grecia, algunos de los llamados Siete Sabios que se ocuparon de asuntos públicos, gobernaron y fueron unos tiranos más crueles que los tiranos ordinarios. De tal manera, que incluso surgió la duda y la sospecha, respecto a los restantes filósofos, de si cultivaban la filosofía por un deseo de virtud o como un consuelo de su pobreza e inactividad. Hoy día, también, muchos filósofos de esta clase, que llevan una vida privada y mísera y pretextan sabiduría por causa de su misma necesidad, censuran con acritud a los ricos y a los gobernantes, con lo que no obtienen reputación para sí de que desprecian la riqueza y el poder, sino más bien de que los envidian. Y los que son objeto de sus críticas se muestran mucho más sabios al despreciarlos. Todo ello, sin embargo, debe considerarse como dicho contra el filósofo Aristión, que es el causante de esta digresión en mi relato.

Se pusieron, además, de parte de Arquelao los 29
laconios y toda Beocia, excepto los de Tespis, a los que sitió, estableciendo un cerco en torno a ellos. Por el mismo tiempo, Metrófanes, enviado por Mitrídates con otro ejército, devastó Eubea, el territorio de Demetrias y Magnesia, porque no habían aceptado adherirse a su causa. Brutio, avanzando desde Macedonia con un pequeño ejército, sostuvo con él un combate naval y, tras hundirle una nave pequeña y una hemiolia, mató a todos los que había en ellas ante la mirada de Metró-

[23] Sobre los móviles de la defección de Atenas, cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1058.

fanes. Éste huyó aterrado y, como le acompañó un viento favorable, Brutio no pudo darle alcance, sino que se apoderó de Escíatos, que servía de almacén a los bárbaros para el botín de sus depredaciones. Crucificó a algunos esclavos de entre la población y cortó las manos a los hombres libres y, entonces, se volvió contra Beocia, tras recibir como refuerzos desde Macedonia otros mil jinetes y soldados de infantería. En las cercanías de Queronea sostuvo contra Arquelao y Aristión un combate que duró tres días, pues el desarrollo de la acción a lo largo de toda la batalla fue equilibrado y de resultado incierto. Pero, cuando los laconios y aqueos vinieron en ayuda de Arquelao y Aristión, Brutio, considerando que ya no era capaz de combatir con todos a la vez, se retiró al Pireo y, finalmente, Arquelao navegando también contra este lugar se apoderó de él.

30 Sila [24], que había sido elegido por los romanos general de la guerra de Mitrídates, cruzó entonces por vez primera desde Italia a Grecia con cinco legiones, algunas cohortes y algunos escuadrones de caballería, y de inmediato trató de reunir dinero, aliados y provisiones de Etolia y Tesalia. Tan pronto como juzgó que tenía lo suficiente de todo, cruzó hasta el Ática contra Arquelao. Mientras realizaba el viaje, se pasó a su lado toda Beocia, a excepción de unos pocos, y la gran ciudad de Tebas que, después de haber elegido la causa de Mitrídates muy a la ligera en vez de la de Roma, con mayor presteza aún se pasaron de Arquelao a Sila antes de que se produjera una confrontación. Una vez que alcanzó el Ática, envió una parte del ejército a la ciudad para sitiar a Aristión, en tanto que él en persona marchó contra el Pireo, donde precisamente estaban Arquelao y los enemigos, encerrados dentro de las mu-

---

[24] Sobre la guerra de Sila (*Mi.* 30-60), véase, en general, E. Will, II, págs. 402-406.

rallas. La altura de ésta era de unos cuarenta codos aproximadamente y estaba construida con grandes bloques de piedra de forma cuadrangular; fue un trabajo de Pericles durante la guerra entre atenienses y peloponesios, cuando al poner su esperanza de victoria en el Pireo lo fortificó cuanto pudo. Sila, a pesar de la altura de los muros, adosó a ellos de inmediato las escalas, y causó y recibió mucho daño, pues los capadocios se defendían con firmeza de su ataque. Finalmente se retiró, exhausto, a Eleusis y Mégara y construyó máquinas de guerra para un nuevo ataque contra el Pireo, pues había planeado levantar un terraplén contra él. Los instrumentos, todos los aparatos para su construcción, hierro, catapultas y cualquier otra cosa de esta índole, las hizo traer de Tebas. Taló el bosque de la Academia y fabricó máquinas muy grandes, destruyó los muros largos y utilizó las piedras, madera y tierra de su construcción en la del terraplén [25].

Dos esclavos atenienses del Pireo, ya fuera por favo- 31
recer la causa romana o porque buscaban su seguridad personal en caso de que ocurriera algo, iban escribiendo en unas tablitas de plomo lo que sucedía en cada momento y se las arrojaban a los romanos por medio de una honda. Y, como este hecho se producía continuamente y llegaba a conocimiento de Sila, éste prestó atención a los mensajes y encontró uno que decía: «Mañana, soldados de infantería harán una incursión de frente contra los trabajadores y los jinetes atacarán por ambos flancos a los romanos.» Por consiguiente,

---

25 La caída de Atenas y el Pireo dependió, por completo, de la perfección de las máquinas de sitio. Sila, que no traía consigo ninguna, hubo de fabricarlas sobre el terreno, así como procurarse bestias de carga, pertrechos, etc. Su ejército, por otra parte, no era muy numeroso y, al carecer de flota, tuvo que vivir enteramente de los suministros que le proporcionó Grecia (véanse más detalles en ROSTOVTZEFF, II, págs. 1038 y sigs.).

ocultó una tropa adecuada y, tan pronto como se produjo la incursión de los enemigos, en la creencia, sobre todo, de que era inesperada, Sila, de forma más inesperada aún para éstos, lanzó contra ellos sus tropas ocultas, mató a muchos y a otros los rechazó hasta el mar. Éste fue el desenlace de aquel intento. Cuando el terraplén comenzó a alcanzar una altura considerable, Arquelao construyó torres frente a él y colocó sobre ellas muchas máquinas; envió, además, por refuerzos a Calcis y a las otras islas y armó a los remeros, pues era consciente del peligro de perder todo. Así que su ejército, que ya era más numeroso que el de Sila, fue todavía superior gracias a estos refuerzos, y a la media noche Arquelao después de hacer una salida con antorchas, quemó uno de los cobertizos y las máquinas resguardadas tras de él. Sin embargo, Sila construyó otras nuevas en unos diez días y las situó de nuevo donde estaban las anteriores, pero Arquelao opuso a éstas una nueva torre en la muralla.

32 Habiendo recibido, este último, por mar otro ejército de parte de Mitrídates, bajo el mando de Dromiquetes, sacó a todos al combate. Mezcló a los honderos y los arqueros y los colocó bajo la misma muralla, para que los defensores de ésta pudieran alcanzar a los enemigos; otros con antorchas, situados en torno a las puertas, aguardaban la oportunidad de hacer una salida. La batalla estuvo nivelada durante mucho tiempo y cada bando cedía alternativamente, en primer lugar los bárbaros, hasta que Arquelao los contuvo y condujo de nuevo al combate. Esta acción aterró sobremanera a los romanos, que huyeron después de ellos, hasta que también a éstos, saliéndoles al encuentro Murena, les hizo dar la vuelta. Y, en ese momento, otra legión que regresaba de cortar madera y, junto con ella, los que se habían deshonrado con la huida, buscando con afán la pelea, cargaron duramente contra los soldados de

Mitrídates hasta dar muerte a dos mil de ellos y rechazar a los demás al interior de las murallas. Arquelao trató de hacerlos volver de nuevo y permaneció en el combate durante mucho tiempo a causa de su coraje, y al resultar copado, tuvo que ser izado por medio de cuerdas. Sila, a los que se habían deshonrado, los liberó de la deshonra por su espléndido comportamiento en la lucha, y a los otros, los recompensó con largueza.

Como ya se aproximaba el invierno, estableció el 33
campamento en Eleusis y cavó una zanja profunda desde el interior hasta el mar para que la caballería de los enemigos no pudiera llegar a él con facilidad. Mientras estaba empeñado en esta obra, tuvieron lugar algunos combates cada día, algunos alrededor de la zanja y otros junto a las murallas, pues los enemigos salían frecuentemente contra él y le atacaban con piedras, dardos y bolas de plomo. Sila, necesitado de naves, mandó a buscarlas a Rodas, pero como los rodios no eran capaces de realizar la travesía porque Mitrídates dominaba el mar, ordenó a Lúculo, un romano ilustre que fue el general de esta guerra después de Sila, que navegara en secreto a Alejandría y Siria y que, reuniendo una flota de aquellos reyes y ciudades que tuvieran experiencia en asuntos de mar, diera escolta a la flota rodia. Éste, aunque el mar estaba en manos del enemigo, no vaciló y, embarcando en una pequeña chalupa, tras cambiar de un barco a otro para pasar inadvertido, arribó a Alejandría.

Los traidores volvieron a enviar desde las murallas, 34
por medio de la honda, un mensaje escrito en las tablillas de plomo, diciendo que Arquelao enviaría esa noche a la ciudad de Atenas, que estaba sufriendo de hambre, un convoy de provisiones custodiado por soldados. Sila, por tanto, les tendió una emboscada y se apoderó de las provisiones y de los soldados de escolta. Ese mismo día también, Munacio hirió cerca de Calcis a Neoptóle-

mo, otro general de Mitrídates, mató a mil quinientos hombres e hizo más prisioneros todavía. No mucho después, en el Pireo, durante la noche, mientras estaban aún dormidos los centinelas de las murallas, los romanos, adosando escalas por medio de las máquinas que estaban próximas, treparon a las murallas y mataron a los centinelas que se hallaban más cerca. Por este motivo, algunos de los bárbaros huyeron en dirección al puerto del Pireo, abandonando la muralla como si estuviera tomada en su totalidad. Sin embargo, otros, tras presentar batalla, mataron al jefe de los escaladores y echaron abajo a los restantes, y otros aún, saliendo a través de las puertas, estuvieron a punto de quemar otra de las torres romanas, pero Sila la salvó lanzándose a la carrera desde su campamento y después de combatir con dureza durante toda la noche y al día siguiente. Entonces se retiraron los bárbaros; pero, como Arquelao colocó otra gran torre sobre la muralla en frente de la torre romana, combatieron unos contra otros de torre a torre descargando continuamente y en abundancia toda clase de proyectiles. Finalmente, Sila, por medio de sus catapultas, que lanzaban de una vez cada una veinte bolas de plomo muy pesadas, mató a muchos hombres y sacudió la torre de Arquelao hasta que la desvencijó, así que fue retirada a toda prisa por éste por temor a su total destrucción.

35 Y, como los de la ciudad estaban acuciados aún más por el hambre, nuevas tablillas de plomo anunciaron que durante la noche se enviarían víveres a la ciudad. Pero Arquelao, ante la sospecha de que se produjera alguna información traidora sobre las provisiones, al tiempo que envió éstas, apostó junto a las puertas a algunos hombres con antorchas para hacer una salida contra los romanos si Sila atacaba el convoy de provisiones. Y sucedieron ambas cosas, que Sila capturó

a los que transportaban las provisiones y que Arquelao prendió fuego a algunas de las máquinas enemigas.

Por este mismo tiempo, Arcatias, el hijo de Mitrídates, tras invadir Macedonia con otro ejército, venció sin dificultad las escasas tropas romanas que allí había y sometió Macedonia en su totalidad. Después de haber designado sátrapas para este país, avanzó contra Sila, hasta que cayó enfermo y murió cerca de Tiseo.

Entretanto, en el Ática, Sila construyó numerosos fortines en torno a la ciudad de Atenas, que estaba casi exhausta por el hambre, para que nadie pudiera salir, sino que, al permanecer todos dentro, se acentuaran más los efectos de la misma a causa del número de personas.

Cuando hubo elevado el terraplén hasta la altura 36
deseada, condujo las máquinas de asalto contra el Pireo; pero, como Arquelao había socavado el terraplén y retirado la tierra durante mucho tiempo, sin ser visto, éste se derrumbó de repente. En cuanto los romanos se dieron cuenta, retiraron sus máquinas y rellenaron el terraplén y, al igual que el enemigo, también ellos horadaron la tierra con un túnel hacia un punto calculado de las murallas. Al encontrarse los cavadores bajo tierra, combatieron como pudieron cuerpo a cuerpo en la oscuridad con espadas y lanzas. A la vez que ocurría esto, Sila, desde lo alto del terraplén, batía la muralla con muchos arietes hasta que derribó una parte de ella. Entonces se apresuró a quemar la torre próxima lanzando muchas flechas incendiarias contra ella y ordenó a sus soldados más audaces que treparan por las escaleras, y, aunque hubo gran codicia por una y otra parte, la torre fue quemada. Otra pequeña porción de la muralla fue derribada y Sila apostó, de inmediato, un cuerpo de guardia en aquella parte. Minados ya los cimientos de un lienzo de muralla y sostenida ésta sólo por las traviesas de madera, las llenó de azu-

fre, estopa y pez y al punto le prendió fuego a todo. Unas tras otras se fueron derrumbando las diferentes partes de la muralla y arrastraban en su caída a los que estaban sobre ellas. Este tumulto, por ser sobre todo repentino y grande, sumió en la confusión a los defensores de los muros en todas partes, pues pensaban que la parte que estaba bajo ellos caería de inmediato. Por lo cual, volviéndose continuamente hacia todos los lugares, se mostraban suspicaces por el miedo y ofrecían una resistencia más débil al enemigo.

37 Contra estos defensores en un grado tal de desmoralización Sila mantuvo un ataque incesante, cambiaba constantemente a aquellos de sus soldados que estaban agotados por el esfuerzo y llevaba tropas de refresco, unas tras otras, con escalas, gritos y exhortaciones, incitándoles a avanzar por medio de amenazas y voces de aliento y diciéndoles que todo se iba a decidir en este breve lapso de tiempo. Pero también Arquelao reemplazaba con otras a aquellas de sus tropas que se encontraban desconcertadas, renovando así él también el combate, y animaba y exhortaba, a un tiempo, a todos con que dentro de poco tendrían ya asegurada la salvación. Como un afán y celo enormes hicieron presa, de nuevo, en todos los hombres de uno y otro bando, la resistencia en la lucha y las bajas por ambas partes fueron totalmente iguales. Finalmente, Sila, por ser quien llevaba el ataque desde el exterior y, por tanto, se cansaba más, tocó a retirada con la trompeta y condujo de vuelta a su ejército después de alabar a muchos de sus hombres por su valor. Arquelao reconstruyó, al punto, durante la noche, las partes derruidas de la muralla, reforzándolas por dentro con numerosas fortificaciones semicirculares. Sila atacó nuevamente con todo su ejército a éstas, mientras estaban aún recién construidas, pensando que podría demolerlas con facilidad al encontrarse todavía débiles y húmedas. Pero,

cansándose inútilmente al tener que combatir en un lugar estrecho y expuesto a los disparos del enemigo desde arriba, por el frente y por los flancos, como ocurre cuando se lucha en fortificaciones de forma semicircular, desistió por completo ya de su idea de tomar el Pireo por asalto y estableció un cerco para reducirlos por el hambre.

Pero, cuando se enteró de que los de la ciudad esta- 38
ban más acuciados aún por la necesidad y que habían sacrificado todo su ganado, cocido las pieles y los cueros y lamido lo que de ellos resultaba tras cocerlos, y algunos, incluso, habían comido la carne de los cadáveres, ordenó al ejército que rodeara a la ciudad con una zanja para que no pudieran escapar a ocultas ni siquiera de uno en uno. Tan pronto como la tuvo terminada, adosó las escalas, al tiempo que perforaba la muralla, y como los defensores estaban debilitados, huyeron con prontitud y penetró él en la ciudad. Al punto tuvo lugar en Atenas una matanza enorme y sin piedad, pues la gente no podía huir a causa de su desnutrición y tampoco hubo misericordia para niños y mujeres, al haber ordenado Sila dar muerte a todo aquel que se pusiera por delante, ya que estaba irritado, porque se habían unido a los bárbaros de forma tan repentina e injustificada y habían manifestado hacia él una animosidad virulenta. Por este motivo, la mayor parte de la población, al enterarse de la orden, se arrojaron a sí mismos contra las espadas de sus matadores. Unos pocos emprendieron una débil carrera hacia la Acrópolis, entre los cuales estaba Aristión, que había quemado el Odeón para que Sila no tuviera a mano, de inmediato, madera para tomar por asalto la Acrópolis. Sila prohibió quemar la ciudad, pero permitió a su ejército que la saqueara, y se encontraron en muchas casas trozos de carne humana dispuestos para ser comidos. Al día siguiente, Sila vendió a los esclavos, y a los hom-

bres libres que habían escapado a la matanza de la noche anterior, muy pocos en total, les concedió la libertad, pero les quitó sus derechos como votantes y electores, por haber hecho una guerra contra él, aunque les concedió estos privilegios a sus descendientes.

39 Tal hartura de desgracias sufrió Atenas. Sila apostó una guarnición contra la Acrópolis en la que capturó, poco después, a Aristión y a los que habían escapado con él, vencidos por el hambre y la sed. Sila castigó con la muerte a Aristión y a su guardia personal, así como a todos aquellos que habían detentado algún cargo o a quienes habían contravenido cualquiera de las órdenes dadas con anterioridad por los romanos después de la captura de Grecia. Al resto lo perdonó y fijó para todos leyes similares a las que antes les habían dado los romanos. De la Acrópolis se obtuvieron unas cuarenta libras de oro y doscientas de plata, pero estos sucesos referentes a la Acrópolis tuvieron lugar poco después.

40 Sila, nada más ocupar la ciudad, no aguardó ya a tomar el Pireo por medio de un asedio, sino que condujo contra él, a la vez, arietes, proyectiles y dardos, así como a muchos hombres que, protegidos bajo las tortugas, perforaban las murallas; también llevó cohortes, que, disparando dardos y flechas con frecuencia contra los que defendían las murallas, trataban de rechazar a los defensores. Derribó una parte de la fortificación semicircular que, debido a su reciente construcción, estaba húmeda y más debilitada. Sin embargo, Arquelao había previsto ya antes esta posibilidad y había construido por dentro otras muchas defensas similares, con lo que la tarea de Sila resultaba inacabable al atacar, una tras otra, fortificaciones idénticas. A pesar de ello, insistía en su ataque incesante, relevando continuamente a su ejército, corriendo por todas partes con gritos de aliento para continuar el trabajo y mostrándoles que de lo que quedaba de esfuerzo dependían

todas sus esperanzas y recompensas por todas las fatigas pasadas. Y ellos conscientes también de que, en realidad, esto era para ellos el final de sus trabajos y ávidos de gloria, se aplicaban con codicia a la lucha, pensando que era una hazaña grande y gloriosa conquistar tales murallas. Finalmente, Arquelao, estupefacto ante este ataque que parecía impulsado por la locura y la falta de razón, les abandonó las murallas y huyó hacia una parte del Pireo que estaba perfectamente protegida y rodeada por el mar por todas partes. Y Sila, al no tener naves, no pudo atacar este lugar.

Desde aquí, Arquelao se retiró a Tesalia a través de 41
Beocia y reunió en las Termópilas a lo que quedaba del ejército que había traído consigo y del que se había presentado con Dromiquetes. También reunió al que había invadido Macedonia bajo el mando de Arcatias, el hijo del rey, que estaba totalmente fresco y en plenitud de su vigor, y a aquellas otras tropas que envió de inmediato Mitrídates, pues nunca dejaba de enviar refuerzos. Mientras él reunía con premura todas estas fuerzas, Sila quemó por completo el Pireo, que le había causado más problemas que la ciudad, sin respetar el arsenal ni los astilleros ni ningún otro de sus edificios famosos. Después de esto, avanzó, a su vez, contra Arquelao también a través de Beocia. Cuando se aproximaron unos a otros, las fuerzas de Arquelao estaban justamente trasladándose desde las Termópilas hacia la Fócide, y consistían en tracios procedentes del Ponto, escitas, capadocios, bitinios, gálatas, frigios y otros provenientes de los territorios recién adquiridos por Mitrídates. En total llegaban a los ciento veinte mil hombres y sus generales eran de la nacionalidad de cada uno, pero el comandante supremo era Arquelao. El ejército de Sila estaba integrado por italiotas y aquellos griegos y macedonios que se habían pasado, hacía poco, a él desde el lado de Arquelao, así como otros proce-

dentes de los territorios vecinos, pero no llegaban en conjunto ni siquiera a un tercio de las tropas enemigas[26].

42 Cuando habían tomado posiciones opuestas unos a otros, Arquelao sacó a su ejército en orden de combate, incitando en todo momento a la lucha, pero Sila tardeaba inspeccionando la naturaleza del lugar y el número de los enemigos. Sin embargo, al retirarse Arquelao hacia Calcis, lo siguió muy de cerca buscando la oportunidad y el lugar. Y, tan pronto como vio que él acampaba cerca de Queronea en un lugar rocoso en el que no había posibilidad de escapatoria para los vencidos, tomó posesión, al punto, de una ancha llanura cercana y llevó sus tropas a ella con la idea de forzar a Arquelao a luchar, aun en contra de su voluntad. Allí la inclinación de la llanura les resultaba favorable para la persecución y la retirada, en tanto que Arquelao estaba rodeado de escarpaduras que imposibilitaban, de todo punto, la entrada en acción conjunta de todo el ejército, porque no podía reunirlo, a causa de la desigualdad del terreno, y la huida era imposible, a causa de las escarpas, en el caso de que fuera puesto en fuga. Así pues, Sila, confiando, gracias a estos cálculos, en la mala posición del enemigo, avanzó convencido de que de nada serviría a Arquelao la superioridad numérica de sus fuerzas. Pero este último no estaba resuelto en aquella ocasión a trabar combate con él y, por esta

---

[26] Esta desproporción en las fuerzas puede deberse a que se sigue una versión proveniente de las *Memorias* del propio Sila. Con relación a Sila, como fuente para algunos episodios o partes del libro *Sobre Mitrídates*, véase (según E. GABBA, *Appiani bellorum civilium liber primus*, 2.ª ed., Florencia, 1967, págs. XX-XXI de la Introducción); A. FERRABINO, «Silla a Cheronea», *Mem. Acc. Torino* 65 (1916), págs. 1 y sigs. (para la batalla de Queronea); I. CALABI, «I Commentari di Silla come fonte storica», *Mem. Acc. Lincei*, ser. VIII, 3 (1951), págs. 279-95 (para eventuales relaciones con las *Memorias* de Sila); Ed. MEYER, *Kleine Schrifften*, I², pág. 379.

razón, tampoco se había tomado mucho cuidado en elegir el sitio para acampar, así que, cuando Sila estaba ya atacándolo, se dio cuenta demasiado tarde de su mala posición y envió un destacamento de caballería para impedírselo. Una vez que aquéllos fueron puestos en fuga y arrojados a los precipicios, envió de nuevo sesenta carros por si podía hender y despedazar la falange enemiga con el ímpetu de éstos. Sin embargo, los romanos abrieron filas y los carros, arrastrados hacia la última línea de combate por su propio movimiento y teniendo dificultad en dar la vuelta, fueron destruidos por los de retaguardia que los rodearon y descargaron sus dardos contra ellos.

Arquelao, aunque hubiera podido, incluso en su si- 43
tuación, defenderse con firmeza desde su campamento fortificado, puesto que tal vez las rocas hubieran coadyuvado a este menester, sacó fuera con precipitación y desplegó con ahínco en orden de batalla a un gran número de tropas que no se habían hecho a la idea de luchar en este lugar, y se encontró, sobre todo, en un paraje muy estrecho a causa de que Sila estaba ya próximo. Cargando en primer lugar con la caballería a galope tendido, escindió en dos a la formación romana y rodeó a ambas partes con facilidad a causa de su escaso número. Pero éstos se defendieron con denuedo haciendo frente al enemigo en todas partes; los que más tuvieron que esforzarse fueron las tropas de Galba y Hortensio, contra las que dirigía personalmente el combate Arquelao, pues los bárbaros, en presencia de su general, se esforzaban en mostrar su valor. Finalmente, Sila se dirigió hacia ellos con muchos jinetes, y Arquelao, conjeturando que era Sila el que atacaba, pues vio las insignias del general y una gran nube de polvo, empezó a levantar el cerco y a replegarse a su línea de combate. Pero Sila, con la flor y nata de su caballería, a la que incorporó en el camino dos nuevas

cohortes que habían quedado colocadas en reserva, atacó a los enemigos, cuando no habían terminado de ejecutar su maniobra ni de reintegrarse sólidamente a la línea frontal, y, tras sembrar la confusión entre ellos, rompió su formación y los persiguió cuando se daban a la fuga. Mientras que la victoria comenzaba por esta parte, tampoco permaneció inactivo Murena, que estaba colocado en el ala izquierda, sino que censurando a sus soldados por su pereza, cargó con valentía sobre el enemigo y lo puso en fuga.

44 Una vez que las alas del ejército de Arquelao estuvieron en fuga, el centro no mantuvo ya por más tiempo su posición, sino que huyeron todos en masa. Y, entonces precisamente, le sucedió a los enemigos todo cuanto había previsto Sila; pues, al no tener un espacio amplio para maniobrar ni campo abierto para la huida, fueron rechazados por sus perseguidores hacia los precipicios. Algunos de ellos cayeron en manos del enemigo al intentar escapar y otros, con una decisión más prudente, huyeron hacia el campamento. Pero Arquelao se situó ante ellos, cerró las puertas del campamento y les ordenó que se dieran la vuelta e hicieran frente a los enemigos, revelando con ello en esta ocasión la más grande inexperiencia en los avatares de la guerra. Ellos se revolvieron con ardor, pero, como no estaban presentes ya ni sus generales ni sus oficiales, ni reconocían cada uno sus propias enseñas al estar diseminadas a causa de la fuga desordenada, ni tenían espacio para huir o luchar, pues ahora, sobre todo, se encontraban más constreñidos a causa de la persecución, eran muertos sin ofrecer resistencia; unos, por los enemigos sin tiempo para devolver los golpes y, otros, por ellos mismos dada la confusión reinante por causa del número y de la estrechez del lugar. De nuevo huyeron hacia las puertas del campamento y se apelotonaron en torno a ellas, haciendo objeto de sus reproches a los que les

cerraban el paso. Les recordaban, a manera de censura, a los dioses patrios y los demás lazos de familiaridad que existían entre ellos, diciéndoles que perecían no tanto a manos de los enemigos, como por culpa de la indiferencia de sus amigos. Finalmente, Arquelao, a duras penas y más tarde de lo necesario, abrió las puertas y los acogió en el interior cuando corrían en pleno desorden. Los romanos, al ver esto y tras darse ánimos unos a otros, en esta ocasión sobre todo, se precipitaron a la carrera con los fugitivos en el interior del campamento y completaron hasta el final su victoria.

Arquelao y todos los demás que lograron escapar 45
en grupos, se reunieron en Calcis en número no superior a diez mil, de ciento veinte mil que eran. De los romanos pareció que habían muerto quince hombres pero dos de ellos regresaron. Éste fue el final de la batalla de Queronea entre Sila y Arquelao, el general de Mitrídates, cuyo resultado para ambos fue tal a causa, sobre todo, de la prudencia de Sila y de la irreflexión de Arquelao. Sila, después de haber obtenido muchos prisioneros de guerra, gran cantidad de armas y botín, hizo un montón con las cosas inútiles, se ciñó como es costumbre para los romanos y las quemó él mismo en honor de los dioses de la guerra. Tras dar un breve descanso a su ejército, se apresuró hacia el Euripo contra Arquelao, pero éste, como los romanos no disponían de naves, costeó sin miedo las islas, devastando las zonas del litoral. Desembarcó en Zacinto y la asedió; pero, al ser atacado durante la noche por algunos romanos que residían allí, embarcó rápidamente y se hizo de nuevo a la mar rumbo a Calcis, más como un pirata que como un soldado.

Mitrídates, cuando supo de tan considerable derro- 46
ta, se quedó perplejo al pronto y sintió un gran temor como era natural dada la magnitud de la misma; sin

embargo, reunió con rapidez otro ejército de entre todos los pueblos que estaban bajo su dominio. Y, pensando que algunos estarían dispuestos a volverse contra él a causa de la derrota, ya fuera ahora o en alguna otra oportunidad que encontraran, reunió a todos los que le eran sospechosos antes de que la guerra se agudizara. En primer lugar mató a todos los tetrarcas de Galacia con sus hijos y sus esposas —excepto a tres que escaparon—, tanto a los que estaban a su lado como amigos como a los que no eran sus súbditos. A unos les tendió emboscadas y a otros los mató durante un banquete en una sola noche, pues pensaba que ninguno de ellos le sería fiel si se aproximaba Sila. Después de confiscar sus bienes, introdujo guarniciones en las ciudades y envió a Éumaco como sátrapa de toda la nación, pero los tetrarcas que habían huido reunieron un ejército con gente procedente de los campos y lo expulsaron con sus guarniciones, persiguiéndolo fuera de Galacia, así que a Mitrídates tan sólo le quedaron de los gálatas las riquezas que se había llevado. Como estaba irritado con los quiotas desde que una de sus naves embistió sin darse cuenta a la nave real en el combate naval cercano a Rodas, confiscó, en primer lugar, los bienes de todos aquellos que habían huido junto a Sila y, a continuación, envió a ciertas personas para que investigaran las propiedades de los romanos en Quíos. En tercer lugar, Zenobio, que conducía un ejército con la idea de atravesar a Grecia, se apoderó durante la noche de las murallas de Quíos y de todos los lugares fortificados y, apostando guardias en las puertas, ordenó mediante una proclama que los extranjeros permanecieran quietos y que los quiotas se reunieran en asamblea, con objeto de que pudiera transmitirles un mensaje de parte del rey. Una vez que estuvieron reunidos, les dijo: «El rey sospecha de la ciudad a causa de su facción filorromana, pero dejará

de hacerlo si entregáis vuestras armas y a los hijos de las familias más ilustres en calidad de rehenes.» Ellos, cuando vieron que su ciudad había sido tomada, entregaron ambas cosas y Zenobio las envió a Eritrea, anunciando a los quiotas que el rey les escribiría una carta de inmediato.

En efecto, llegó una carta de Mitrídates que decía 47
lo siguiente: «Incluso ahora favorecéis a los romanos, entre los que aún residen muchos de vosotros, y disfrutáis de las posesiones romanas que están en vuestra isla sin que nos paguéis por ellas ningún porcentaje. Una trirreme vuestra embistió y chocó contra mi nave en el combate naval cerca de Rodas, y yo voluntariamente imputé este hecho solamente a los pilotos, por si erais capaces de mirar por vuestra integridad y daros por satisfechos. Pero también ahora enviasteis a Sila vuestros mejores hombres y no mostrasteis ni manifestasteis, como hubiera sido propio de quienes no están cooperando con ellos, que ninguno de éstos actuaba sin autorización oficial. Por tanto, y aunque mis amigos consideran que los que están conspirando contra mi gobierno y conspiraron también contra mi persona deben morir, yo os condeno a pagar dos mil talentos.» Éste era el contenido de la carta y ellos quisieron enviarle una embajada, pero Zenobio lo impidió y, como habían sido despojados de sus armas y tenían en su poder a sus hijos más ilustres, al tiempo que un ejército tan grande de tropas bárbaras estaba en posesión de la ciudad, en medio de profundas lamentaciones reunieron los adornos de los templos y todas las joyas de las mujeres hasta completar la suma de dos mil talentos. Tan pronto como estuvo completo, Zenobio les acusó de que el peso era escaso y les ordenó que se reunieran en el teatro. Y, después de rodear, con el ejército con las espadas desenvainadas, el propio teatro y las calles que llevaban desde él hasta el mar, con-

dujo a los de Quíos, haciéndolos levantarse de uno en uno, desde el teatro y los embarcó en las naves, de un lado los hombres y de otro las mujeres y niños, sufriendo todos un trato vejatorio, a la usanza bárbara, por parte de sus conductores. Deportados desde aquí ante Mitrídates, fueron enviados por éste al Ponto Euxino [27].

48 Tal fue el destino de los de Quíos. Los efesios ordenaron a Zenobio, cuando se aproximó con su ejército, que dejara las armas junto a las puertas y penetrara en la ciudad con unos pocos. Él obedeció estas órdenes y se encaminó a casa de Filopemen, el padre de Mónima, la esposa favorita de Mitrídates, al que este último había colocado como inspector de los efesios, y ordenó, mediante una proclama, que éstos se reunieran en asamblea. Pero los efesios, como no esperaban nada bueno de parte de él, pospusieron la reunión hasta el día siguiente y, tras reunirse unos con otros durante la noche y darse mutuos ánimos, pusieron en prisión a Zenobio y lo ejecutaron. A continuación ocuparon las murallas, distribuyeron a la población por compañías, reunieron en el interior de la ciudad provisiones desde los campos y tuvieron bajo control absoluto a la ciudad. Enterados de estos sucesos, los tralianos, hipepenos, mesolitas y algunos otros, y por temor a lo que les había ocurrido a los de Quíos, hicieron lo mismo que los efesios. Mitrídates envió un ejército contra las ciudades que se habían sublevado e infligió numerosos y terribles castigos a las que capturó; pero, temiendo que otras hicieran lo mismo, concedió la libertad a las ciudades griegas y proclamó la condonación de sus deu-

[27] Esta política de transplante de población en masa era típica de las monarquías orientales y estuvo muy en boga por esta época. Sabemos por el propio Apiano que Tigranes la practicó en Armenia, Mesopotamia y Siria, y que Mitrídates hizo lo propio en el reino del Bósforo (cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1136, n. 13).

das, concedió el derecho de ciudadanía a los residentes en cada una de las ciudades, otorgó la libertad a los esclavos en la esperanza —lo que precisamente sucedió— de que los deudores, residentes y esclavos, al considerar que sus privilegios estarían seguros bajo el gobierno de Mitrídates, le serían favorables. Entretanto, Minio, Filótimo de Esmirna, Clístenes y Asclepiódoto de Lesbos, todos ellos íntimos del rey —Asclepiódoto incluso lo había tenido como huesped en cierta ocasión—, tramaron una conspiración contra Mitrídates, de la cual fue delator el propio Asclepiódoto y, para hacerse creer, arregló el modo de que el rey oyera a Minio, oculto bajo un lecho. Al ser descubierta la conspiración, sus autores fueron castigados con la tortura, pero la sospecha de proyectos similares alcanzó a otros muchos. Cuando ochenta ciudadanos de Pérgamo fueron cogidos planeando actos semejantes y otros en otras ciudades, Mitrídates envió espías por todas partes, los cuales denunciaron a sus enemigos personales y, así, mataron alrededor de mil seiscientos hombres. Los acusadores de éstos, sin embargo, perecieron poco tiempo después al ser capturados por Sila, otros se suicidaron y otros huyeron al Ponto con el propio Mitrídates.

Mientras tenían lugar estos sucesos en Asia, Mitrí- 49
dates reunió un ejército de ochenta mil hombres que Dorilao condujo a Grecia junto a Arquelao, al que le quedaban todavía diez mil hombres de su ejército anterior. Sila había acampado frente a Arquelao cerca de Orcómeno y, tan pronto como vio el gran número de jinetes que se aproximaba, cavó muchas trincheras en la llanura, de diez pies de ancho cada una, y, cuando lo atacó Arquelao, le opuso su ejército desplegado en orden de combate. Sin embargo, puesto que los romanos luchaban faltos de bríos por temor a la caballería, Sila, cabalgando a su lado durante mucho tiempo, los animaba y apremiaba con amenazas. Y, como ni aún

así consiguió que se aplicaran de lleno a la lucha, descabalgó de su montura y, arrebatando un estandarte, se lanzó a la carrera al espacio que mediaba entre ambos ejércitos, acompañado de sus escuderos, gritando a voces: «Si alguien os pregunta, romanos, dónde abandonasteis a vuestro general Sila, decid que cuando luchaba en Orcómeno.» Sus oficiales, al verlo en peligro, se lanzaron en su ayuda desde sus propias filas y, tras ellos, corrió también la restante masa de tropa, movida por un sentimiento de vergüenza, y obligaron a replegarse en retirada a los enemigos. Iniciada la victoria, saltó sobre su caballo de nuevo y alabó a su ejército cabalgando de un lado para otro y apremiándolo hasta que la victoria fue completa. Los enemigos sufrieron unas bajas de quince mil hombres, de los que unos diez mil eran tropas de caballería y, entre ellos, Diógenes, el hijo de Arquelao. La infantería huyó al campamento.

50 Sila, temiendo que Arquelao se le escapara de nuevo a Calcis como antes, puesto que él no tenía naves, estableció puestos de vigilancia durante la noche, a intervalos, por toda la llanura. Al día siguiente, distante de Arquelao un estadio no completo, cavó un foso en torno a él que no salió para atacarle. Y entonces, sobre todo, exhortó a su ejército a que culminara lo que aún quedaba de la totalidad de la guerra, puesto que el enemigo ya no podía resistirle y lo condujo contra el campamento de Arquelao. Escenas similares tenían lugar también entre los enemigos, pero por circunstancias diferentes, pues estaban impulsados por la necesidad, corriendo los oficiales a su alrededor, haciéndoles ver el peligro presente y reprochándoles que no fueran capaces de rechazar del campamento a los enemigos, que eran inferiores en número. Había mucho ímpetu y gritos por uno y otro lado y se llevaron a cabo muchos hechos de armas por ambas partes. Los romanos abrie-

ron brecha en un ángulo del campamento protegiéndose con los escudos y los bárbaros, saltando desde su campamento al interior del ángulo, lo rodearon con la intención de rechazar a los invasores con sus espadas. Ninguno de éstos se atrevió a entrar, hasta que Basilo, el tribuno militar, se lanzó el primero y dio muerte al que tenía frente a él. Entonces, todo el ejército se precipitó tras de él y se produjo la huida y matanza de los bárbaros; algunos, alcanzados por sus perseguidores y otros, rechazados hasta un lago cercano, donde perecieron ahogados por no saber nadar, mientras suplicaban el perdón, en lengua bárbara, a sus matadores que no les comprendían. Arquelao se ocultó en un pantano y, habiendo encontrado una pequeña embarcación, navegó hasta Calcis. Allí convocó a toda prisa a cuantas tropas del ejército de Mitrídates quedaban diseminadas en grupos aislados.

Sila, al día siguiente, concedió una corona al tri- 51
buno militar y otorgó a los demás otras recompensas al valor; devastó Beocia, que estaba continuamente cambiando de bando, avanzó hasta Tesalia e invernó a la espera de la flota de Lúculo. Sin embargo, como desconocía dónde se encontraba éste, comenzó a construir otras naves, y eso que Cornelio Cinna y Gayo Mario, sus rivales en Roma, habían decretado que fuera enemigo de la república romana, habían destruido su casa y villas campestres y habían dado muerte a sus amigos. No obstante, ni siquiera por esto relajó en absoluto su autoridad, pues tenía un ejército obediente y celoso. Cinna, tras elegir a Flaco[28] como su colega en el consulado, lo envió a Asia con dos legiones para sustituir a Sila —puesto que ya había sido declarado enemigo— en el mando de aquella provincia y en la guerra

[28] L. Valerio Flaco, pues Gayo Mario murió a los pocos días de ser encargado de la guerra contra Mitrídates.

contra Mitrídates. A Flaco, que era un hombre sin experiencia en la guerra, le acompañó por voluntad propia un hombre llamado Fimbria, perteneciente al rango senatorial y que inspiraba confianza como general. Cuando navegaban desde Brindisi, la mayor parte de las naves de éstos fueron destruidas por una tempestad y, a las que se habían adelantado en la travesía, las quemó otro ejército enviado por Mitrídates. Además, la totalidad del ejército aborreció a Flaco por su vileza, parcialidad en los castigos y afán de lucro, y una parte del mismo enviada a Tesalia desertó al lado de Sila. Y Fimbria, que les parecía tener mejores dotes de general que Flaco y ser más humano, consiguió que no desertaran los restantes.

52 En cierta ocasión, como se suscitara una disputa en una hospedería entre Fimbria y el cuestor con motivo del hospedaje, Flaco, que actuó de mediador, mostró poca consideración hacia Fimbria y éste, irritándose, amenazó con regresar a Roma. Entonces, Flaco designó un sucesor para aquellos asuntos que hasta ese momento habían sido competencia de aquel, y Fimbria, aprovechando la oportunidad de que Flaco había navegado a Calcedón, arrebató, en primer lugar, sus bastones de mando a Termo, que había sido dejado por Flaco como propretor, sobre la base de que el ejército le había confiado el mando a él. Después, cuando al poco tiempo regresó Flaco lleno de ira, Fimbria le obligó a huir hasta que se refugió en una casa y durante la noche, escalando los muros, huyó primero a Calcedón y, desde allí, a Nicomedia donde cerró las puertas de la ciudad. Fimbria lo siguió y lo mató cuando estaba oculto en un pozo, aunque era un cónsul romano y el general de esta guerra, en tanto que él era tan sólo un privado que le había acompañado como amigo a requerimiento suyo. Le cortó la cabeza y la arrojó al mar, dejando insepulto el resto de su cuerpo y se designó a

sí mismo como general en jefe del ejército. Libró algunos combates con éxito contra el hijo de Mitrídates y persiguió hasta Pérgamo al propio rey. Cuando Mitrídates huyó desde aquí hasta Pitane, Fimbria lo siguió y lo cercó con un foso, pero, finalmente, el rey escapó por mar a Mitilene.

Entonces, Fimbria, recorriendo la provincia de Asia, 53
castigó a la facción capadocia y devastó el territorio de los que no le daban acogida. Los habitantes de Ilión, sitiados por él, solicitaron ayuda de Sila y éste les dijo que iría en su auxilio y les ordenó, mientras tanto, que dijeran a Fimbria que se habían puesto en manos de Sila. Cuando Fimbria se enteró, los elogió por ser ya amigos de Roma y les pidió que lo admitieran dentro de su ciudad, pues él también era romano e hizo, además una alusión irónica a la relación de parentesco existente entre los romanos e Ilión. Cuando estuvo en su interior, masacró a todos sin discriminación, quemó toda la ciudad y atormentó de distintas formas a los que habían participado en la embajada a Sila, sin respetar las cosas sagradas ni a los que se habían refugiado en el templo de Minerva [29], a los cuales quemó junto con el templo. También demolió las murallas y, al día siguiente, dio una vuelta para inspeccionar, no fuera a ser que aún quedara algo de la ciudad en pie. Así, esta ciudad quedó destruida, precisamente, por un hombre de su raza, tras sufrir un destino peor que el que tuvo en tiempos de Agamenón, y no quedó ya de ella ni una casa ni un templo ni una estatua. Algunos piensan que la estatua de Minerva, a la que llaman Paladión y que consideran que cayó del cielo, fue encontrada entonces intacta, al haber caído los muros del templo junto a ella y haberla ocultado en su interior. Esto pudiera

[29] Diosa romana protectora de las artes.

haber sido verdad, de no ser porque Diomedes y Ulises [30] la trasladaron fuera de Ilión durante la guerra troyana. Así destruyó Fimbria a Ilión, al finalizar la ciento setenta y tres Olimpíada. Y algunos estiman que esta calamidad le sobrevino unos mil cincuenta años después de Agamenón [31].

54 Mitrídates, una vez que se enteró de la derrota en Orcómeno y calculó qué cantidad de hombres había enviado a Grecia desde el comienzo de la guerra y cómo habían sido aniquilados sin interrupción y con rapidez, envió una carta a Arquelao ordenándole que negociara la paz lo mejor que pudiera. Y éste acudió a conferenciar con Sila y dijo: «A pesar, Sila, de ser vuestro amigo paterno, el rey Mitrídates os hizo la guerra por causa de la codicia de otros generales, pero pondrá fin a la misma a causa de tu honorabilidad en el caso de que le impongas unas condiciones justas.» Sila, debido a que estaba falto de naves y sus rivales no le habían enviado, como enemigo que era, ni dinero ni ninguna otra cosa desde la patria y dado que ya había utilizado los tesoros de Delfos, Olimpia y Epidauro, a cambio de los cuales había entregado a cuenta a los templos la mitad del territorio tebano [32], por sus frecuentes defecciones, y dado que tenía prisa por conducir a su ejército íntegro e intacto contra la facción rival, accedió a poner fin a la guerra y dijo: «Hubiera sido propio de Mítridates, Arquelao, en caso de haber sido agraviado, enviar una

---

30 Héroe griego partícipe en la guerra de Troya y famoso por su astucia.

31 Hijo de Atreo, fue el caudillo de la expedición griega que tomó Troya.

32 Este dato avala lo precario de la economía de Sila durante su campaña en Asia, escasez de medios a la que aludimos en n. 25 a este libro. Ahora su falta de recursos se vio agravada por la situación política de Roma, donde había sido declarado oficialmente enemigo público. Éste pudo ser, tal vez, uno de los motivos fundamentales que le impulsaron a negociar la paz.

embajada para tratar del agravio sufrido, pero es propio de él, como agresor, recorrer con hostilidad una extensión tan grande de territorio perteneciente a otros, matar un número inmenso de personas, expoliar a las ciudades de su erario público y sus tesoros sagrados y confiscar las pertenencias de los muertos. Y, siendo infiel con sus mismos amigos en la misma proporción que lo fue con nosotros, mató también a muchos de éstos y de los tetrarcas a los que reunió en un banquete, en una sola noche, en compañía de sus mujeres y sus hijos que no le habían hecho la guerra. Contra nosotros hizo gala de una enemistad visceral, más que de un comportamiento exigido por la guerra, cuando torturó y mató con toda clase de atrocidades a los italianos de Asia con sus mujeres, hijos y esclavos que fueran de raza italiana. ¡A tanto llevó su odio contra Italia quien ahora finge con hipocresía ser nuestro amigo paterno, de la cual amistad no os acordasteis hasta que ciento sesenta mil de vosotros caísteis bajo mis golpes!

Por todo ello, sería justo que nuestra conducta con 55
él fuera implacable; pero, en consideración a ti, acepto tratar de obtener el perdón para él de parte de los romanos, en el caso de que esté decidido a arrepentirse de verdad. No obstante, si miente también ahora, ten cuidado, Arquelao, de mirar por tu propio interés, reflexionando sobre cómo está la situación presente para ti y para aquél y observando de qué forma se comportó él con sus amigos y nosotros con Éumenes y Masinissa.» Sin embargo, Arquelao, mientras todavía estaba hablando Sila, rechazó indignado la sugerencia y dijo que jamás traicionaría a quien le había confiado el mando del ejército. «Espero —dijo— llegar a un acuerdo contigo si ofreces unas condiciones moderadas.» Sila, después de una breve pausa, dijo: «Si Mitrídates nos entrega toda la flota que tú tienes, Arquelao, y devuelve a nuestros generales, embajadores, prisioneros, deser-

tores y esclavos fugitivos; si deja en libertad a los quiotas y, además, a cuantos otros pueblos exiló al Ponto; si saca las guarniciones de todos los lugares, excepto de aquellos en los que dominaba antes de la ruptura de la paz, y paga los gastos de esta guerra suscitada por su culpa, y se contenta con gobernar tan sólo en el dominio paterno, confío en convencer a los romanos en que depongan por completo su cólera contra él por las injurias sufridas.»

Tales fueron los términos propuestos. Arquelao retiró, de inmediato, las guarniciones de todos los lugares y comunicó por carta al rey el resto de las condiciones. Sila empleó, entretanto, el tiempo de espera en marchar contra los énetos, dárdanos y sintos, pueblos vecinos de los macedonios que hacían continuas incursiones contra Macedonia, devastó sus territorios y, a la vez, ejercitaba a su ejército y lo enriquecía.

56 Cuando llegaron los embajadores de Mitrídates, ratificaron el resto de las condiciones, exceptuando solamente a Paflagonia, y añadieron que Mitrídates hubiera obtenido mejores condiciones si hubiera negociado con Fimbria, el otro general romano. Sila, indignado por la comparación, replicó que Fimbria recibiría su castigo, y que él mismo, en Asia, vería si Mitrídates deseaba tratados de paz o la guerra. Después de decir esto, avanzó con premura hacia Cipsela a través de Tracia, habiendo enviado a Lúculo previamente a Abido. Este último, en efecto, se había reunido ya con él después de correr el riesgo de ser apresado en numerosas ocasiones por los piratas, y había reunido una flota compuesta por barcos de Chipre, Fenicia, Rodas y Panfilia, con la que había devastado muchos lugares de la costa enemiga y entablado algunas escaramuzas, durante la travesía, con las naves de Mitrídates. Entonces, Sila, avanzando desde Cipsela, y Mitrídates, desde Pérgamo, se reunieron de nuevo para conferenciar y descendieron

ambos a una llanura con unas pocas tropas, en tanto que sus respectivos ejércitos permanecían a la expectativa a uno y otro lado[33]. El discurso de Mitrídates consistió, por una parte, en un recordatorio de la amistad y alianza, tanto suya como de su padre, con los romanos y, de otro lado, en una acusación contra los embajadores, magistrados y generales romanos por las afrentas que habían cometido contra él al entronizar a Ariobarzanes en Capadocia, al privarle a él de Frigia y al consentir en que Nicomedes le agraviara. «Y todo esto —dijo— lo hicieron por dinero que tomaron de mí y de aquéllos por turnos; y lo que, sin duda alguna, cualquiera de vosotros, romanos, haría, sobre todo, máximo objeto de acusación es la avaricia. Así que todo cuanto hice por defenderme, una vez que estalló la guerra por causa de vuestros generales, fue más por necesidad que por voluntad.»

Con estas palabras, terminó Mitrídates su discurso, 57
y Sila tomando, a su vez, la palabra le respondió: «Aunque nos llamaste para otros asuntos, en especial para aceptar las condiciones propuestas, no vacilaré, ciertamente, en referirme con brevedad a estas cuestiones. Yo restauré en su trono a Ariobarzanes, cuando era gobernador de Cilicia, porque así lo decretaron los romanos; y tú obedeciste el decreto, cuando hubieras debido oponerte o alegar tus razones o atenerte después a lo decretado. Manio te entregó Frigia por soborno, lo que constituye un crimen para ambos, y por esto mismo, sobre todo, estás de acuerdo en que no la tomaste justamente, por haberla recibido mediante soborno. Manio, además, fue declarado culpable por nosotros de haber realizado también otros actos por dinero, y todos los anuló el senado. Razón por la cual, ordenó

[33] En Dárdanos, en la Tróade. La paz acordada se la conoce como la paz de Dárdanos.

que Frigia, que había sido entregada a ti de forma injusta, no fuera tributaria de Roma, sino que la dejó libre. Y, si nosotros que la cogimos por las armas estimamos que no era justo que mandáramos en ella, ¿por qué razón la ibas a retener tú? Nicomedes te acusa de haber enviado a Alejandro para atentar contra su persona y a Sócrates Cresto, para atentar contra su reino, y dice que fue por vengar estas acciones por lo que invadió tu territorio. Pero, aún en el caso de que hubiera cometido alguna injusticia contra ti, deberías haber enviado una embajada a Roma y haber aguardado la respuesta. No obstante, aunque te hubieras apresurado a vengarte de Nicomedes, ¿cómo expulsaste también a Ariobarzanes que no te había ofendido en nada? Al expulsarlo, impusiste sobre los romanos que estaban allí la necesidad de restaurarlo en el trono, y al impedir que esto ocurriera, tú atrajiste la guerra. La verdad es que ya lo tenías decidido así desde hacía mucho tiempo y alimentabas la esperanza de gobernar en el mundo entero si vencías a los romanos, y hacías de estas cuestiones pretextos que ocultaban tu auténtica intención. Prueba de ello es que, cuando aún no estabas en guerra con nadie, conseguiste llegar a una alianza con los tracios, escitas y saurómatas, enviaste emisarios a los reyes vecinos en demanda de ayuda, fabricaste naves y mandaste buscar segundos de a bordo y pilotos.

58 Y te acusa, sobre todo, de tu insidiosa intención el momento elegido; pues, cuando supiste que Italia había hecho defección de nosotros, aprovechando la ocasión de que estabamos ocupados, atacaste a Ariobarzanes, a Nicomedes, a los gálatas a Paflagonia y a nuestra provincia de Asia. Y, cuando te apoderaste de ellos, ¡qué vejaciones cometiste, bien contra las ciudades, al colocar al frente de éstas a esclavos y deudores tras haberles otorgado la libertad y cancelado sus deudas, o contra los griegos, de los que con un solo pretexto

mataste a mil seiscientos, o contra los tetrarcas de los gálatas, a los que reuniéndolos en un banquete los asesinaste, o contra todas las personas de raza italiana, a los cuales mataste en un solo día, incluidos los niños y sus madres, sepultándolos en el mar y no perdonando siquiera a los que se habían refugiado en los templos! ¡Cuánta crueldad, cuánta impiedad, cuánto odio sin límites exhibiste contra nosotros! Y, después de haber confiscado los bienes de todas tus víctimas, cruzaste a Europa con grandes ejércitos, a pesar de que habíamos prohibido poner un pie en ella a todos los reyes de Asia. Hiciste la travesía hasta Macedonia, que era nuestra, la sojuzgaste y privaste a los griegos de su libertad. Y no empezaste a arrepentirte ni comenzó a interceder en tu nombre Arquelao hasta que yo recobré Macedonia, liberé a Grecia de tu opresión, maté a ciento sesenta mil hombres de tu ejército y me apoderé de tus campamentos con todas sus pertenencias. Lo que me deja atónito es que trates de justificar ahora los actos por los que tu pediste perdón por medio de Arquelao. ¿O es que me temías cuando estaba lejos, y ahora que estoy cerca, piensas que he venido para debatir contigo estos hechos? La oportunidad para ello pasó desde el momento en que nos hiciste la guerra y nosotros te rechazamos con vigor e intentamos rechazarte hasta el final.» Mientras Sila estaba aún diciendo esto lleno de ira, el rey cambió de actitud, tuvo miedo y accedió al tratado ofrecido por medio de Arquelao. Así pues, entregó las naves y todas las demás cosas y se retiró al Ponto al reino de su padre como única posesión. Éste fue el final de la guerra entre Mitrídates y los romanos.

Sila, entonces, avanzó hasta una distancia de dos 59
estadios de Fimbria y le ordenó que le entregara el ejército cuyo mando detentaba ilegalmente. Éste, sin embargo, le replicó con sorna que tampoco él era ya jefe según la ley. Sila, por tanto, lo rodeó con un foso y,

como muchos de los soldados de Fimbria desertaran a las claras, éste, convocando a los restantes a una asamblea, les exhortó a que se quedaran, y al negarse ellos a combatir contra conciudadanos, desgarrándose la túnica se arrojó a los pies de cada uno. Pero, como rechazaran también este gesto y las deserciones se hicieran más numerosas, recorrió las tiendas de los oficiales y, después de sobornar a algunos de ellos con dinero, convocó de nuevo una asamblea y ordenó que se unieran a él en juramento. Cuando aquellos que habían sido sobornados comenzaron a gritar que era necesario llamar a cada uno nominalmente para el juramento, Fimbria citó a los que le debían algún favor y, en primer lugar, llamó a Nonio, que había sido partícipe de todos sus designios. Sin embargo, como tampoco éste aceptó jurar, desenvainó su espada y amenazó con darle muerte, pero, asustado por el clamor unánime de todos, desistió también de ello. Entonces, sobornó a un esclavo con dinero y con la esperanza de libertad y lo envió, como si fuera un desertor, para asesinar a Sila. Pero aquél, cuando estaba próximo el momento de actuar, se puso nervioso y, al hacerse sospechoso por este motivo, fue arrestado y confesó. A continuación, el ejército de Sila, rodeando con ira y desprecio el campamento de Fimbria, lo insultaba y lo llamaba Atenión, personaje que en cierta ocasión había sido rey en Sicilia por unos pocos días de unos esclavos fugitivos.

60 Por estos motivos, Fimbria, habiendo perdido todas sus esperanzas, se adelantó hasta el foso y solicitó de Sila que se reuniera a conversar con él. Y aquél envió a Rutilio en su lugar. A Fimbria le afligió, más que todo, este hecho, no ser considerado digno siquiera de una entrevista, cosa que se concedía incluso a los enemigos. Cuando pidió el perdón por lo que había hecho a causa de su juventud, Rutilio prometió que Sila le dejaría marchar indemne hasta el mar, si estaba dispuesto a

alejarse de la provincia de Asia, de la que aquél era procónsul. Y él, diciendo que tenía otra ruta mejor, regresó a Pérgamo y, después de penetrar en el templo de Esculapio[34], se atravesó con su espada. Como la herida no era mortal, ordenó a un esclavo que se apoyara en ella con todas sus fuerzas, y este último mató a su amo y, después, se dio muerte a sí mismo. Así murió Fimbria, quien, después de Mitrídates, ocasionó muchas calamidades a Asia. Sila entregó su cadáver a sus libertos para que lo enterraran y añadió que no imitaría a Cinna y a Mario, que habían decretado en Roma la muerte de muchos y la privación de sepultura después de la muerte. Acto seguido, acogió con alegría al ejército de Fimbria cuando se acercó a él y lo unió con el suyo, y ordenó a Curión que marchara a entronizar a Nicomedes en el reino de Bitinia y a Ariobarzanes en el de Capadocia, y envió cartas al senado para dar cuenta de todo, simulando no saber que había sido declarado enemigo por decreto.

Tras arreglar el estado de los asuntos en la provin- 61
cia de Asia, concedió la libertad a los habitantes de Ilión, a los licios, rodios, magnesios y a algunos otros, bien fuera para recompensarlos por su alianza o por cuanto habían sufrido por su lealtad hacia él, y los inscribió como amigos del pueblo romano. Envió, luego, al ejército por las demás ciudades y ordenó, mediante un edicto, que los esclavos a los que Mitrídates había concedido la libertad retornaran de inmediato junto a sus amos. Pero, como muchos desobedecieron el edicto y algunas ciudades se rebelaron, se sucedieron matanzas en masa, por pretextos diversos, de hombres libres y esclavos, las murallas de muchas ciudades fueron destruidas, la población de otras muchas de Asia fue esclavizada, y sus territorios, devastados. Los hombres y

34 Dios romano patrón de la medicina.

ciudades de la facción capadocia fueron castigados con severidad y, de entre ellos, sobre todo los efesios, por haber ultrajado las ofrendas romanas de sus templos, debido a su vergonzosa adulación al rey. Tras de lo cual, hizo circular un edicto de que los ciudadanos principales de cada ciudad acudieran a Éfeso en un día fijado a encontrarse con Sila. Y, cuando estuvieron congregados, les dirigió desde una tribuna el siguiente discurso:

62 «Nosotros acudimos, por primera vez, a Asia con un ejército, cuando Antíoco el rey de Siria saqueaba vuestro territorio, y después de haberlo expulsado, le impusimos como límites de su reino el río Halis y el monte Tauro. No os retuvimos bajo nuestro poder, pese a que os habíais convertido en súbditos nuestros en vez de serlo de aquél, sino que os dejamos libres, a excepción de algunos lugares que entregamos a Éumenes y a los rodios por haber luchado como aliados nuestros, pero no en calidad de tributarios sino como a patronos. Prueba de ello es el hecho de que, cuando los licios presentaron acusaciones contra los rodios, los liberamos de la autoridad de los de Rodas. Tal ha sido nuestro comportamiento hacia vosotros. Y, en cambio, vosotros, cuando Átalo Filométor nos legó el reino en su testamento, luchasteis junto con Aristonico contra nosotros durante cuatro años, hasta que éste fue hecho prisionero y la mayoría de vosotros, ante la necesidad y el miedo, os reintegrasteis a vuestra obligación. Y, no obstante, a pesar de esta experiencia, una vez que habíais alcanzado a lo largo de veinticuatro años unas altas cotas de bienestar y de belleza ornamental en privado y en público, a causa de la paz y el lujo os tornasteis insolentes de nuevo, y aprovechando nuestras ocupaciones en Italia, algunos de vosotros llamasteis a Mitrídates y otros pactasteis con él cuando llegó. Pero lo

más criminal de todo fue que secundasteis su orden de matar, en un solo día, a todos los italianos con sus hijos y sus mujeres y ni siquiera perdonasteis, por respeto a vuestros dioses, a los que se habían refugiado en los templos. Por ello, recibisteis un castigo del propio Mitrídates, que os fue infiel, os sació de muerte y confiscaciones, hizo nuevos repartos de tierras, canceló deudas y libertó a esclavos, impuso tiranos sobre algunos de vosotros y cometió muchos actos de piratería tanto por tierra como por mar, de tal manera que al punto supisteis, por experiencia y contraste, qué patronos habíais elegido en lugar de cuáles otros. También recibieron su castigo los instigadores de esta acción a nuestras manos. Pero es necesario, además, imponeros un castigo común por haber participado en tales actos, y éste debería ser similar a los crímenes que cometisteis. Sin embargo, ojalá que nunca los romanos, ni siquiera con el pensamiento, cometan matanzas impías, confiscaciones indiscriminadas, insurrecciones de esclavos o cualquier otro acto de barbarie. Así que, en consideración, incluso ahora, a la raza y al nombre de Grecia y a la fama de que goza en Asia, y razón habida de que la buena reputación es lo más grato para los romanos, os impondré tan sólo que paguéis de una vez los impuestos de cinco años, así como el costo de la guerra y cuantos otros gastos he tenido que realizar y tenga que llevar a cabo para poner en orden el resto de los asuntos. Dividiré el importe total entre cada uno de vosotros por ciudades y fijaré un día determinado para hacer efectivo el pago, y a los que no lo guarden, los castigaré como a enemigos.»

Después de pronunciar este discurso, distribuyó 63
entre los representantes de cada ciudad la cantidad correspondiente de la multa y los envió a por el dinero.

Las ciudades[35], sumidas en la indigencia y habiendo solicitado préstamos a un alto interés, hipotecaron unas su teatro a los acreedores y otras sus gimnasios, murallas, puertas y cualquier otra propiedad pública ante la presión contumaz de los soldados. De este modo se reunió y llevó el dinero a Sila, y Asia quedó saturada de males. Pues también asolaban, a las claras, sus costas numerosas bandas de piratas, que más se asemejaban a flotas auténticas que a flotillas piráticas. Mitrídates los había enviado, en un principio, al mar cuando devastaba todas las costas, porque pensaba que no podía retener por mucho tiempo estos lugares. Sin embargo, su número se fue incrementando hasta llegar, entonces, al máximo y atacaron ya, a las claras, no sólo a los barcos sino también a los puertos, fortalezas y ciudades. Yasos, Samos, Clazómenas y Samotracia fueron capturadas, mientras Sila estaba presente, y el templo de Samotracia fue expoliado de ornamentos sagrados, valorados, al parecer, en mil talentos. Pero Sila, ya fuera porque quería que aquellos que le habían ofendido fueran maltratados o porque tuviera prisa en marchar contra la facción rival en Roma, navegó hasta Grecia con la mayor parte de su ejército y desde allí a Italia.
64 Lo referente a Sila en Roma está expuesto en mi historia de las Guerras Civiles. A partir de aquí, comienza la segunda guerra entre los romanos y Mitrídates.

Sila dejó a Murena con las dos legiones de Fimbria para disponer el resto de los asuntos de Asia, y éste buscaba cualquier pretexto para hacer la guerra, a causa

---

35 Sobre la suerte de las diversas ciudades, cf. D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor to the end of the Third Cent. after Christ.*, I-II (con paginación seguida), Princeton, 1950, págs. 233 y sigs., y notas. Sobre las cargas fiscales impuestas a las ciudades, cf. también Rostovtzeff, II, págs. 1063-64; 1137, n. 16, y 1138-39, n. 17.

de su inmoderado afán de triunfo. Mitrídates, después de su regreso al Ponto, combatió a los colcos y bosporianos que se habían sublevado. Los colcos le pidieron que les diera como rey a su hijo Mitrídates y, cuando lo tuvieron, volvieron de inmediato a la sumisión. Pero el rey, sospechando que todo había ocurrido a instancias de su propio hijo porque ambicionaba la realeza, lo mandó llamar y, poniéndole cadenas de oro, lo mató al poco tiempo, a pesar de que le había sido útil muchas veces en Asia en los combates contra Fimbria. Construyó naves y equipó un gran ejército contra las tribus del Bósforo, de manera que la magnitud de sus preparativos despertó pronto la creencia de que estas fuerzas eran reunidas no contra las citadas tribus, sino contra los romanos. Pues, además, ni siquiera había consolidado el poder de Ariobarzanes en toda Capadocia, *sino que aún retenía algunos lugares de allí.* Mitrídates sospechó también de Arquelao, porque pensaba que había cedido a Sila mucho más de lo necesario durante las negociaciones de paz en Grecia. Cuando Arquelao se enteró de ello tuvo miedo y huyó junto a Murena, y le instó hasta persuadirlo, de que se anticipara a atacar a Mitrídates. Murena, a través de Capadocia[36], invadió Comana, una aldea muy grande perteneciente a Mitrídates con un templo venerado y rico, y mató a algunos jinetes de aquél. Al apelar los embajadores de este último al tratado, les contestó que no veía ningún tratado, pues Sila no lo había escrito, sino que se había marchado una vez que había asegurado de hecho todo lo expuesto verbalmente[37]. Y Murena, tras decir esto, se entregó de inmediato al saqueo, sin

[36] Comana pertenece al Ponto, no a Capadocia.

[37] De hecho era así, pues la paz de Dárdanos no pudo ser ratificada por Roma, dada la condición de enemigo público de Sila, y sólo quedó en un acuerdo oral.

respetar siquiera el dinero de los templos, e invernó en Capadocia.

65 Mitrídates envió una embajada a Roma a presencia del senado y de Sila para denunciar los hechos de Murena. Éste, entretanto, atravesó el río Halis, que iba entonces muy crecido y resultaba sumamente difícil de atravesar como consecuencia de las lluvias, y atacó cuatrocientas aldeas de Mitrídates, sin que el rey le saliera al encuentro para nada, pues aguardaba el regreso de su embajada. Después retornó, cargado de un gran botín, a Frigia y Galacia, en donde Calidio, que había sido enviado desde Roma con motivo de las quejas de Mitrídates, no le entregó ningún decreto, sino que dijo en medio de todos, para que pudieran oírlo, que el senado le ordenaba dejar tranquilo al rey, pues no había violado el tratado con ellos. Una vez dicho esto, se le vio charlando a solas con Murena, y éste no cejó en un ápice de su violencia, sino que continuó atacando el territorio de Mitrídates. Éste, considerando que era ya objeto de guerra abierta por parte de los romanos, ordenó a Gordio que invadiera las aldeas. Gordio se apoderó, de inmediato, de muchos animales de tiro, bestias de carga y hombres, tanto ciudadanos privados como soldados, y acampó frente a Murena dejando por medio un río. Ninguno de los dos comenzó el combate hasta que llegó Mitrídates con el grueso del ejército, y al punto se entabló una dura batalla en torno al río. Mitrídates se impuso, atravesó el río y fue en todos los aspectos superior a Murena. Éste se replegó a una colina bien protegida, pero, al atacarle el rey, huyó a Frigia, tras perder muchos hombres, a través de las montañas por un sendero intransitable, siendo blanco de los disparos del enemigo y con dificultad.

66 La noticia de esta victoria brillante y rápida conseguida al primer ataque se extendió rápidamente y provocó el que muchos se cambiaran al bando de Mitrí-

dates. Éste atacó a todas las guarniciones de Murena en Capadocia, las expulsó y ofreció un sacrificio a Júpiter Estratio, según la costumbre de su país, acumulando sobre un monte elevado una enorme pila de madera. El rito es como sigue: los reyes son los primeros en llevar leña a la pila y la rodean en círculo con otra más pequeña; sobre la más elevada, colocan leche, miel, vino, aceite y toda clase de inciensos, y sobre la inferior, colocan pan y carne para ofrecer un banquete a los asistentes, como en los sacrificios de los reyes persas en Pasargadas, y luego, prenden fuego a la madera. La llama de ésta, al incendiarse, llega a ser visible, a causa de la altura, a una distancia de mil estadios desde el mar, y dicen que durante muchos días no es posible aproximarse porque abrasa el aire. Así pues, Mitrídates celebró el sacrificio de acuerdo con la costumbre patria. Sila, sin embargo, pensaba que no era justo hacer la guerra a Mitrídates, ya que no había violado el tratado, así que fue enviado Aulo Gabinio para decir a Murena que la advertencia pública anterior de que no hiciera la guerra a Mitrídates iba en serio y también para tratar de reconciliar mutuamente a este último con Ariobarzanes. Mitrídates, en esta reunión, comprometió en matrimonio a su hija de cuatro años de edad con Ariobarzanes [38] y, con este pretexto, conservó todos aquellos lugares de Capadocia que aún retenía y les añadió otros más. También ofreció a todos un banquete en el que estableció premios en oro para los que vencieran en la bebida, en la comida, en contar chistes, en el canto y en todos los otros pasatiempos propios de tales ocasiones, según era costumbre. Gabinio fue el único que no participó en estas competiciones. Así terminó la segunda guerra entre Mitrídates y los roma-

---

[38] En realidad, con el hijo de Ariobarzanes. Cf. VIERECK, 1962, pág. 478, n. al pasaje.

nos a los tres años, aproximadamente, de haber empezado.

67 Mitrídates, al quedarse ocioso, sometió a las tribus del Bósforo y designó a Macares, uno de sus hijos, como rey de éstos. Después atacó a los aqueos que habitaban más allá de la Cólquide, los cuales, se piensa, que son decendientes de aquellos otros que se extraviaron en su regreso desde Troya, y tras perder dos partes de su ejército a causa de la guerra, el frío intensísimo y las emboscadas, emprendió el retorno y envió a Roma embajadores para suscribir el tratado. Pero también envió una embajada Ariobarzanes, por propia iniciativa o porque le instaron algunos, para quejarse de que no había recuperado Capadocia, sino que Mitrídates retenía aún la mayor parte de ella. Como Sila ordenó a éste que se la devolviera, Mitrídates obedeció, y envió otra embajada para la signación del tratado. Pero Sila había muerto ya y, dado que los senadores estaban ocupados, los cónsules no la introdujeron en el senado. Mitrídates, entonces, persuadió a su yerno Tigranes para que invadiera Capadocia como si fuera cosa suya. La treta no pasó inadvertida a los romanos, sin embargo el rey armenio, envolviendo a Capadocia como con un lazo, deportó a Armenia a trescientos mil hombres y los estableció, junto con otros, en un cierto lugar en el que se había ceñido por primera vez la diadema de Armenia y le había dado el nombre de Tigranocerta a partir de su propio nombre, lo que quiere decir la ciudad de Tigranes [39].

68 Mientras sucedían estos acontecimientos en Asia, Sertorio, que había obtenido la provincia de Iberia, sublevó a ésta y a todos los países vecinos contra los romanos y eligió un senado de entre sus amigos a imita-

---

[39] Sobre la deportación efectuada por Tigranes, cf. n. 27 a este libro.

ción del de Roma. Dos miembros de su facción, Lucio Magio y Fanio, convencieron a Mitrídates de que se aliara con Sertorio, tras hacerle concebir muchas esperanzas sobre Asia y los pueblos vecinos. Y éste, convencido, envió una embajada a Sertorio, quien, después de introducirla en su senado y de hablar con presunción de su persona porque su fama se había extendido hasta el Ponto y podría bloquear a los romanos por el occidente y por el oriente, pactó con Mitrídates entregarle la provincia de Asia, Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Galacia y le envió como general a Marco Vario y como consejeros a los dos Lucios: Magio y Fanio. Con éstos, empezó Mitrídates la tercera y última guerra contra los romanos, en el transcurso de la cual perdió todo su reino, una vez muerto Sertorio en Iberia. Dos generales fueron enviados contra él desde Roma, el primero, Lúculo, el mismo que había servido como prefecto de la flota bajo Sila, y en segundo lugar, Pompeyo, gracias al cual todos los dominios de Mitrídates y los territorios adyacentes hasta el río Éufrates, tomando como pretexto y ocasión la guerra contra Mitrídates, fueron integrados bajo la órbita de Roma[40].

Mitrídates, por consiguiente, puesto que ya había 69
medido sus fuerzas muchas veces con los romanos y pensaba que esta guerra en especial, surgida sin motivo alguno y de forma repentina, sería implacable, planeó concienzudamente todos sus preparativos, a sabiendas de que dentro de muy poco se iba a jugar el todo por el todo. Pasó el resto del verano y todo el invierno cortando madera, y después, construyó naves y armas y distribuyó dos millones de medimnos de trigo a lo largo del litoral. Aparte de sus fuerzas anteriores, se le unieron como aliados los cálibes, armenios, escitas, tauros,

[40] Sobre la guerra de Lúculo contra Mitrídates y Tigranes, cf. E. WILL, II, págs. 411-413.

aqueos, heníocos, leucosirios y cuantos pueblos habitaban el territorio en torno al río Termodonte, llamado el país de las Amazonas. Tantos fueron sus aliados en Asia, además de los anteriores. En Europa se le unieron, de las tribus saurómatas los basílidas y los yáziges, los coralos y todas las tribus tracias que habitan a lo largo del Danubio, del Ródope, o en torno al monte Hemo, y además de éstos, los bastarnas, que es la tribu más aguerrida de todas. Tantos aliados consiguió también Mitrídates en esta ocasión en Europa. En total se unieron a él para combatir unos ciento cuarenta mil soldados de infantería y dieciséis mil de caballería. Le acompañó también otra gran multitud de zapadores, porteadores y mercaderes.

70 Al comienzo de la primavera, tras hacer una prueba con la flota, realizó un sacrificio a Júpiter Estratio en la forma acostumbrada y arrojó al mar un carro de caballos blancos en honor de Neptuno[41]. Después se apresuró hacia Paflagonia con sus dos generales Taxiles y Hermócrates. Tan pronto como llegó, pronunció una alocución a su ejército en la que se refirió, en tono muy solemne, a sus antepasados y, en forma jactanciosa, a sí mismo, diciendo que había engrandecido en grado máximo su reino desde unos orígenes humildes y que jamás había sido derrotado por los romanos cuando estaba él presente. A continuación acusó a éstos de avaricia y desmesura, «a causa de la cual —dijo— han esclavizado a Italia y a su propia patria.» Se refirió también a cómo no habían querido consignar los tratados efectuados últimamente, pues esperaban la oportunidad de atacar de nuevo. Y, tras establecer esto como la causa de la guerra, pasó revista a la totalidad de su propio ejército, de sus preparativos y de las preocupaciones de los romanos que eran combatidos con dureza

---

[41] Dios romano del mar.

por Sertorio en Iberia y sufrían la guerra civil en Italia. «Por este motivo —dijo—, también han permitido que el mar esté infestado de piratas durante mucho tiempo y no cuentan ya con ningún aliado ni súbdito que lo sea por su propia voluntad»; y, mostrando a Vario y a los dos Lucios, terminó diciendo: «¿no veis a sus mejores hombres que son enemigos de su patria y aliados nuestros?»

Después de enfervorizar con estas palabras a su 71
ejército, invadió Bitinia, legada a los romanos por Nicomedes, que había muerto allí hacía poco sin descendencia. Cota, su gobernador, hombre totalmente incapaz para los asuntos de la guerra, huyó a Calcedón con las tropas que tenía. Así que Bitinia estuvo de nuevo en manos de Mitrídates, en tanto que los romanos huyeron desde todas partes hacia Calcedón junto a Cota. Cuando Mitrídates atacó también Calcedón, Cota no le salió al encuentro debido a su falta de experiencia en la guerra, pero Nudo [42], el comandante de su flota, ocupó con una parte del ejército las posiciones más sólidamente defendidas de la llanura y, al ser expulsado de ellas, huyó con gran dificultad hacia las puertas de Calcedón a través de una serie de muros de protección. En torno a las puertas se produjo una enorme baraúnda por parte de los que intentaban entrar todos a la vez, por lo que los perseguidores no erraron ninguno de sus disparos. Los que custodiaban las puertas, temiendo por éstas, echaron los cerrojos con la máquina e izaron por medio de cables a Nudo y a algunos de los oficiales, pero el resto pereció entre los suyos y los enemigos, tendiendo las manos hacia cada lado en actitud de súplica. Mitrídates, queriendo aprovecharse del impulso de su victoria, condujo ese mismo día su flota contra el puerto. Después de romper la barrera, atada con una

[42] P. Rutilio Nudo.

cadena de bronce, incendió cuatro naves de los enemigos y a las otras sesenta las apresó y las remolcó sin que Nudo ni Cota opusieran la menor resistencia, pues permanecían encerrados en el interior de las murallas. Murieron tres mil romanos y, entre ellos, el senador Lucio Manlio; del lado de Mitrídates perdieron la vida veinte de los bastarnas que fueron los primeros en entrar en el puerto.

72 Lucio Lúculo, elegido cónsul y general para esta guerra, trajo desde Roma una legión de soldados, a la que unió las dos de Fimbria y otras dos más, sumando en total treinta mil soldados de infantería y mil seiscientos jinetes. Con todas estas tropas acampó cerca de Mitrídates en las proximidades de Cízico. Cuando supo por medio de unos desertores que el rey tenía un ejército de unos trescientos mil hombres, pero que sus provisiones no eran otras que las que le suministraban los encargados de buscar forraje o las que recibía por mar, dijo a los que le acompañaban que se apoderaría pronto de los enemigos sin lucha y les recomendó que se acordaran de su promesa. Viendo una montaña bien situada para establecer el campamento, desde la que le resultaría fácil obtener provisiones y, en cambio, privar de éstas a los enemigos, intentó tomarla consciente de que en este hecho radicaba la victoria sin peligro. Pero había sólo una estrecha vía de acceso a ella y Mitrídates la vigilaba fuertemente por habérselo aconsejado así Taxiles y los demás oficiales. Sin embargo, Lucio Magio, el que había gestionado la alianza entre Mitrídates y Sertorio, una vez muerto éste, había enviado en secreto un mensajero a Lúculo y, tras recibir garantías personales, convenció a Mitrídates para que consintiera que pasaran los romanos y acamparan donde quisieran. Pues le dijo que las dos legiones de Fimbria desertarían y se pasarían de inmediato al rey; así que ¿para qué iba a necesitar de

un combate y de derramamiento de sangre, si podía vencer a los enemigos sin lucha? Y Mitrídates, de manera insensata, se mostró de acuerdo con ello sin sospechar nada y permitió que los romanos pasaran sin temor a través del paso y fortificaran en contra suya la alta montaña, con cuya posesión podían ellos procurarse provisiones desde la retaguardia sin peligro, mientras que Mitrídates se vería impedido de todo suministro por tierra a causa del lago, las montañas y los ríos, a no ser lo que recibiera ocasionalmente y con dificultad, puesto que no tenía ya una salida espaciosa ni podía forzar a Lúculo debido a lo difícil de la posición de éste, la que el mismo rey había despreciado cuando la tuvo en su mano. Además el invierno, ya próximo, le iba a interrumpir el aprovisionamiento por mar. Lúculo, al observar estas cosas, recordó a sus amigos su promesa y les mostró que su predicción era ya casi una realidad.

Mitrídates, aunque tal vez, incluso en sus circuns- 73
tancias, hubiera podido abrirse paso a través de los enemigos a causa del gran número de sus tropas, no consideró esta posibilidad, sino que puso sitio a Cízico con el material que tenía preparado para una eventualidad como ésta, considerando que de este modo enmendaría a un tiempo su mala posición y la dificultad de avituallamiento. Como tenía abundancia de material humano en su ejército, acometió toda clase de obras, bloqueó el puerto con un doble muro y el resto de la ciudad lo rodeó con un foso. Levantó numerosos terraplenes, construyó máquinas, torres, arietes protegidos con cobertizos, una torre rodante de cien codos de alto, sobre la que se alzaba otra torre provista de catapultas con las que se lanzaban piedras y proyectiles de todas clases. Dos quinquerremes unidas llevaban contra el puerto otra torre, de la cual se tendía por medio de un artilugio mecánico un puente, cuando se acercaban a la muralla. Cuando tuvo todo dispuesto,

llevó en primer lugar junto a la ciudad a bordo de unas naves a tres mil prisioneros de Cízico, los cuales, tendiendo sus manos hacia adelante, suplicaban a sus conciudadanos que fueran clementes con su peligrosa situación hasta que Pisístrato, el general de los de Cízico, les hizo saber desde las murallas mediante una proclama que, puesto que eran prisioneros, afrontaran con entereza su destino.

74 Mitrídates, cuando desesperó de este intento, llevó la máquina sobre las naves y, repentinamente, fue tendido el puente sobre la muralla y cuatro hombres se lanzaron a la carrera a través de él. Los de Cízico, estupefactos ante la novedad del artilugio, cedieron algo en un principio, pero como los demás compañeros de aquéllos no secundaron su carrera con presteza, recobraron ánimos y rechazaron a los cuatro fuera de las murallas. Luego derramaron fuego y pez sobre las naves y las obligaron a recular de popa y retroceder con la máquina. De esta forma vencieron los de Cízico a los que les habían atacado por mar. Sin embargo, en un tercer intento, en ese mismo día condujeron todas las máquinas de tierra a la vez contra ellos, que se afanaban en el trabajo y corrían de un lado a otro hacia el lugar que era objeto del ataque. En su celo quebraban los arietes con piedras o los desviaban con lazos, o bien amortiguaban la fuerza de sus golpes con cestos de lana, apagaban las flechas incendiarias con agua y vinagre y neutralizaban la fuerza de las otras anteponiendo túnicas y vestidos de lino extendidos ante ellos. En resumen, nada de lo que es posible al ardor humano quedó por probar. Aunque trabajaron al máximo y sin desmayo en todas estas labores, sin embargo una parte de la muralla se quemó y se derrumbó hacia el atardecer. No obstante, nadie tuvo tiempo de penetrar por ella, pues estaba todavía caliente, y durante la noche los de Cízico construyeron otro lienzo de muralla en

torno a la parte derruida. De otro lado, por estos mismos días se levantó un viento huracanado que destruyó las restantes máquinas del rey.

Se dice que la ciudad fue dada como dote por Júpiter 75
a Prosérpina[43] y los habitantes de Cízico la veneraban a ella más que a los demás dioses. Se aproximaba, entonces, su festividad en la que acostumbraban a sacrificar en su honor una novilla negra y, como no la tenían, hicieron una de pasta de harina. Entretanto, una novilla negra nadó desde alta mar hacia ellos, se sumergió por debajo de las cadenas que cerraban la bocana del puerto y, lanzándose hacia el interior de la ciudad, se encaminó a través de ella hacia el templo y se colocó en el altar. Por consiguiente, los habitantes de Cízico la sacrificaron con la mejor de sus esperanzas, y los amigos de Mitrídates le aconsejaron, a su vez, a éste que se retirara de la ciudad, pues era sagrada. Pero él no les hizo caso, sino que subió al monte Díndimo que domina la ciudad y construyó desde él un terraplén hasta las murallas de la ciudad, colocó torres sobre éste y dejó suspendidas las murallas sobre túneles excavados bajo ellas. Envió los caballos a Bitinia dando un rodeo, pues no le eran útiles entonces, estaban débiles por la falta de comida y cojeaban a causa del desgaste de los cascos. Lúculo cayó sobre ellos cuando atravesaban el río Ríndaco, mató a un gran número, y cogió prisioneros a quince mil hombres, seis mil caballos y muchas bestias de carga. Mientras ocurrían estas cosas en Cízico, Éumaco, un general de Mitrídates, atacó Frigia, mató a muchos romanos con sus hijos y mujeres, y trajo en sumisión a los pisidios, isauros y Cilicia. Finalmente, Deyótaro, uno de los tetrarcas de Galacia, lo persiguió

[43] En Roma es la diosa de los Infiernos. Desde muy antiguo es asimilada a la Perséfone griega. En su origen fue, sin duda, una divinidad agraria que presidía la germinación.

cuando andaba merodeando y mató a muchos de sus hombres.

76 Tal era el curso de los acontecimientos en Frigia. Con la llegada del invierno, Mitrídates se vio privado incluso de los alimentos que pudieran llegarle por mar, de manera que el ejército sufría por el hambre y muchos murieron. Hubo algunos que llegaron a comer vísceras, a la usanza bárbara, otros enfermaban por alimentarse de hierbas y los cadáveres de sus propios compañeros, arrojados cerca sin sepultar, trajeron la peste, además del hambre. Sin embargo, Mitrídates resistía pacientemente en la esperanza de que aún podría apoderarse de Cízico por medio de los terraplenes que se extendían desde el monte Díndimo. Pero, cuando los de Cízico minaron también éstos, prendieron fuego a las máquinas que había sobre ellos y, al percatarse del hambre que sufrían, atacaban a los enemigos debilitados con frecuentes incursiones, Mitrídates pensó en huir. Y huyó durante la noche, él, con las naves, a Pario y su ejército, por tierra, a Lámpsaco. Estos últimos, cuando atravesaban el río Esepo, que iba entonces muy crecido, y al caer sobre ellos Lúculo, perdieron en gran número la vida.

De este modo los habitantes de Cízico lograron escapar de los grandes preparativos del rey, gracias a que combatieron con bravura y a que aquél fue doblegado por Lúculo con el hambre. Y establecieron juegos en su honor, que celebran todavía ahora, a los que llamaron «juegos luculeos». Mitrídates, mientras Lúculo mantenía aún el asedio, envió naves a los que habían escapado a Lámpsaco y los sacó de allí junto con los propios habitantes de esta ciudad. Después de dejar a diez mil hombres escogidos con cincuenta naves bajo el mando de Vario, el general que le había enviado Sertorio, de Alejandro el paflagonio y de Dionisio el eunuco, navegó con el grueso de su ejército hacia Nico-

media. Pero una tormenta que sobrevino, causó muchas bajas a cada uno de estos ejércitos.

Lúculo, una vez que había terminado sus operaciones en tierra ayudado por el hambre que sufría el enemigo, reunió una flota desde la provincia de Asia y la distribuyó entre los que habían servido como generales bajo su mando. Triario[44] atacó por mar Apamea, se apoderó de ella y mató gran parte de su población que había huido a los templos. Barba tomó Prusias[45] que está situada al pie de una montaña y ocupó Nicea que había sido abandonada por la guarnición de Mitrídates. Lúculo capturó trece naves enemigas cerca del puerto de los aqueos; a Vario, Alejandro y Dionisio les dio alcance en una isla desierta cerca de Lemnos, en donde se muestra un altar de Filoctetes[46] con una serpiente de bronce, un arco y una coraza ceñida con cintas, como recuerdo de los sufrimientos de aquél, y navegó contra ellos con enorme ímpetu y desprecio. Sin embargo, como aquéllos resistían firmemente, detuvo a sus remeros y, enviando las naves de dos en dos, los incitó a que se hicieran a la mar para combatir. Éstos, no obstante, no se inmutaron, sino que persistieron en su defensa desde tierra. Entonces, rodeó por mar la isla con otras naves y, tras desembarcar en ella un cuerpo de tropas de infantería, forzó a los enemigos a que embarcaran; pero éstos no salieron a alta mar 77

---

44 G. Valerio Triario.

45 Véase, sobre esta ciudad, VIERECK, 1962, pág. 487, n. al pasaje.

46 Héroe griego abandonado en la isla de Lemnos por sus compañeros de la expedición a Troya, a causa del hedor que despedía una herida que le había ocasionado en la pierna la mordedura de una serpiente. En el transcurso de la guerra un oráculo vaticinó que Troya no sería tomada sin el concurso de las flechas y el arco de Filoctetes; como consecuencia de esto, una expedición integrada por Neoptolemo y Ulises partió en su búsqueda.

por temor al ejército de Lúculo, y costeando la tierra, quedaron expuestos a los ataques desde tierra y desde el mar, por lo que sufrieron numerosas heridas y la mayor parte de ellos pereció o huyó. Ocultos en una cueva fueron capturados Vario, Alejandro y Dionisio el eunuco. Este último bebió un veneno que llevaba consigo y murió al punto. Lúculo ordenó que Vario fuera ejecutado, pues no le parecía bien llevar a un senador romano para celebrar su triunfo. En cambio, a Alejandro lo conservó para la procesión. Lúculo envió cartas a Roma dando cuenta de todos estos hechos, las ciñó con laurel como es costumbre después de las victorias, y entonces se apresuró hacia Bitinia.

78 A Mitrídates, cuando navegaba hacia el Ponto, le sobrevino una segunda tormenta y perdió unos diez mil hombres y alrededor de sesenta naves. Las restantes fueron diseminadas según las desvió a cada una la fuerza del viento, y él mismo, al haberse abierto una vía de agua en la nave capitana, embarcó, pese a la oposición de sus amigos, en un pequeño barco de piratas. Éstos le pusieron a salvo en Sinope, desde donde navegó remolcado hasta Amisos y envió a pedir auxilio a su yerno Tigranes el armenio y a su hijo Macares, que reinaba en el Bósforo, dándole prisa a ambos en que le socorrieran. Ordenó, además, a Diocles que llevara oro y muchos regalos a los escitas vecinos, pero éste desertó a Lúculo con los regalos y el oro. Lúculo, a su vez, después de su victoria, avanzaba con decisión, sometiendo todo cuanto encontraba a su paso, y se aprovisionaba sobre el terreno. Como era un país rico y llevaba mucho tiempo sin guerra, el precio de un esclavo fue pronto de cuatro dracmas, el de un buey, de una, y las cabras, ovejas, vestidos y las demás cosas, en proporción. Lúculo sitió Amisos y Eupatoria, ciudad que había construido Mitrídates junto a Amisos y la

había llamado así a partir de su sobrenombre[47], y la tenía por sede de su reino. Con otro ejército asedió Temiscira, que recibe su nombre de una de las Amazonas[48] y está situada junto al río Termodonte. Los sitiadores de esta última llevaron torres contra sus habitantes, amontonaron terraplenes y cavaron túneles tan grandes que en ellos bajo tierra tuvieron lugar grandes combates; los temiscirios, por su parte, abriendo desde arriba boquetes en ellos, arrojaban osos, otras bestias salvajes y enjambres de abejas contra los trabajadores. Los que cercaban Amisos soportaban otro tipo de dificultades, pues sus habitantes los repelían con bravura, hacían frecuentes salidas contra ellos y los incitaban a combates singulares. Mitrídates les enviaba numerosas provisiones, armas y tropas desde Cabira, en donde invernaba y reunía otro ejército; se unieron a él cuarenta mil infantes y cuatro mil jinetes.

Cuando llegó la primavera, Lúculo avanzó a través 79
de las montañas contra Mitrídates. Éste había establecido puestos de vigilancia en avanzada para impedir el paso a Lúculo y para que le mantuvieran al corriente, en todo momento, de lo que ocurriese, mediante señales de fuego. Al frente de esta guardia avanzada, estaba Fénix, un hombre que pertenecía al linaje real de Mitrídates, el cual, una vez que Lúculo estuvo cerca, avisó a Mitrídates con señales de fuego y desertó a Lúculo con sus fuerzas. Y Lúculo, atravesando ya sin temor

---

47 Recuérdese que Mitrídates tuvo como sobrenombre Eupátor.

48 Las Amazonas eran un pueblo de mujeres famosas por sus dotes guerreras. Descendían del dios de la guerra Ares y de la ninfa Harmonía. Su reino se ubica ya en el Cáucaso, ya en Tracia o en la Escitia meridional (en las llanuras de la margen izquierda del Danubio). A las niñas les cortaban un seno para que no les estorbase en la práctica del arco o en el manejo de la lanza, costumbre que explica su nombre (*a-mazôn* «la que no tiene seno»).

las montañas, descendió a Cabira, pero tuvo lugar un combate entre su caballería y la de Mitrídates y, al ser derrotado, retrocedió de nuevo a las montañas. Pomponio, su prefecto de caballería, fue conducido, herido, a presencia de Mitrídates, y cuando el rey le preguntó qué favor podría devolverle, si le salvaba la vida, le contestó: «Uno de mucho valor, si tú te hicieras amigo de Lúculo, pero si continuas siendo su enemigo, no tendré en cuenta siquiera tu pregunta». Ésta fue la respuesta de Pomponio y, en consecuencia, los bárbaros deseaban matarlo, pero el rey dijo que él no cometería violencia contra el valor vencido por el infortunio. Después, durante varios días sucesivos, Mitrídates desplegó su ejército en orden de batalla, pero Lúculo no descendió a pelear, así que buscó un camino que subiera hacia él dando un rodeo. Entretanto, un escita llamado Olcabas, que había desertado a Lúculo desde hacía mucho tiempo y había salvado a muchos hombres durante el combate ecuestre y, por esta razón, se había hecho acreedor a participar en la mesa de Lúculo, de sus confidencias y secretos, llegó a su tienda alrededor del mediodía, mientras aquél estaba descansando, e intentó forzar la entrada. Llevaba, como era su costumbre, un puñal corto en el cinto. Cuando le impidieron el paso, se irritó y dijo que un asunto urgente le apremiaba a levantar al general, pero los servidores replicaron que no había nada más necesario para Lúculo que su seguridad. Entonces, subió de inmediato al caballo y cabalgó hasta Mitrídates, bien fuera porque había urdido un atentado contra Lúculo y creía que se había hecho sospechoso, bien lleno de ira por pensar que había sido ultrajado. Olcabas reveló a Mitrídates que otro escita llamado Sobadaco planeaba desertar a Lúculo, así que Sobadaco fue apresado.

80 Lúculo, que rehuía el descenso directo a la llanura, dado que los enemigos eran superiores en caballería,

pero no veía otro camino de circunvalación, encontró en una cueva a un cazador que conocía los senderos de las montañas. Sirviéndose de él como guía, dio un rodeo por sendas no frecuentadas por nadie más allá de la cabeza del ejército de Mitrídates y descendió, evitando también en esta ocasión la llanura a causa de la caballería. Al fin, estableció su campamento interponiendo ante él un torrente de agua. Como estaba falto de provisiones, envió a Capadocia a por víveres y sostuvo escaramuzas contra los enemigos, hasta que, en cierta ocasión, cuando las fuerzas reales habían sido puestas en fuga, Mitrídates vino corriendo desde su campamento y, llenándolos de reproches, les hizo volverse, con lo cual causó tanto temor a los romanos, que huyeron hacia las montañas y no se dieron cuenta, durante mucho tiempo, de que los enemigos habían abandonado la persecución, sino que cada uno creía que su compañero de fuga que venía tras él era un enemigo, hasta tal punto estaban atemorizados. Mitrídates envió noticias escritas de esta victoria por todas las regiones de alrededor, después ordenó que una buena parte de la caballería y, sobre todo, la más valerosa tendiera una emboscada a los que llevaban las provisiones para Lúculo desde Capadocia, con la esperanza de que, al faltarle los alimentos, sufriera lo mismo que había sufrido él en torno a Cízico.

Y, ciertamente, era una gran idea privar a Lúculo 81
de los alimentos que sólo podía recibir de Capadocia. Sin embargo, los jinetes del rey, cuando se encontraron con los destacamentos de vanguardia del convoy en un desfiladero, no aguardaron a que prosiguieran su avance hasta un lugar más ancho, con lo que inutilizaron a su propia caballería como suele ocurrir en los lugares angostos. Los romanos, a su vez, trocando con toda rapidez su orden de marcha en formación de combate, mataron a algunas de las tropas reales, siendo favore-

cidos por la dificultad del terreno al combatir a pie; a otros, los despeñaron contra las rocas, y a otros, los dispersaron en fuga. Unos pocos que llegaron durante la noche al campamento y dijeron que eran los únicos supervivientes, acrecentaron el rumor de la importancia de la derrota, aunque ésta era grande en realidad. Mitrídates se enteró de la misma antes que Lúculo y, como esperaba que éste le atacaría de inmediato aprovechando que él había perdido tantos jinetes, planeó la fuga por causa de su miedo y comunicó al punto su decisión en su tienda a sus amigos. Éstos, antes de que fuera dada la señal, enviaron cada uno fuera del campamento, todavía de noche, a toda prisa sus pertenencias particulares, así que se produjo una gran aglomeración de animales de carga comprimiéndose junto a las puertas. Al percibirlo el ejército y reconocer a los que llevaban la impedimenta, se imaginó toda clase de cosas absurdas, y movidos por el miedo y la irritación de que no se les hubiera comunicado nada a ellos, se lanzaron a la carrera contra su propia fortificación, la demolieron y huyeron en todas direcciones, puesto que era una llanura, sin orden, por donde pudo cada uno y sin aguardar las órdenes del general o de sus oficiales. Cuando Mitrídates se dio cuenta de que todo se estaba produciendo antes de tiempo y en pleno desorden, se lanzó fuera de la tienda hacia ellos e intentó dirigirles la palabra. Sin embargo, nadie le escuchó ya y, arrollado por la multitud, cayó al suelo y, subido de nuevo al caballo, huyó con unos pocos a las montañas.

82 Lúculo, enterado del éxito de su aprovisionamiento y al ver la huida de los enemigos, envió a muchos jinetes en persecución de los fugitivos. A continuación, rodeó con su infantería a los que todavía estaban reuniendo la impedimenta por el campamento y ordenó a aquélla que no saqueara nada por el momento, sino que se entregara a una matanza indiscriminada; pero éstos,

cuando vieron numerosos objetos de oro y plata y vestidos muy ricos, desobedecieron la orden. Aquellos otros que casi tenían al mismo Mitrídates en sus manos golpearon en la albarda a una de las mulas que llevaba el oro y, al caer éste, se apiñaron en torno a él y dejaron que aquél huyera a Comana. Desde aquí huyó hacia Tigranes con dos mil jinetes. Éste no lo admitió en su presencia, pero ordenó que le fuera dispensado un tratamiento real en sus dominios. Mitrídates, en el momento en que había perdido incluso la esperanza total en su reino, envió al eunuco Baco a su palacio, para que diera muerte de la manera que pudiera a sus hermanas, esposas y concubinas, las cuales fueron muertas a espada, con venenos y en la horca lamentando su aciaga suerte. Y los comandantes de las guarniciones de Mitrídates, al ver estos sucesos, se pasaron en bloque a Lúculo, a excepción de unos pocos. A estos últimos los atacó Lúculo y los sometió, y navegando en torno a las ciudades del Ponto, se apoderó de Amastris, Heraclea y otras.

Sinope, en cambio, persistía en su resistencia con 83
todo vigor y sus habitantes sostuvieron una batalla naval con éxito; pero, cuando fueron sitiados, prendieron fuego a sus naves más pesadas y huyeron embarcando en las más ligeras. Con todo, Lúculo dejó libre a la ciudad de inmediato, debido a que tuvo el siguiente sueño; se dice que Autólico[49], cuando combatía con Hércules contra las Amazonas, fue desviado hasta Sinope por una tormenta y gobernó la ciudad, y una estatua suya muy venerada daba oráculos a los sinopenses. Éstos no tuvieron tiempo de llevársela con ellos en su huida y

[49] Era hijo de Hermes y de Quione, o tal vez, de Estilbe. Recibió de su padre el don de robar sin ser sorprendido nunca, por lo que sus robos son numerosos. Enseñó a Hércules el arte de la lucha.

la envolvieron con tela de lino y cordeles. Lúculo, que no sabía nada de ello ni había sido advertido previamente por nadie, creyó ver en sueños que le llamaba el propio Autólico, y, al día siguiente, cuando algunos pasaban junto a él llevando la estatua envuelta, ordenó que la desataran y vio lo que creyó haber visto durante la noche. Tal fue su sueño. Después de Sinope, Lúculo restituyó Amisos a sus habitantes que habían escapado de igual manera por mar, pues se había enterado de que ellos habían sido asentados allí por los atenienses cuando éstos detentaban el dominio del mar, y que habían tenido, en un principio, un régimen democrático, pero después fueron vasallos de los reyes persas, y que, tras volver a la democracia por orden de Alejandro, habían vuelto a ser esclavos de los reyes del Ponto. Por estas razones, Lúculo se compadeció de ellos y, tratando de emular el favor mostrado por Alejandro hacia la raza ática, concedió la libertad a la ciudad y llamó rápidamente a sus habitantes para que regresaran.

De este modo, Lúculo, tras haber devastado Sinope y Amisos, volvió a entregarlas a sus habitantes. Después, entabló relaciones de amistad con Macares, el hijo de Mitrídates, que reinaba en el Bósforo y le había enviado una corona de oro, y exigió a Tigranes la entrega de Mitrídates. Tras regresar de nuevo a la provincia de Asia, que aún debía parte de la multa impuesta por Sila, les fijó como impuesto la cuarta parte de los frutos y otras tasas sobre el número de esclavos y fincas urbanas [50], y realizó un sacrificio triunfal, como si hubiera culminado con éxito la guerra.

84 Después de los sacrificios, emprendió una campaña contra Tigranes [51], que no le había entregado a Mi-

[50] Cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1071, y pág. 1141, n. 28.

[51] Sobre esta campaña, cf. E. WILL, II, págs. 413-417, con bibliografía.

trídates, con dos legiones escogidas y quinientos jinetes. Habiendo cruzado el Éufrates, exigió sólo lo necesario a aquellos pueblos bárbaros por los que atravesaba, pues sus habitantes no estaban en guerra ni deseaban sufrir ninguna desgracia, sino dejar que Lúculo y Tigranes solventaran entre ellos la cuestión. Nadie advirtió a Tigranes de que Lúculo marchaba contra él, pues el primero que lo dijo fue colgado por aquél, por creer que trataba de perturbar a las ciudades. Pero, tan pronto como lo supo al fin, envió por delante a Mitrobarzanes con dos mil jinetes para contener el avance de Lúculo. Encargó a Manceo de la defensa de Tigranocerta, ciudad que, según he dicho antes, el rey había fundado, en aquella región, en su propio honor y a la que había llamado a los principales habitantes de su país bajo pena de confiscación de cuantos bienes no transfiriesen a ella. La rodeó con murallas de cincuenta codos de alto, cuya base estaba llena de establos de caballos. En los suburbios, erigió un palacio, construyó grandes parques, muchas reservas de caza y lagos, y en las cercanías, levantó una sólida fortaleza. Tras haber encargado, entonces, a Manceo de todo esto, se dedicó a recorrer el país reuniendo un ejército. Lúculo, al primer ataque, puso en fuga a Mitrobarzanes y lo persiguió, y Sextilio, a su vez, encerró a Manceo en Tigranocerta, saqueó el palacio de inmediato, pues estaba desprovisto de murallas, rodeó con un foso la ciudad y la fortaleza, apostó máquinas contra ellas y minó las murallas con túneles.

Mientras Sextilio estaba entregado a estas tareas, 85
Tigranes reunió doscientos cincuenta mil soldados de infantería y cincuenta mil jinetes, de los cuales envió seis mil a Tigranocerta. Éstos forzaron el paso a través del centro de las líneas romanas hasta el fuerte y, tras apoderarse de las concubinas del rey, regresaron. Con el resto del ejército, Tigranes en persona marchó contra

Lúculo. Mitrídates, que entonces por vez primera compareció ante él, le aconsejó que no trabara combate con los romanos, sino que, hostigándoles tan sólo con la caballería y devastando la tierra en derredor, intentara reducirlos por hambre, si podía, de la misma manera que también él, reducido por Lúculo a una necesidad extrema en las cercanías de Cízico, había perdido su ejército sin combatir. Pero Tigranes, riéndose de su generalato, avanzó preparado para el combate y, al ver el escaso número de las tropas romanas, dijo con sorna lo siguiente: «Si éstos son embajadores, son muchos, pero si son enemigos, resultan del todo insuficientes.» Lúculo, cuando vio una colina muy bien situada detrás de Tigranes, ordenó a la caballería que hiciera un ataque frontal contra aquél y que se atrajera hacia ella al enemigo y se retirara voluntariamente, para que la formación de los bárbaros se rompiera al perseguirlos. Él, a su vez, dio un rodeo con la infantería y subió a la colina sin ser visto. Y, tan pronto como observó que los enemigos estaban diseminados en muchas direcciones como consecuencia de su persecución, en la creencia de que habían vencido, y que todas sus bestias de carga estaban al pie de la montaña, gritó: «Hemos vencido, soldados», y cargó a la carrera, él el primero, contra aquéllas. Éstas huyeron de inmediato en medio de la confusión y se precipitaron contra la infantería, la cual, a su vez, lo hizo contra la caballería y, al momento, se produjo una fuga total. Los que habían sido atraídos a una gran distancia en su persecución por la caballería romana, perecieron cuando ésta volvió grupas contra ellos y les atacó, y las bestias de carga, presas de la confusión, se precipitaron contra los demás. Oprimidos todos unos contra otros en una multitud tan grande y sin saber con exactitud dónde había comenzado la derrota, tuvo lugar una gran matanza. Nadie se detuvo a saquear, pues Lúculo lo había prohibido

bajo amenazas, hasta el punto de que, a pesar de que pasaron junto a brazaletes y collares en su camino, continuaron matando a lo largo de ciento veinte estadios, hasta que les cogió la noche. Entonces, se volvieron y se entregaron al saqueo, pues Lúculo había dado ya su permiso.

Cuando Manceo vio desde Tigranocerta la derrota 86
que se había producido, desarmó a todos los griegos que servían a sus órdenes como mercenarios, porque sospechó de ellos, y éstos, temiendo ser arrestados, se pusieron en camino juntos, provistos de estacas, y acamparon al aire libre. Manceo condujo contra ellos a los bárbaros armados y, entonces, aquéllos, ciñéndose con sus túnicas el brazo izquierdo a manera de escudo, se lanzaron con osadía contra los bárbaros y se apropiaron de las armas de todos aquellos que mataban. Una vez que estuvieron suficientemente armados, en la medida que era posible, se apoderaron de algunos espacios intermedios entre las torres y, llamando a los romanos de fuera, les acogían cuando subían.

De este modo fue apresada Tigranocerta y fue saqueada una gran cantidad de riquezas, como era natural en una ciudad construida recientemente y fundada según unos planes ambiciosos.

Tigranes y Mitrídates recorrieron diferentes regio- 87
nes y reunieron otro ejército, cuyo mando fue puesto en manos de este último por considerar Tigranes que las desgracias que le habían ocurrido le habrían servido de lección. Enviaron también emisarios al rey de Partia [52] solicitando su ayuda. Lúculo, por su parte, envió o otros pidiendo a los partos que se aliaran con él o se mantuvieran al margen de la lucha entre ambos. El rey de los partos hizo acuerdos secretos con cada uno, pero no se dio prisa en ayudar a ninguno de los

[52] Se trata de Fraates III.

dos. Mitrídates fabricó armas en cada ciudad y reclutó a casi la totalidad de la población armenia, y tras seleccionar a los más bravos de entre ellos hasta un número de setenta mil soldados de infantería y la mitad de caballería, licenció a los demás. Después de dividirlos por escuadrones y cohortes de la forma más aproximada a la formación italiana, los entregó a oficiales del Ponto para que los ejercitaran. Al aproximarse Lúculo, Mitrídates mantuvo unidas a toda la infantería y a una parte de la caballería sobre una colina, pero Tigranes, con el resto de la caballería, atacó a los forrajeadores romanos y fue derrotado. Desde entonces, los romanos forrajeaban con menor recelo, cerca incluso del propio Mitrídates, y acampaban no lejos de él. De nuevo se levantó una gran nube de polvo indicando el ataque de Tigranes; y el plan era coger a Lúculo en medio de ambos. Pero éste, al darse cuenta, envió a lo más selecto de su caballería para que, adelantándose muchísimo, trabaran combate con Tigranes y le impidieran que trocase su columna de marcha en formación de batalla. Entretanto, él incitó a la lucha a Mitrídates y empezó a rodearlo con un foso, pero no consiguió que luchara. Finalmente, llegó el invierno y puso fin a las tareas de todos.

88 Tigranes se retiró al interior de Armenia y Mitrídates se apresuró hacia lo que le quedaba de su propio reino en el Ponto con cuatro mil soldados de su ejército y otros tantos que tomó de Tigranes. Lo siguió Lúculo, que también se retiró a causa de la falta de provisiones. Sin embargo, Mitrídates se le anticipó y atacó a Fabio[53], quien había sido dejado por Lúculo allí como comandante de aquella zona, lo puso en fuga y mató a quinientos hombres. Entonces, Fabio libertó a cuantos esclavos había en el campamento y combatió,

[53] M. Fabio Adriano.

de nuevo, durante todo el día, pero el combate se inclinaba otra vez en sentido adverso a él, hasta que Mitrídates, golpeado por una piedra en una rodilla y herido por un dardo en un ojo, fue retirado a toda prisa del combate. Durante muchos días permanecieron tranquilos ambos ejércitos, unos, por temor de la vida de su rey, y otros, a causa de la gran cantidad de heridas recibidas. A Mitrídates lo curaban los agaros, una tribu escita, que usaban del veneno de las serpientes como medicina y, por esta razón, siempre acompañaban al rey. Triario, otro general de Lúculo, llegó entonces junto a Fabio con su propio ejército y recibió de éste el mando y la dignidad del rango. Cuando, poco tiempo después, él y Mitrídates iban a combatir, un huracán, como no se recordaba otro, arrancó de cuajo las tiendas de ambos, se llevó las bestias de tiro y estrelló contra las rocas a algunos hombres, y entonces, se retiraron unos y otros.

Una vez que se anunció, sin embargo, que Lúculo 89
estaba en camino, Triario se apresuró a emprender la acción antes de su llegada y atacó, todavía de noche, los puestos de avanzada de Mitrídates. Durante mucho tiempo estuvo equilibrado el combate, pero el rey, imponiéndose a la parte del enemigo que estaba colocada contra él, decidió la batalla y, tras dispersar las filas enemigas, encerró a su infantería en una fosa cenagosa en la que perecieron al no poderse mantener de pie. A continuación, se lanzó en persecución de los jinetes por la llanura, aprovechándose con ardor del impulso de su éxito, hasta que un centurión romano, que cabalgaba a su lado como si fuera un siervo suyo, le infirió una profunda herida en el muslo con la espada, pues no esperaba poder llegar a su espalda a través de la coraza. A éste lo hicieron pedazos de inmediato los que estaban cerca, pero Mitrídates fue llevado a retaguardia

y sus amigos hicieron volver al ejército de su brillante victoria con rapidez no exenta de pesar. La confusión se apoderó de los que luchaban, por lo inesperado del toque de retirada y el temor de que alguna otra desgracia hubiera ocurrido en otro lado. Cuando se enteraron, rodearon, al punto, el cuerpo del rey, puestos en pie en la llanura, y mostraban su consternación. Finalmente, Timoteo, su médico, después de haberle contenido la sangre, lo mostró, incorporándolo, igual que se mostró también Alejandro, cuando había sido curado, sobre una nave a los macedonios que temían por su vida en la India. Mitrídates, tan pronto como volvió en sí, censuró a aquellos que habían tocado a retirada del combate y condujo, de nuevo, al ejército ese mismo día contra el campamento romano. Pero los romanos habían huido ya de él también, presa del pánico. Cuando fueron expoliados los cadáveres, aparecieron veinticuatro tribunos y ciento cincuenta centuriones, una cantidad tan grande de oficiales como difícilmente habían perdido los romanos en una sola derrota.

90 Mitrídates se retiró a la Armenia que hoy llaman los romanos Armenia Menor, recogiendo todas las provisiones fáciles de transportar y destruyendo las que no podía llevarse, para impedir que Lúculo, que iba tras él, pudiera coger algo sobre la marcha. Un senador romano, llamado Atidio, que había huido de su patria hacía ya mucho tiempo junto a Mitrídates a causa de un proceso judicial y se había granjeado su amistad, fue apresado entonces por conspirar contra él. A éste, el rey lo mató sin torturarlo, en atención a su antigua dignidad de senador romano, pero a sus cómplices, los atormentó de manera terrible. En cambio, a cuantos libertos habían sabido de las intenciones de Atidio, los dejó marchar indemnes, puesto que se habían limitado a servir a su amo. Cuando Lúculo estaba ya acampado

junto a Mitrídates, el procónsul de Asia[54] envió heraldos, por distintas partes de la provincia, para proclamar que los romanos acusaban a Lúculo de haber prolongado la guerra más allá del tiempo necesario y que los soldados de su ejército quedaban licenciados y se confiscarían los bienes de los que no obedecieran. Una vez publicadas estas noticias, el ejército se disolvió de inmediato, a excepción de unos pocos, que, por ser muy pobres y no temer al castigo, permanecieron junto a Lúculo.

Y de esta forma, también la guerra de Lúculo contra 91
Mitrídates tuvo un final en absoluto seguro ni decidido. Pues los romanos, perturbados por la sublevación de Italia y acosados por el hambre a causa de que el mar estaba infestado de piratas, no consideraron oportuno mantener otra guerra de tanta magnitud hasta haber puesto fin a sus preocupaciones más perentorias. Cuando Mitrídates se percató, a su vez, de ello, invadió Capadocia y fortificó su propio reino. Los romanos se lo consintieron, en tanto que estuvieron dedicados a limpiar el mar de piratas; pero, cuando lo hubieron logrado y mientras Pompeyo el destructor de los piratas se encontraba aún en Asia, volvieron a tomar de inmediato la guerra contra Mitrídates y otorgaron el mando de la misma a Pompeyo. Por lo cual, puesto que sus operaciones en el mar, antes de la guerra con Mitrídates, constituyen una parte del conjunto general de su campaña y no tienen un lugar propio en ninguna otra parte de mi historia, me pareció adecuado introducirlas en este lugar y analizarlas tal como ocurrieron.

Cuando Mitrídates hizo la guerra por vez primera 92
a los romanos y conquistó la provincia de Asia —pues Sila estaba ocupado en Grecia con otros asuntos—, pen-

[54] Sobre este personaje, cf. VIERECK, 1962, pág. 500, n. al pasaje.

sando que no iba a poder conservarla por mucho tiempo la devastó en su totalidad con toda clase de procedimientos, como ya dije antes, y envió piratas al mar. Éstos, en un principio, con naves pequeñas y escasas en número, recorrían las costas y las castigaban con sus saqueos como auténticos piratas; pero, cuando la guerra se prolongó, se hicieron más numerosos y navegaron en barcos mayores. Y, tras haber disfrutado de grandes ganancias, no desistieron ya, ni siquiera cuando Mitrídates, derrotado, hizo la paz y se retiró. Pues, habiendo sido privados de los medios de vida y de la patria a causa de la guerra y reducidos a una total falta de recursos, sacaron provecho del mar en vez de hacerlo de la tierra, al principio con pinazas y hemiolias, después navegando en flotillas con barcos de dos bancos de remos y con trirremes guiados por jefes piratas a modo de generales de una guerra auténtica; atacaban a las ciudades desprovistas de murallas, minaban o derribaban los muros de otras o las tomaban por asedio y las saqueaban, y a los ciudadanos más ricos, se los llevaban a sus bases de refugio para obtener un rescate por ellos. Y, teniendo ya a menos el nombre de piratas, llamaban al producto de sus robos recompensas de la guerra; además, tenían artesanos encadenados a sus tareas y no cesaban de reunir materiales de madera, bronce y hierro. Excitados por el afán de lucro y resueltos a permanecer en su condición de piratas, se igualaron a los reyes, a los tiranos y a los grandes ejércitos, y juzgando que si todos se reunían en un cuerpo único serían invencibles, construyeron naves y toda clase de armas, sobre todo en aquella parte de Cilicia llamada Traquea, la cual habían elegido como base común para amarrar sus barcos y como campamento. Tenían, por todas partes, fuertes, riscos fortificados, islas desiertas y bases para sus naves, pero considera-

ban su principal lugar de reunión la parte de la costa de Cilicia, que era abrupta y carecía de puertos y estaba erizada de altas montañas. Por lo cual, todos fueron llamados bajo el nombre común de cilicios. Tal vez comenzó esta calamidad de la piratería con los hombres de la Cilicia Traquea, a los que se unieron sirios, chipriotas, panfilios, pónticos y gentes de casi todos los pueblos orientales, los cuales, a causa del rigor y de la duración de la guerra de Mitrídates, prefirieron cometer fechorías a recibir daño y eligieron, para ello, el mar en vez de la tierra.

Por consiguiente, en un tiempo brevísimo fueron 93
muchas decenas de miles de hombres, y no sólo dominaron ya el mar oriental, sino todo el que se extiende hasta las columnas de Hércules. Vencieron a algunos pretores romanos en un combate naval y, entre ellos, sobre todo, al pretor de Sicilia en la misma costa siciliana. No se podía navegar por ningún mar y la tierra estaba falta de cultivo a causa de la interrupción del comercio. Y la ciudad de Roma era la que más sentía lo desastroso de la situación, pues sus súbditos estaban exhaustos y ella misma sufría penosamente por el hambre en razón de su populosidad. Sin embargo, les parecía una tarea ingente y difícil acabar por completo con una cantidad tan grande de fuerzas navales repartidas en forma de círculo por la totalidad de la tierra y el mar, con una organización de estructura liviana para poder huir con facilidad, y que no tenían como base de operaciones ninguna patria o lugar definido ni había nada que pudieran considerar como algo particular o suyo propio, sino aquello que en cada momento les venía por azar a las manos.

Por tanto, al ser totalmente atípica la naturaleza de esta guerra no sometida a ninguna ley y en la que no había nada cierto ni visible, causaba a la vez una

sensación de impotencia y de temor. Murena[55] los atacó sin llevar a cabo nada memorable y tampoco hizo nada Servilio Isaúrico[56], que fue el sucesor de Murena. Y los piratas desembarcaron ya con desprecio en las mismas costas de Italia, en los alrededores de Brindisi y Etruria, y se llevaron a unas jovencitas, de familias nobles, que iban de viaje, y a dos pretores con sus propias enseñas[57].

94 Una vez que los romanos no pudieron soportar por más tiempo el daño y la vergüenza de estos hechos, eligieron a Gneo Pompeyo, que era el hombre que entonces gozaba entre ellos de la máxima reputación, general por tres años, de acuerdo con la ley[58], con plenitud de poderes en todo el mar dentro de las columnas de Hércules y, en la tierra, hasta una distancia de cuatrocientos estadios hacia el interior desde la costa. Enviaron órdenes escritas a todos los reyes, jefes, pueblos y ciudades para que ayudaran en todo a Pompeyo y, a éste, le permitieron reclutar un ejército y reunir dinero. Le proporcionaron, además, un gran ejército de entre los mismos ciudadanos por medio de una leva, todas las naves que tenían y dinero por valor de seis mil talentos áticos. Tan grande y difícil creían que era vencer a tantas fuerzas en una extensión tan amplia de mar, que podían ocultarse con facilidad y retirarse con rapidez a tantos escondrijos y atacar de nuevo sin ser vistos. Nunca, antes que Pompeyo, se hizo a la mar un hombre elegido

---

55 L. Licinio Murena.

56 P. Servilio Vatia Isaúrico. Cf. detalles y bibliografía en E. Will, II, págs. 408-410.

57 Una de las jóvenes era Antonia, hija del orador M. Antonio (Plutarco, *Pomp.* 24.10). Los pretores eran Sextilio y Belieno (Plutarco, *Pomp.* 24.9).

58 La *Lex Gabinia*, a comienzos del 67 a. C., le confirió poderes más amplios que los que tuvo Marco Antonio y casi tuvo a su cargo una verdadera monarquía marítima y litoral.

por los romanos con una potestad tan vasta; tuvo, de inmediato, un ejército de ciento veinte mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes, y doscientas setenta naves, incluidas las hemiolias; y, en calidad de ayudantes, a veinticuatro miembros de rango senatorial a quienes ellos llaman legados. Pompeyo distribuyó el mar entre ellos y les asignó a cada uno naves, jinetes, tropas de infantería y les invistió con las insignias de pretores, para que cada uno ejerciera un mando total sobre aquella parte que le había sido confiada. Y él, como rey de reyes, recorría sus circunscripciones y cuidaba de que permanecieran en donde habían sido colocados, a fin de evitar que, mientras él perseguía en un lugar a los piratas, fuera desviado hacia otro sin haber completado su obra, sino que siempre hubiera en cualquier lugar tropas que les salieran al encuentro e impidieran que se unieran unos a otros.

Habiendo dispuesto Pompeyo todo de esta forma, 95
puso al frente de Iberia y de las columnas de Hércules a Tiberio Nerón y Manlio Torcuato; los mares de Liguria y la Galia los asignó a Marco Pomponio; África, Cerdeña, Córcega y las islas vecinas fueron encargadas a Léntulo Marcelino y Publio Atilio, y en torno a la misma Italia, colocó a Lucio Gelio y Gneo Léntulo; Plotio Varo y Terencio Varrón asumieron la vigilancia de Sicilia y el Adriático hasta Acarnania, y Lucio Sisena, la del Peloponeso, el Ática, Eubea, Tesalia, Macedonia y Beocia; Lucio Lolio se hizo cargo de las islas griegas, de todo el Egeo y, además, el Helesponto; Pupio Pisón, de Bitinia, Tracia, la Propóntide y la boca del Ponto, y Metelo Nepote, de Licia, Panfilia, Chipre y Fenicia. De este modo fueron distribuidos los pretores a fin de poder atacar, defenderse, vigilar las zonas asignadas y atajar el paso a los piratas que escaparan de las manos de otros, para que éstos no se distanciaran mucho de sus bases durante la persecución ni fueran llevados en

círculo, como en una carrera, alargando así el trabajo. Pompeyo llevó a cabo un periplo para inspeccionar a todos. En primer lugar visitó las bases occidentales en un viaje de cuarenta días y pasó de regreso por Roma. Desde aquí se dirigió a Brindisi y, desde este lugar, navegó por toda la zona oriental en igual espacio de tiempo. De manera que dejó perplejos a todos por la rapidez de su periplo, por la magnitud de sus preparativos y por el miedo a su reputación, hasta el punto de que los piratas que habían confiado en tomar la iniciativa en el ataque o, al menos, hacerle ver que su misión contra ellos no iba a ser fácil, se retiraron, llenos de temor, de las ciudades que sitiaban y escaparon a sus riscos y refugios habituales. De esta forma, sin lucha, quedó limpio el mar, gracias a Pompeyo, y los piratas fueron reducidos en todas partes por los pretores en cada una de sus zonas respectivas.

96 Pompeyo en persona se apresuró hacia Cilicia con tropas de muy diversa clase y gran número de máquinas, puesto que esperaba que iba a necesitar de todo tipo de lucha y de asedio contra riscos fortificados rodeados de precipicios. Pero nada le hizo falta. Pues los piratas, aterrados ante su fama y sus preparativos, confiaron en que si no luchaban lo encontrarían más clemente. En primer lugar, los que ocupaban Crago y Antícrago, sus fortalezas mayores, y después de aquéllos, los cilicios de la montaña y, sucesivamente, todos los demás se pusieron en sus manos. También le entregaron, al mismo tiempo, muchas armas, unas ya acabadas y otras en vías de fabricación, naves, algunas de las cuales todavía estaban en los astilleros a medio construir y otras navegando ya, bronce y hierro, reunidos para la fabricación de estas cosas, telas de lino, cables, madera de distintas clases y una gran cantidad de prisioneros, unos, en espera de ser canjeados mediante rescate y, otros, encadenados a sus respectivos trabajos. Pompeyo

quemó la madera, se llevó las naves y envió a los cautivos a sus patrias respectivas, y muchos de ellos se encontraron allí sus propios cenotafios, al ser tenidos ya por muertos. A aquellos piratas que le parecieron, en especial, que se habían dedicado a este género de vida, no por vileza sino por falta de recursos para vivir a causa de la guerra, los asentó en Malo, Adana, Epifanea o cualquier otra pequeña ciudad deshabitada o poco poblada de la Cilicia Traquea. A algunos de ellos los envió también a Dime en Acaya.

Así fue como la guerra contra los piratas, que se pensaba iba a ser la más difícil, sólo le duró unos pocos días a Pompeyo. Él se apoderó, mediante captura, de setenta y una naves y de trescientas seis que le fueron entregadas en el acto de rendición, así como de unas ciento veinte ciudades, fortalezas y otras bases de operaciones. Alrededor de diez mil piratas perecieron en los combates.

A causa de esta victoria, obtenida tan rápida como 97
inesperadamente, los romanos ensalzaron grandemente a Pompeyo y, mientras estaba aún en Cilicia, lo eligieron[59] general de la guerra de Mitrídates, con los mismos poderes ilimitados para hacer la paz y la guerra en la forma que quisiera y considerar amigos o enemigos de Roma a los que estimara oportunos. Le dieron, además, el mando de todos los ejércitos de allende las fronteras de Italia. Estos poderes a nadie jamás antes que a él le fueron concedidos todos a un tiempo, y tal vez sea esta la razón por la que le designaron con el sobrenombre de Grande, pues ciertamente la guerra de Mitrídates también había sido llevada ya a término por los generales precedentes.

---

[59] En virtud de la *Lex Manilia*, que le confería a Pompeyo, sobre todas las provincias de Asia Menor, poderes más amplios que los de Lúculo, y poderes diplomáticos de los que había carecido su predecesor.

Pompeyo, por consiguiente, tras reunir de inmediato su ejército desde Asia, trasladó su campamento junto a la frontera del territorio de Mitrídates. Éste tenía, por entonces, un ejército propio seleccionado, consistente en treinta mil infantes y tres mil jinetes, que había establecido en la misma frontera de su reino. Pero, al haber devastado Lúculo recientemente el territorio, había escasez de provisiones, así que menudeaban las deserciones. Sin embargo, Mitrídates buscaba a los desertores, los colgaba, les sacaba los ojos y los quemaba y, por miedo a los castigos, disminuyó el número de desertores.

98 A pesar de todo, la falta de provisiones causaba estragos y, por consiguiente, enviando embajadores a Pompeyo, solicitó saber de qué forma podría poner fin a la guerra. Éste le respondió: «En el caso de que nos entregues a los desertores y te rindas sin condiciones.» Cuando Mitrídates conoció la respuesta, comunicó a los desertores lo relativo a ellos y, al ver que tenían miedo, juró que nunca haría la paz con los romanos a causa de su avaricia, y que no les entregaría a nadie ni haría jamás otra cosa que no fuera para provecho común de todos. Éstas fueron sus palabras, y Pompeyo, ocultando en emboscada a una fuerza de caballería, envió a otros para que hostigaran abiertamente a los puestos de avanzada del rey; a éstos les ordenó que provocaran ⟨al enemigo⟩ y que retrocedieran como si estuvieran derrotados. ⟨Así lo hicieron⟩[60], hasta que los que estaban emboscados los rodearon y los pusieron en fuga, y tal vez se hubieran precipitado a una con los fugitivos en el interior del campamento, si el rey, por temor a que esto ocurriera, no hubiera hecho avanzar la infantería, ante la cual los romanos retro-

60 Sobre estas conjeturas y la posibilidad de que hubiera una laguna en el texto, cf. VIERECK, 1962, págs. 508, n. al pasaje.

cedieron. Éste fue el desenlace de la primera confrontación, en forma de combate ecuestre, entre Pompeyo y Mitrídates.

Agobiado por la falta de provisiones, el rey se retiró 99
contra su voluntad y permitió que Pompeyo penetrara en su reino, con la esperanza de que cuando acampara en la zona devastada sufriera también él de escasez. Pero éste se hacía traer las provisiones desde la retaguardia y, dando un rodeo por la parte que caía al este de Mitrídates, estableció en torno a él una serie de puestos fortificados y muchos campamentos en un círculo de ciento cincuenta estadios, rodeándolo de un foso para que no le fuera fácil ya salir a forrajear. El rey no le atacó mientras llevaba a cabo este trabajo, bien por miedo o por esa obnubilación mental que afecta a todos ante la proximidad de las desgracias. Y, agotado de nuevo por la escasez, mató a cuantas bestias de tiro tenía, conservando tan sólo a los caballos, hasta que, cuando le quedaban alimentos escasamente para cincuenta días, huyó por la noche en medio de un profundo silencio por caminos muy malos. Pompeyo, al darle alcance con dificultad durante el día, atacó su retaguardia y, pese a que los amigos del rey le apremiaron también en esta ocasión para que desplegara sus tropas para el combate, no luchó, sino que rechazó, sólo con la caballería, a los que estaban próximos y acampó, hacia el atardecer, en la espesura del bosque. Al día siguiente, ocupó un lugar escarpado que tenía una única vía de acceso, para cuya vigilancia designó cuatro cohortes. También los romanos establecieron, a su vez, tropas de guardia para evitar que Mitrídates escapara.

Al amanecer, cada uno de los comandantes mandó 100
empuñar las armas a sus respectivos ejércitos. Las tropas de los puestos de avanzada empezaron a sostener escaramuzas entre sí en la ladera de la montaña, y algunos jinetes de Mitrídates, sin sus caballos y sin

orden previa, corrieron en auxilio de los primeros. Pero, al atacarles en mayor número la caballería romana, los jinetes de Mitrídates, que carecían de monturas, se precipitaron en bloque hacia su campamento, con la intención de montar en sus caballos y hacer frente al ataque romano en igualdad de condiciones. Y sus compañeros, que todavía estaban cogiendo las armas, cuando los vieron, desde arriba del monte, subiendo a la carrera y con gritos, sin saber lo que había ocurrido y pensando que ellos huían, dejaron sus armas y huyeron, por creer que el campamento había sido ya capturado por aquel otro lado. Sin embargo, como el lugar carecía de una vía de salida, al volverse se entrechocaban unos con otros, hasta que, finalmente, se despeñaron por los precipicios. De esta forma fue destruido, presa de la confusión, el ejército de Mitrídates a causa de la temeridad de los que decidieron correr en auxilio de sus tropas de vanguardia sin haber recibido ninguna orden para ello. A Pompeyo le resultó fácil la restante tarea de matar y apresar a los hombres que estaban ya desarmados y encerrados en un lugar escarpado. Fueron muertos alrededor de diez mil y capturado el campamento con todo su material de guerra.

101 Mitrídates, forzando el paso hacia los riscos, acompañado tan sólo por su guardia personal, consiguió huir y se encontró con algunos jinetes mercenarios y unos tres mil soldados de infantería, que lo siguieron, al punto, hasta la fortaleza de Sinorex, donde él había acumulado una gran suma de dinero. Allí distribuyó, entre los que habían huido con él, regalos y la paga de un año, y llevándose consigo unos seis mil talentos, se apresuró hacia las fuentes del Éufrates, con la idea de atravesar, desde allí, hasta el país de los colcos. En una marcha sin tregua cruzó el Éufrates alrededor del cuarto día y, tres días más tarde, dispuso en formación y bajo armas a las tropas que le habían acompaña-

do o se habían unido a él y penetró en Armenia por Cotene. Allí rechazó a los cotenos e iberos, que trataron de impedir su penetración con dardos y hondas, y avanzó hasta el río Apsaro. Algunos piensan que los iberos de Asia son antepasados de los iberos europeos, otros, que son sus colonos y otros, que tan sólo tienen el mismo nombre pues sus costumbres y lengua son diferentes. Mitrídates invernó en Dioscuria, en la Cólquide, ciudad a la que los colcos consideran como un recuerdo de la participación de los Dioscuros[61] en la expedición que realizaron allí los Argonautas. En aquel lugar concibió el proyecto ambicioso e impropio de un fugitivo de circundar todo el Ponto, Escitia, el mar de Azov, llegar al Bósforo y quitarle el reino a su hijo Macares, que había sido ingrato con él. Y de esta forma, entrar en confrontación, de nuevo, desde el frente, contra los romanos y combatirlos, desde Europa, mientras estaban en Asia, interponiendo entre ellos el estrecho que piensan que se llama Bósforo porque Ío lo atravesó a nado cuando escapaba, convertida en vaca, de los celos de Hera[62].

A pesar de que Mitrídates ponía sus afanes en un proyecto tan quimérico, imaginaba, no obstante, que podía realizarlo y se puso en camino a través de tribus escitas belicosas y extrañas, en parte con el consentimiento de éstas y en parte por la fuerza. Tan respetado y temido era todavía, pese a ser un fugitivo y un hombre caído en el infortunio. Pasó a través de los heníocos 102

61 Los Dioscuros son los «hijos de Zeus», Cástor y Pólux. Nacieron de los amores de Zeus y Leda y son hermanos de Helena, así como de Clitemnestra.

62 Ío, doncella argiva sacerdotisa de la Hera de Argos y que fue amada por Zeus. Éste la convirtió en vaca para sustraerla a los celos de Hera, la cual envió un tábano para aguijonearla y la obligó a emprender una larga peregrinación. El nombre del Bósforo querría decir «el paso de la vaca».

que lo acogieron amistosamente y, en cambio, a los aqueos los puso en fuga y los persiguió. Se cuenta que éstos, cuando regresaban de Troya, fueron desviados por una tormenta hacia el interior del Ponto y que sufrieron allí toda suerte de desgracias a manos de los bárbaros, por ser de raza griega; y, cuando enviaron en busca de naves a su patria y su solicitud no fue tenida en consideración, concibieron un odio tal hacia la raza griega, que sacrificaban, a la manera escita, a cuantos griegos apresaban. En un principio, a todos, a causa de su ira; con el tiempo, sólo a los más ilustres, y después, a unos pocos elegidos a suerte. Basten estas referencias respecto a los aqueos de Escitia. Mitrídates penetró, después, en el territorio del Azov, en el que existen numerosos reyezuelos, todos los cuales le dieron acogida, lo acompañaron e intercambiaron con él muchos presentes en razón a la fama de sus hechos, de su reino y de su poder, que todavía conservaba en grado digno de ser tenido en cuenta. Incluso estableció con ellos una alianza con vista a otros nuevos proyectos, tales como marchar a Macedonia a través de Tracia y, desde allí, a Panonia e invadir Italia cruzando los Alpes, y concertó el matrimonio de sus hijas con los más poderosos de estos reyezuelos para consolidar esta alianza. Cuando su hijo Macares se enteró de que él había realizado un viaje tan grande, en tan poco tiempo y a través de tribus salvajes y de las llamadas Puertas Escitas, que no habían sido franqueadas por nadie jamás, le envió algunos emisarios para justificarse, diciendo que él había actuado de forma conciliadora con los romanos por necesidad. Sin embargo, como conocía su carácter bronco en extremo, escapó al Quersoneso del Ponto, tras prender fuego a las naves para impedir que su padre lo persiguiera. Y, cuando este último envió contra él otras naves, anticipándose a su destino se suicidó. Mitrídates mató a todos aquellos

amigos suyos que había dejado en puestos de responsabilidad a la hora de su partida, pero, en cambio, dejó indemnes a los de su hijo, por entender que ellos habían servido a una amistad privada.

Así estaban las cosas de Mitrídates. Pompeyo, a su 103
vez, persiguió de inmediato a Mitrídates en su huida hasta el país de los colcos; pero, después, pensando que él nunca lograría circundar el Ponto, ni el mar de Azov ni podría ya acometer grandes empresas una vez que había sido expulsado de su reino, se internó en la Cólquide para conocer el país que había recibido la visita de los Argonautas, de los Dioscuros y de Hércules. Deseaba, en especial, ver el lugar en el que se decía que Prometeo había sido castigado en el monte Cáucaso. Muchos arroyos que bajan del Cáucaso arrastran polvo de oro invisible en sus aguas y los naturales del país colocan pellejos de oveja, de vellón espeso, en la corriente y recogen el polvo de oro prendido en ellos. Y, quizás, la piel de vellón de oro de Eetes[63] era una similar a éstas. Todas las tribus vecinas acompañaron a Pompeyo en su viaje de exploración, pero Orezes, el rey de los albanos, y Artoces, rey de los iberos, le tendieron una emboscada con setenta mil hombres junto al río Cirno, que desemboca en el mar Caspio por doce bocas navegables[64], recibiendo las aguas de muchos ríos, el mayor de los cuales es el Araxes. Sin embargo, Pompeyo, dándose cuenta de la emboscada, ponteó el río y acorraló a los bárbaros en un bosque de gran espesura. Estas tribus son muy hábiles para luchar en los bosques ocultándose y atacando sin ser

[63] Eetes era hijo del sol y de la oceánide Perseide; recibió de su padre el reino de Corinto, que dejó por el de la Cólquide. Frixo le regaló un toisón de oro por haberle acogido en su reino y haberlo desposado con una de sus hijas. Este toisón fue el motivo de la expedición de los Argonautas.

[64] Su navegabilidad es un error de Apiano.

vistos, así que Pompeyo rodeó con su ejército el bosque, le prendió fuego y persiguió a los fugitivos, hasta que todos le llevaron presentes y rehenes en señal de sumisión. Y celebró, después, un triunfo en Roma por estos sucesos. Entre los rehenes y prisioneros de guerra fueron halladas muchas mujeres que tenían tantas heridas como los hombres. Éstas eran tenidas por Amazonas, ya sea porque las Amazonas fueran alguna tribu vecina de ellas, llamadas entonces como aliadas, o bien porque los bárbaros de esta parte llamaran, en general, Amazonas a cualquier mujer guerrera.

104 Cuando regresó de aquellos lugares, Pompeyo hizo una expedición contra Armenia, convirtiendo en objeto de acusación contra Tigranes el hecho de que había sido aliado de Mitrídates. Y estaba ya cerca de la residencia real de Artaxata. Tigranes, sin embargo, tenía decidido no combatir por más tiempo. Él había tenido tres hijos de la hija de Mitrídates, de los que el propio Tigranes había matado a dos: uno, en una batalla cuando hacía la guerra a su padre, y otro, en una cacería cuando, después de caer su padre, se desentendió de él y se colocó la diadema mientras estaba aquél todavía en el suelo. El tercero, Tigranes, que, durante la cacería pareció condolerse más con el accidente paterno, recibió una corona de éste, pero al cabo de un corto tiempo desertó también e hizo la guerra contra él y, derrotado, se refugió al lado de Fraates, el rey de los partos, que había sucedido recientemente a su padre Síntrico en el reino de su país. Cuando Pompeyo estuvo cerca, el joven Tigranes, después de comunicar su intención a Fraates y recibir la aprobación de éste, que también deseaba la amistad de Pompeyo, huyó como suplicante al lado de este último, y eso que era el nieto de Mitrídates. Pero la fama de la justicia y buena fe de Pompeyo era grande entre los bárbaros, así que, confiando en ella, también Tigranes, el padre, acudió sin aviso

previo de heraldo para someter todos sus asuntos a la decisión de Pompeyo y presentar quejas ante él contra su hijo. Pompeyo ordenó a los tribunos y a los oficiales de caballería que salieran al encuentro como un acto de cortesía, y los que estaban con Tigranes, por temor a que su viaje se había hecho sin el anuncio previo del heraldo, emprendieron la huida de vuelta, pero Tigranes avanzó y se postró a los pies de Pompeyo, como ante un superior, siguiendo la costumbre bárbara. Hay quienes cuentan que fue llevado por los lictores cuando lo mandó a buscar Pompeyo. Como quiera que sea, él se presentó, dio explicaciones acerca de su pasado y regaló seis mil talentos a Pompeyo, cincuenta dracmas a cada soldado, mil a los centuriones y diez mil a los tribunos.

Pompeyo le perdonó por sus hechos pasados, lo **105**
reconcilió con su hijo y dispuso que este último reinara en Sofene y Gordiene, las cuales son llamadas ahora por los romanos, como se sabe, Armenia Menor, y que el padre lo hiciera en el resto de Armenia y, a su muerte, le sucediera su hijo. Le ordenó que cediera ya el territorio adquirido recientemente por la guerra, y, en consecuencia, entregó la parte de Siria comprendida entre el Éufrates y el mar, pues Tigranes ocupaba este territorio y una parte de Cilicia que había tomado a Antíoco Pío después de haberlo expulsado. Poco después, aquellos armenios que habían desertado de Tigranes cuando éste estaba en camino para ir al encuentro de Pompeyo y que estaban recelosos por este hecho, persuadieron al hijo de aquél, que todavía se encontraba al lado de Pompeyo, de que realizara un atentado contra su padre. El joven Tigranes fue capturado y encadenado, y como en el intervalo había tratado de sublevar a los partos contra Pompeyo, éste lo llevó en la celebración de su triunfo y, después, le dio muerte. Pompeyo, estimando que toda la guerra había sido ya totalmente

terminada, fundó una ciudad en el lugar en que obtuvo una victoria sobre Mitrídates, la cual fue llamada, en recuerdo de este hecho, Nicópolis y se encuentra en la Armenia Menor. Concedió a Ariobarzanes el reino de Capadocia y le añadió Sofene y Gordiene, que habían sido apartadas para el hijo de Tigranes; y ahora éstas son administradas como parte de Capadocia; le dio, además, la ciudad de Castabala y algunas otras de Cilicia. Ariobarzanes, sin embargo, entregó a su hijo[65] la totalidad de su reino, mientras estaba vivo aún. Muchos cambios tuvieron lugar hasta la época de Augusto, bajo el cual[66] este reino, igual que los demás, se convirtió en provincia romana[67].

106 Pompeyo, tras franquear el monte Tauro, hizo la guerra a Antíoco el rey de Comagene hasta que éste se unió a él en comunidad de amistad. También combatió contra Darío, el medo, porque antes había ayudado a Antíoco o a Tigranes y lo puso en fuga. Luego luchó contra los árabes nabateos, cuyo rey era Aretas, y contra los judíos, porque su rey Aristobulo se había sublevado, hasta que tomó Jerusalén, la ciudad más santa para ellos. Avanzó contra aquellas partes de Cilicia que aún no eran súbditas de Roma, contra el resto de Siria que se encuentra en torno al Éufrates y se llama Celesiria, Fenicia y Palestina, y contra Idumea e Iturea y todas las otras zonas de Siria cualesquiera que sean sus nombres, y a todas las trajo en sumisión a los romanos sin luchar. Ello no se debió a que tuviese ningún motivo de acusación contra Antíoco, el hijo de Antíoco Pío[68], que estaba presente y solicitaba recuperar

---

65 Ariobarzanes II Filópator.

66 En realidad, fue bajo Tiberio.

67 Véase, sobre esta campaña de Armenia, E. Will, II, páginas 421-423.

68 El texto manuscrito da «Antíoco el Piadoso», lo que es un error, pues se trata de Antíoco XIII el Asiático (cf. el mismo

el reino de su padre, sino porque consideró que, puesto que él había despojado a Tigranes, el vencedor de Antíoco, de este territorio, el mismo pertenecía a los romanos por derecho de conquista. Mientras él estaba ocupado en organizar todas estas cosas, llegaron embajadores de Fraates y Tigranes, los cuales habían entablado una guerra entre sí. Los de Tigranes pedían ayuda a Pompeyo, como amigo que era de ellos, y los embajadores del rey parto buscaban establecer vínculos de amistad entre éste y el pueblo romano. Pompeyó no juzgó conveniente hacer la guerra a los partos sin un decreto de Roma y envió mediadores a ambos para que arreglaran las diferencias entre ellos[69].

En tanto que él estaba entregado a estos meneste- 107
res, Mitrídates había completado su circunvalación del Ponto y se había apoderado de Panticapeo, un enclave comercial de Europa en la boca del Ponto. Allí, junto al estrecho, dio muerte a su hijo Jifares a causa del siguiente delito cometido por su madre: Mitrídates tenía una fortaleza[70] en la que, en tesoros subterráneos ocultos, muchas arcas de bronce atadas con cadenas de hierro guardaban gran cantidad de dinero. Estratonice, una de las concubinas o esposas de Mitrídates, que estaba al corriente de los tesoros y había sido encargada de la custodia de la fortaleza, puso ésta en manos de Pompeyo, mientras Mitrídates estaba de viaje todavía alrededor del Ponto, y le reveló los tesoros ocultos, con la única condición de que Pompeyo perdonara la vida a Jifares si lo apresaba. Aquél se apoderó del

APIANO, *Sir.* 49). Por este motivo, tal vez, Schweighäuser corrigió el texto por «Antíoco el hijo del Piadoso», que es la conjetura que hemos seguido. De todas formas, no está clara la paternidad de Antíoco el Asiático.

69 Sobre la política parta de Pompeyo y la creación de la provincia de Siria, cf. E. WILL, II, págs. 424-430.

70 Sinorex (o Sinoria). Cf. *Mi.* 101.

dinero, le prometió la salvación de su hijo y le permitió que se llevara, además, sus pertenencias privadas. Al enterarse de lo ocurrido, Mitrídates mató a Jifares junto al estrecho, mientras la madre lo contemplaba desde la orilla opuesta, y arrojó su cadáver insepulto. Cometió este ultraje contra el cuerpo de su hijo para atormentar a la que le había ofendido. Después envió embajadores a Pompeyo, que aún permanecía en Siria e ignoraba que él hubiera completado su periplo, para que le prometiesen que él pagaría tributo a los romanos a cambio de que le permitieran conservar el reino de su padre. Cuando Pompeyo ordenó que viniera él a pedirlo en persona, del mismo modo que había ido Tigranes, Mitrídates respondió que nunca accedería a ello, mientras fuera Mitrídates, pero que enviaría a algunos de sus hijos y amigos. Sin embargo, al tiempo que decía esto, estaba reclutando un ejército promiscuo de esclavos y libres y construía muchas armas, proyectiles y máquinas sin respetar ningún bosque ni a los bueyes utilizados para arar, a fin de aprovechar sus nervios. Impuso también tributos sobre todos, incluso sobre aquellos que contaban con recursos escasísimos, y sus servidores cometieron violencia contra muchos, sin que Mitrídates lo supiera, pues tenía el rostro ulcerado por una enfermedad y sólo permitía que lo vieran los tres eunucos que lo cuidaban.

108 Tan pronto como se curó de su enfermedad y tuvo reunido al ejército, integrado por seiscientas cohortes escogidas de seiscientos hombres cada una, además de una gran multitud de tropas de diversa clase, naves y plazas fuertes que habían apresado sus generales durante su enfermedad, hizo cruzar el estrecho a una parte de su ejército hasta Fanagoria, otro enclave comercial en la boca del Ponto, con la intención de ocupar la entrada desde uno y otro lado, mientras Pompeyo seguía todavía en Siria. Pero Cástor de Fanagoria, ultra-

jado en cierta ocasión por Trifón, un eunuco del rey, atacó y mató a éste cuando entraba en la ciudad y concitó a la multitud a luchar por la libertad. Ésta, aunque la ciudadela había sido ya tomada por Artafernes y otros hijos de Mitrídates, apiló madera en torno a ella y le prendió fuego. Finalmente, Artafernes, Darío, Jerjes, Ojatres y Eupatra, hijos, todos, de Mitrídates, por temor al fuego se rindieron y fueron hechos prisioneros. De entre ellos, sólo Artafernes frisaba los cuarenta años de edad, los demás eran jóvenes de gran belleza. Sin embargo, Cleopatra, otra hija de Mitrídates, opuso resistencia, y su padre, admirado de su coraje, envió muchas birremes y la rescató. Todas las fortalezas vecinas que habían sido ocupadas no hacía mucho por Mitrídates, ante el acto de osadía de los de Fanagoria, se sublevaron contra éste, entre ellas Quersoneso, Teodosia, Ninfeo y cuantas otras gozan de una posición privilegiada en torno al Ponto para fines militares. Mitrídates, al ver que las defecciones eran numerosas y puesto que sospechaba de su ejército por temor a que no le fuera fiel a causa de la obligatoriedad del servicio, de lo gravoso de los impuestos y por la desconfianza que siempre tienen los soldados hacia los jefes a los que no asiste la suerte, envió a sus hijas, a cargo de los eunucos, como esposas de los príncipes escitas, pidiéndoles que le enviaran ya rápidamente un ejército. Les daban escolta quinientos hombres de su mismo ejército, los cuales, cuando estaban a escasa distancia de Mitrídates, mataron a los eunucos que las llevaban —pues de siempre habían sentido aversión hacia ellos, que gozaban de enorme ascendencia sobre el rey—, y condujeron a las jóvenes hacia Pompeyo.

Aunque Mitrídates había perdido tantos hijos, tantas 109
fortalezas, todo su reino y no era ya capaz de combatir contra nadie, ni siquiera creía poder alcanzar la alianza con los escitas, sin embargo, ni aun entonces existía

ningún rastro de humildad en sus planes adecuado a su desdichada situación. Antes bien, se propuso ir al país de los galos, cuya amistad había cultivado desde mucho tiempo atrás con este propósito, e invadir Italia junto con aquéllos, pues esperaba que muchas zonas de la misma Italia se pondrían de su parte por odio a los romanos, ya que se había informado de que Aníbal también había seguido esta política cuando combatía en Iberia y que, por ello, había causado el máximo terror a los romanos. Conocía, además, que en fecha muy reciente casi toda Italia se había sublevado contra los romanos por odio hacia ellos y le había hecho la guerra durante mucho tiempo e, incluso, se había unido al gladiador Espartaco para combatirles, a pesar de que era un hombre que no gozaba de ninguna reputación. Reflexionando sobre todas estas cosas, se apresuró hacia los galos. Pero, aunque su osadía podría reportarle la máxima gloria, el ejército vacilaba, sobre todo, por la propia magnitud de la misma, ante una campaña de larga duración y conducidos a una tierra extraña, contra unos hombres a los que ni siquiera eran capaces de vencer en la suya propia. Pensaban también que Mitrídates, tras haber perdido su esperanza en todo, quería morir realizando alguna empresa, en forma digna de un rey, antes que en la inactividad; pero, con todo, lo soportaban con firmeza y permanecían tranquilos, ya que, ni siquiera en las desgracias, había en el rey algún rasgo mezquino o despreciable.

110 En aquel estado de cosas y de ánimo, Farnaces, el hijo más querido para Mitrídates y que había sido designado en numerosas ocasiones por él como sucesor de su reino, ya fuera porque tenía miedo de esta expedición y por el reino, pensando que todavía habría perdón de los romanos, pero que éste estaría totalmente perdido si su padre llegaba a realizar la expedición contra Italia, o bien llevado por otros motivos y aspira-

ciones ya calculadas, organizó una conspiración contra su padre. Cuando los que participaban de sus planes fueron capturados y sometidos a tormento, Menófanes convenció a Mitrídates de que no era oportuno, a punto ya de emprender la expedición, matar al hijo más querido todavía para él. Le dijo que tales mutaciones eran producto del clima de las guerras y que, cuando éstas acababan, se aquietaban aquéllas. El rey se convenció y otorgó el perdón a su hijo. Pero éste, por temor a la cólera de su padre y, sabiendo que el ejército vacilaba en emprender la expedición, se dirigió en primer lugar, durante la noche, a los desertores romanos que estaban acampados muy cerca de Mitrídates y, tras exagerarles cuán grande sería el riesgo para ellos si iban a Italia, lo cual sabían ya de por sí perfectamente, y prometerles de su parte muchas cosas si se quedaban, los indujo a desertar de su padre. Cuando éstos fueron persuadidos, Farnaces envió emisarios aquella misma noche hacia los otros campamentos cercanos. Éstos también aceptaron su propuesta, y al amanecer, los desertores, en primer lugar, levantaron un clamor que fue secundado por los que sucesivamente estaban más cerca. Incluso los miembros de las fuerzas navales se sumaron a éstos, y no, tal vez, porque todos ellos hubieran sido advertidos de antemano, sino porque eran veleidosos y estaban siempre prestos a despreciar al desafortunado y a colocar sus esperanzas en cada momento en lo nuevo. Otros, aunque desconocían la conspiración, pensando que todos estaban corrompidos y que, si se quedaban ellos solos no podrían oponer resistencia seria ante un número mayor, por miedo y por necesidad más que por una decisión voluntaria, se unieron al clamor de los demás. Mitrídates, despertado por el griterío, envió a algunos a preguntar qué deseaban los que estaban gritando. Y estos últimos, sin ocultarlo, respondieron: «Que sea rey tu hijo, un hombre joven en vez de un

viejo gobernado por eunucos y que ha matado ya a muchos de sus hijos, generales y amigos.»

111 Cuando Mitrídates supo esto, salió fuera de su tienda para dialogar con ellos, y al mismo tiempo, un cierto número de tropas corrió desde un puesto de guardia hacia los desertores. Pero éstos dijeron que no se acercaran hasta que hubieran cometido un acto irreparable como prueba de su fidelidad, y al mismo tiempo, les indicaban a Mitrídates. Sin embargo, ya ellos, precisamente, se habían anticipado a matar el caballo del rey cuando huía y aclamaban a Farnaces como rey, como si ya hubieran vencido, y uno, cogiendo una hoja ancha de papiro de un templo, lo coronó con ella en vez de la diadema. El rey, al ver estas cosas desde un pórtico elevado, envió un mensajero tras otro a Farnaces pidiéndole permiso para huir en seguridad. Y, como no regresó ninguno de los enviados, temiendo ser entregado a los romanos, hizo un postrero elogio de su guardia personal y de los amigos que todavía permanecían a su lado y los envió al nuevo rey, y aconteció que a algunos de éstos los mató el ejército de manera inesperada cuando se acercaban. Entonces, el propio Mitrídates extrajo una bolsa con veneno que siempre llevaba en la funda junto a su espada y lo mezcló. Dos de sus hijas, unas niñas aún que se criaban juntas, llamadas Mitrídatis y Nisa, y que habían sido prometidas en matrimonio a los reyes de Egipto y Chipre, le suplicaron tomar el veneno antes que él e insistieron con vehemencia y le impidieron que bebiera hasta que no lo hubieron hecho ellas. El veneno hizo efecto en ellas de inmediato, pero no así en Mitrídates, aunque éste se movía con rapidez a propio intento, a causa de su costumbre de ingerir otras drogas de las que se servía continuamente como una protección contra los envenenadores; estas drogas, por cierto, todavía se las conoce con el nombre de «drogas mitridáticas». Así pues, al ver a Bituito, un oficial

galo, le dijo: «Muchas veces me beneficié de tu diestra contra los enemigos, pero obtendré el máximo beneficio de ella si me matas ahora, cuando corro el peligro de ser llevado en una procesión triunfal romana, yo quien durante tantos años fui el dueño absoluto y rey de un reino tan vasto, pero que soy incapaz de morir por medio de un veneno, por haberme protegido como un necio contra él con otras drogas. Pues yo que me previne y protegí contra todos aquellos venenos que puede un hombre tomar en su vida cotidiana no lo hice contra el más penoso y familiar para todos los reyes, la infidelidad de su ejército, de sus hijos y de sus amigos.» Y Bituito, movido a compasión, prestó al rey el servicio que deseaba.

Así murió Mitrídates, que era el decimosexto des- 112
cendiente de Darío, el hijo de Histaspes, el rey de los persas, y el octavo[71] de aquel Mitrídates que se rebeló contra los macedonios y adquirió el reino del Ponto. Vivió sesenta y ocho o sesenta y nueve años y reinó durante cuarenta y siete de éstos, pues le llegó el poder cuando era un huérfano. Sometió a los pueblos bárbaros vecinos y a una buena parte de Escitia y combatió encarnizadamente a los romanos durante cuarenta años, a lo largo de los cuales se apoderó muchas veces de Bitinia y Capadocia, hizo incursiones en la provincia de Asia, Frigia, Paflagonia, Galacia y Macedonia. Invadió Grecia y llevó a cabo en ella muchas e ilustres acciones militares y dominó el mar desde Cilicia hasta el Adriático, hasta que, finalmente, Sila le confinó de nuevo en el reino paterno, tras perder ciento sesenta mil de sus hombres. Sin embargo, a pesar de verse afectado por un desastre de tal magnitud, renovó con facilidad la guerra. Habiendo cruzado sus armas con los

[71] En realidad, el sexto (cf. APIANO, *Mi.* 9; también, VIERECK, 1962, pág. 522, n. al pasaje).

mejores generales romanos, fue derrotado por Sila, Lúculo y Pompeyo, aunque en muchas ocasiones fue, incluso, superior a éstos. Hizo prisioneros y paseó como trofeo a Lucio Casio, Quinto Opio y Manio Aquilio; a este último lo mató por ser el responsable de la guerra y a los otros dos los entregó a Sila. Venció a Fimbria, a Murena, al cónsul Cota, a Fabio y a Triario. Su espíritu fue siempre, incluso en la adversidad, grande y sufrido, y ni siquiera en la derrota dejó de intentar cualquier vía de ataque contra los romanos. Concertó tratados con los samnitas y galos y envió embajadores a Sertorio en Iberia. Herido en su cuerpo muchas veces por los enemigos y por otros que conspiraron contra él, no desistió, por ello, de ningún proyecto, incluso cuando era ya de edad avanzada. Tampoco le pasó inadvertida ninguna de las conspiraciones, ni siquiera la última, sino que después de haberla consentido voluntariamente, murió como consecuencia de ella. Tan ingrata resulta la vileza que ha encontrado el perdón. Fue sanguinario y cruel con todos y mató a su madre, hermano, a tres hijos y a tres hijas. Fue grande de cuerpo, como lo muestran las armas que envió a Nemea y Delfos, y robusto, hasta el punto de cabalgar y disparar flechas hasta el final de su vida y recorrer mil estadios en un solo día cambiando a intervalos de cabalgadura; incluso condujo un carro tirado por dieciséis caballos a la vez. Cultivó la educación griega, por lo cual conocía los ritos sagrados griegos, y amaba la música. Y, aunque era sobrio en muchos aspectos y sufrido en el trabajo, sólo cedió a los placeres de las mujeres.

113 De esta suerte murió Mitrídates, que llevó los sobrenombres de Eupátor y Dioniso. Cuando los romanos se enteraron de su muerte, celebraron una fiesta, porque se habían librado de un enemigo difícil. Farnaces envió el cadáver de su padre a Pompeyo, en Sinope, sobre una trirreme, junto con los que cogieron a Manio y muchos

rehenes de raza griega y bárbara, y le pidió que le permitiera retener el reino de su padre o, al menos, ser rey sólo del Bósforo, cuya realeza había recibido su hermano Macares de su padre Mitrídates. Pompeyo proveyó de fondos para los gastos del funeral de Mitrídates y ordenó a sus servidores que lo enterraran con pompas regias y depositaran su cuerpo en las tumbas reales en Sinope, porque le admiraba por la grandeza de sus hazañas y le tenía por el rey más importante de entre los de su tiempo. Hizo a Farnaces amigo y aliado del pueblo romano, por haber librado a Italia de una gran tarea, y le permitió que fuera rey del Bósforo, con excepción de los de Fanagoria, a los cuales dejó libres e independientes, porque fueron los primeros en oponerse a Mitrídates, cuando éste había recobrado su fuerza y poseía naves, otro ejército y bases de operaciones, y porque se convirtieron, para los demás, en los líderes de la sublevación y fueron los causantes de la destrucción de Mitrídates.

Pompeyo, al haber limpiado el mar de piratas y 114
haber destruido al rey más importante en una sola guerra, así como al haber luchado, además de la guerra del Ponto, con los colcos, albanos, iberos, armenios, medos, árabes, judíos y otros pueblos orientales, hizo avanzar los límites del imperio romano hasta Egipto. Sin embargo, no penetró en el interior de este último país, pese a que se había sublevado contra su rey[72] y éste lo había llamado en su ayuda y le había enviado regalos, dinero y vestidos para todo el ejército. Quizás temió la magnitud de este reino, todavía próspero, o quiso precaverse de la envidia de sus enemigos o de la prohibición de los oráculos o a causa de otras razones que haré públicas en mi historia de Egipto. A algunos de los pueblos conquistados les concedió la independen-

[72] Tolomeo XII Auletes.

cia en razón a que eran aliados; a otros, los condujo de inmediato bajo la potestad de Roma, y otros, se los dio a distintos reyes: a Tigranes, Armenia; a Farnaces, el Bósforo; a Ariobarzanes, Capadocia y todos los territorios que antes mencioné; a Antíoco, el de Comagene, le puso al frente de Seleucia y de todos aquellos territorios de Mesopotamia que él mismo había conquistado. Hizo a Deyótaro[73] y a otros, tetrarcas de los galogrecos, los cuales ahora son gálatas limítrofes con los capadocios. Convirtió en príncipe de Paflagonia a Átalo y de los colcos, a Aristarco. Designó a Arquelao[74] como sacerdote de la diosa venerada en Comana, cargo que precisamente equivale a la dignidad real. A Cástor de Fanagoria lo inscribió como amigo del pueblo romano, y a otros, les dio también mucho territorio y dinero.

115 Fundó, además, ciudades: en Armenia Menor, Nicópolis, en recuerdo de la victoria; en el Ponto, Eupatoria, la cual había fundado el propio Mitrídates Eupátor y le había puesto su nombre, pero la había destruido después por haber acogido a los romanos. Pompeyo la reconstruyó y la llamó Magnópolis. En Capadocia volvió a construir Mazaca, que había sido totalmente devastada por la guerra. Restauró otras ciudades en muchos lugares, que habían sido destruidas o dañadas, en el Ponto, Palestina, Celesiria y Cilicia, país en el que precisamente había asentado a la mayor parte de los piratas y cuya antigua ciudad de Solos ahora se llama Pompeyópolis. En la ciudad de Talaura, que Mitrídates tenía como almacén de objetos de menaje y muebles, fueron encontradas dos mil copas para beber, fabricadas en la piedra llamada ónice con incrustaciones de

---

73 Ya era tetrarca (cf. *Mi.* 75), Pompeyo lo hizo rey (cf. ESTRABÓN, XII 3, 13).

74 Se trata del hijo de aquel otro Arquelao que había sido general de Mitrídates.

oro, gran cantidad de copas para enfriar el vino, vasos en forma de cuerno para beber, lechos y asientos ricamente ornamentados, bridas de caballo, arneses para el pecho y la grupa de las cabalgaduras, todas ellas, adornadas por igual con piedras preciosas y oro. El acarreo de estos objetos, a causa de su cantidad, se prolongó por espacio de treinta días. Una parte de estos enseres había sido heredada de Darío, el hijo de Histaspes; otra procedía del reino de los Tolomeos y consistía en todos aquellos objetos que Cleopatra había depositado en la isla de Cos y que sus habitantes habían entregado a Mitrídates; y otra serie de ellos habían sido fabricados o reunidos por el propio Mitrídates, que, como en otras cosas, había sido también un enamorado de la belleza en los objetos de ajuar.

Cuando finalizó el invierno, Pompeyo repartió re- 116
compensas entre su ejército por la victoria final; a cada soldado le dio mil quinientos dracmas áticos y a los oficiales, una cantidad proporcional a ésta. Dicen que la suma total repartida ascendió a dieciséis mil talentos. A continuación se dirigió a Éfeso, realizó la travesía hasta Italia y se apresuró hacia Roma, después de haber licenciado a su ejército en Brindisi con destino a sus hogares, medida, que por ser eminentemente popular, causó un gran impacto entre los romanos. Al aproximarse a la ciudad, le salieron al encuentro, en forma gradual, en primer lugar, los jóvenes cuando más lejos estaba de ella y, sucesivamente, diversas comitivas según podía cada uno en razón de su edad; en último lugar acudió a recibirle el senado, lleno de admiración por los hechos realizados. Pues nunca nadie antes que él, además de vencer a un enemigo de tal categoría, se había apoderado de tantos e importantes pueblos y había puesto los límites del imperio romano en el Éufrates. Fue recompensado con el triunfo más espléndido y famoso de los celebrados hasta aquella fecha,

cuando tenía treinta y cinco años de edad. Duró dos días consecutivos y estuvieron representados en la procesión gentes de muchos pueblos procedentes del Ponto, Armenia, Capadocia, Cilicia, toda Siria, además de albanos, heníocos, aqueos de Escitia e iberos orientales. Condujo al interior de los puertos setecientas naves, en perfecto estado de conservación, e hizo desfilar, en la procesión triunfal, carros tirados por parejas de caballos y literas cargadas de oro y de otros diversos objetos de adorno, entre ellos, el lecho de Darío, el hijo de Histaspes, el trono del mismo Eupátor, su cetro y una imagen suya de oro sólido de ocho codos de alto, así como setenta y cinco millones de monedas de plata acuñada. También hizo desfilar un número incontable de carros cargados con armas y rostros de navíos y una gran cantidad de prisioneros y piratas, ninguno de ellos encadenado, sino vestidos a la usanza de sus países respectivos.

117 Delante del mismo Pompeyo marchaban todos cuantos sátrapas, hijos y generales de los reyes, contra los que él había luchado, estaban presentes, unos, como prisioneros de guerra y otros, cedidos en calidad de rehenes, alrededor, en total, de trescientos veinticuatro. Allí estaban Tigranes, el hijo de Tigranes, cinco hijos de Mitrídates, llamados Artafernes, Ciro, Ojatres, Darío y Jerjes, y sus hijas Orsabaris y Eupatra. Formaban también parte de la comitiva Oltaces, el portador del cetro de los colcos, Aristobulo, el rey de los judíos, los tiranos de los cilicios, las reinas de los escitas, tres jefes de los iberos, dos de los albanos y Menandro, el laodiceo, que había sido prefecto de caballería de Mitrídates. Eran llevadas imágenes de los que no estaban presentes, de Tigranes y de Mitrídates en actitud de lucha, de derrota y de fuga. Incluso estaba representado el asedio de Mitrídates y su huida silenciosa durante la noche; por último, se mostraba la forma como murió

y estaban pintadas, a un lado, las hijas que eligieron morir con él. Había, además, dibujos de los hijos e hijas que murieron antes que él, e imágenes de los dioses bárbaros ataviados a la usanza patria. También era portada una tabla con la siguiente inscripción: «Fueron capturadas ochocientas naves con espolones de bronce[75]. Fueron fundadas ocho ciudades en Capadocia; veinte en Cilicia y Celesiria; y en Palestina, la que ahora se llama Seleucia. Fueron vencidos los reyes: Tigranes, el armenio; Artoces, el ibero; Orezes, el albano; Darío, el medo; Aretas, el nabateo; Antíoco, el comageno.» Éstos eran los hechos que recogía la inscripción. Pompeyo iba montado sobre un carro inscrustado con piedras preciosas, con una clámide, según dicen, perteneciente a Alejandro de Macedonia, si es que alguno se lo cree. Parece, más bien, que fue encontrada entre aquellos objetos de Mitrídates que, a su vez, los de Cos recibieron de Cleopatra. Lo acompañaban, detrás del carro, los oficiales que habían participado en sus campañas, unos a caballo y otros a pie. Cuando llegó hasta el Capitolio, no mató a ninguno de los prisioneros, como acostumbraban a hacer otros de los que celebraban triunfos, sino que los envió de regreso a sus patrias a expensas públicas, con excepción de los reyes y de aquellas personas de sangre real. De entre éstos, sólo Aristobulo fue matado de inmediato[76] y Tigranes, después. Así fue su triunfo.

De este modo, los romanos, después de haber des- **118**
truido al rey Mitrídates al cabo de casi cuarenta años, redujeron a la condición de súbditos suyos a los bitinios, capadocios y todos aquellos pueblos limítrofes con

---

75 Error de Apiano. Cf. VIERECK, 1962, pág. 528, n. al pasaje.

76 Error de Apiano. Aristobulo fue llevado a Roma y participó en el triunfo de Pompeyo, pero escapó posteriormente y fue reenviado a Italia.

ellos que habitaban junto al Ponto Euxino. En esta misma guerra, aquellas partes de Cilicia que no eran súbditas de ellos y las conocidas bajo el nombre genérico de Siria, como Fenicia, Celesiria, Palestina y la zona interior hasta el río Éufrates, que nada tenían que ver con Mitrídates, se las anexionaron, como consecuencia del impulso de esta victoria, e impusieron, de inmediato, tributos sobre unas y, con posterioridad, sobre otras. A Paflagonia, Galacia, Frigia, Misia, país fronterizo con Frigia, además de Lidia, Caria, Jonia y toda aquella otra parte de Asia que está en torno a Pérgamo, junto con la antigua Grecia y Macedonia de las que habían sido despojados por Mitrídates, las recobraron al punto. Y a la mayoría de ellas, que nunca les habían pagado tributo, las hicieron tributarias. Por todo lo cual, me parece también, sobre todo, que ellos consideraron a esta guerra como grande y llamaron a la victoria que la siguió una gran victoria y dieron a Pompeyo, el general que la llevó a cabo, el título de Grande, su apelativo particular hasta la fecha presente, a causa de la gran cantidad de pueblos que ellos recobraron o se anexionaron, de su larga duración, cuarenta años, y por la osadía y capacidad de resistencia del propio Mitrídates que les había demostrado tener recursos para todo.

119 Un hombre que contó, en muchas ocasiones, con una flota de más de cuatrocientas naves, y a veces, con cincuenta mil jinetes y doscientos cincuenta mil soldados de infantería, y con máquinas y proyectiles en proporción al número de fuerzas citado. Combatieron, como aliados suyos, el rey de Armenia y los príncipes de los escitas que habitan en torno al Ponto y al mar de Azov y, desde aquí, hasta el Bósforo tracio. Anduvo en tratos con los líderes romanos que en su época, sobre todo, sostuvieron entre sí guerras civiles y sublevaron Iberia contra los romanos. Cultivó la amistad con los galos, con la secreta intención de invadir Italia por aquella

parte. Desde Cilicia hasta las columnas de Hércules llenó el mar de piratas, los cuales colapsaron los intercambios comerciales y las rutas de navegación entre las ciudades y las hicieron padecer penosamente de hambre durante mucho tiempo. En una palabra, nada, en absoluto, factible para un hombre dejó él de ejecutar o planear, al provocar esta máxima conmoción desde el oriente hasta el occidente que perturbó, por así decirlo, al mundo entero, que se vio envuelto en guerras o entró en alianza con otros o fue sometido a las incursiones piráticas o afectado por las desgracias de los vecinos. Tan grande y diversa fue esta sola guerra y tantos beneficios procuró, al finalizar, a los romanos, pues tras ella fijaron los límites de su hegemonía desde el occidente hasta el río Éufrates. No fue posible diferenciar todos los hechos de la misma pueblo por pueblo, pues tuvieron lugar al mismo tiempo y estuvieron implicados unos con otros. Sin embargo, aquellos que, a pesar de todo, pudieron ser deslindados están expuestos cada uno por separado.

Farnaces sitió a los de Fanagoria y a las regiones 120
vecinas al Ponto. Los primeros se vieron obligados a combatir a causa del hambre y los derrotó en el combate, pero no les infligió daño alguno, sino que los hizo amigos y, después de tomar rehenes, se retiró. Poco después se apoderó de Sinope y, con los ojos puestos en Amisos, hizo la guerra a Calvino, el general romano, cuando precisamente Pompeyo y César estaban enzarzados en guerra uno contra otro, hasta que Asandro, un enemigo suyo, lo expulsó de Asia, mientras los romanos estaban ocupados aún en sus asuntos. Después, luchó contra el propio César, cuando éste había derrotado a Pompeyo y regresaba de Egipto, cerca del monte Escotio, en donde su padre había derrotado a los romanos a las órdenes de Triario. Fue derrotado y huyó con mil jinetes a Sinope. César no lo persiguió por falta

de tiempo, pero envió contra él a Domicio, y Farnaces entregó a éste la ciudad, pues le permitió marchar, bajo acuerdo, con los jinetes. A pesar de la oposición de sus hombres, mató a los caballos y, embarcando en una nave, huyó al Bósforo, donde reunió a un contingente de tropas de los escitas y de los saurómatas y se apoderó de Teodosia y Panticapeo. De nuevo, lo atacó Asandro, por el odio existente entre ellos, y sus jinetes fueron derrotados, al carecer de caballos y desconocer las características del combate a pie. Farnaces combatió solo con valentía, hasta que murió a causa de las heridas, a la edad de cincuenta años y después de haber sido rey del Bósforo durante dieciséis años.

121 Así perdió Farnaces su reino, que Gayo César entregó a Mitrídates de Pérgamo por haberle ayudado sin reservas en Egipto. Pero ahora forman parte del imperio romano[77] y cada año es enviado por el senado un pretor para gobernar el Ponto y Bitinia. Aunque César les reprochó, a los que tenían sus posesiones como dádivas de Pompeyo, que habían combatido contra él al lado de aquél, no obstante los mantuvo en las mismas, a excepción del sacerdocio de Comana, que transfirió de Arquelao[78] a Licomedes. Poco tiempo después, todos estos territorios y los que César y Marco Antonio habían entregado a otros fueron convertidos en provincias romanas a raíz de la conquista de Egipto por Augusto César, puesto que los romanos necesitaban de pretextos nimios contra cada uno de ellos. Por lo cual, como después de la guerra de Mitrídates su dominio se extendió desde los iberos, que habitan junto a las columnas de Hércules, hasta llegar al Ponto Euxino, y a las arenas que bordean Egipto y hasta el río Éufrates, la

[77] Se refiere a los habitantes de aquellos territorios que, en otro tiempo, habían estado bajo Mitrídates.

[78] Hijo de Arquelao, sacerdote de Comana.

victoria fue llamada grande con toda razón y a Pompeyo, el general bajo cuyo mandato se obtuvo, se le otorgó el sobrenombre de Grande. Y, como ellos poseían África hasta Cirene —pues la propia Cirene la había legado en su testamento a los romanos su rey Apión, que era un bastardo del linaje de los Lágidas—, sólo les faltaba Egipto para completar el periplo completo del mar interior[79].

---

79 Mar Mediterráneo.

ÍNDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre África*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates.*

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

ÍNDICE GENERAL